

DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, 26 DE MARZO DE 1939

Suplemento Dominical

El grillo del hogar.

LA NOVELA DEL DOMINGO

por
Carlos Dickens



Bv H^o

En Este
Número:

★
Filatelia
Deportes
Oficial

★
El genio
Alejandre
John
Wymore

★
Auras Amenas
Para
Los y Grandes

★
Además:
Cintú — El Capi-
Aguija - La Vi-
Así y otras
Historietas en
colores.

★

¿CÓMO? ¿QUÉ YO Y MI DINOSAURA LE AYUDEMOS A RECIBIR AL EMBAJADOR DE SABALANDIA?

SI, TRUCUTÚ... Y TIENES QUE TENER CUIDADO CON NO IR A METER LA PATA, PORQUE ES EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES.

TRUCUTÚ

SEÑOR CHAMBACHÉ, LE PRESENTO A MI SÚBDITO TRUCUTÚ QUE NOS LLEVARÁ A GUZILANDIA EN SUS DINOSAURA.

¡CARACÓLES! ES UN APARATO EXTRAORDINARIO.

TANTO GUSTO, CHAMBACHÉ, DENTRE PA DENTRO Y VÁMONOS.

A LA IZQUIERDA, SEÑOR MINISTRO, ESTÁN LAS CATARATAS DE QUIQUIFÚ, NUESTRA PRINCIPAL FUENTE DE AGUA.

LO QUE ME GUSTA ES EL CARRO, ES UN INVENTO MARAVILLOSO.

SI, AMIGO, LO HICE YO... Y ¡CACHÓN! MIRE ESOS DINOSAURÓS.

¿DINOSAURÓS? NO ME DIGA... ¿NO NOS PODEMOS ACERCAR PARA VERLOS MEJOR?

YA LO CREO QUE SI, PERO EL TERRENO NO ES UN POCO DURO.

...Y ALLÁ HAY ALGO QUE SIN DUDA LE LLAMARÁ LA ATENCIÓN, SEÑOR MINISTRO.

AGÁRRESE DURO, CHAMBACHÉ, QUE AQUÍ VA LO FUERTE.

DESPREOCÚPESE, AMIGO, ESTOY LISTO.

...Y ALLÁ ATRÁS VEMOS... ¡CACHÓN!

¡BUENO, YA SABE CHAMBA, QUE ESTO PUEDE SER MUY PELIGROSO!

SI, PERO EXTRAORDINARIAMENTE INTERESANTE.

¡CUIDADO, CHAMBA! ESA BESTIA NOS VA A ATACAR! ¡HOLA! ¡DOÑA ISAUURA! ¡VECHE PALANTE!

¡MAGNÍFICO! ¡VAMOS A VER QUIEN GANA!

¡AAY! ¿QUÉ HAGO? ¿QUÉ HAGO? ¿CON QUE CARA ME VOY A PRESENTAR AHORA ANTE EL GOBIERNO DE SABALANDIA!

¡HE FRACASADO!

EL TRATADO DE AMISTAD INTERNACIONAL, FRUTO DE TANTOS AÑOS DE ESFUERZOS, YA NO SE FIRMARÁ.

TODO POR ESE IMBÉCIL DE TRUCUTÚ.

¡AYY! ¡JUA! ¡PUM! ¡RRAM!

¡HOLA, GUZIGÚ! DE LO QUE SE PERDIÓ SU MAJESTAD... SI HUBIERA VISTO AQUELLA PELEA...

DOÑA ISAUURA DERROTO A TODOS LOS OTROS DINOSAURÓS... ¡QUE ESPECTÁCULO MÁS GRANDIOSO! ¡QUE DEPORTE!

Y GRACIAS A TI, MI QUERIDO GUZIGÚ... VENGA ESE TRATADO DE AMISTAD... LO FIRMAREMOS YA...

Y PRONTO PORQUE CHAMBA Y YO HEMOS DECIDIDO IR A UNA CACERÍA ESTA TARDE.

FRAGMENTOS

EL ESTEGOSAURO TENÍA PRÁCTICAMENTE EL CEREBRO EN LA COLA.

de la Edad Prehistórica.

EL ESPINAZO EN LA REGIÓN DEL PELVIS ESTABA MÁS DESARROLLADO QUE EN LA CABEZA.

EL MASTODONTE AMERICANO ERA UN ANIMAL MUY GRANDE. RECIENTEMENTE SE ENCONTRARON VARIAS MUELAS, LA MÁS GRANDE DE LAS CUALES PESABA MÁS DE SEIS LIBRAS.

El grillo del hogar

por Carlos Dickens



En medio de tan heterogéneos objetos Caleb y su hija trabajaban sentados; la pobre ciega arreglaba una muñeca y él pintaba y barnizaba la fachada de cuatro ventanas de un hotelito burgués.

Las zozobras que reflejaba la expresión del rostro de Caleb, su aspecto soñador y distraído, que hubiera sentado perfectamente a la fisonomía de un alquimista o de un adepto de las ciencias ocultas, formaban a primera vista extraño contraste con la trival naturaleza de sus ocupaciones y de las frivolidades que lo rodeaban. Pero por más triviales que sean los objetos, cuando se inventan y ejecutan para ganar el pan de cada día toman un carácter muy serio y grave; y además, no podría asegurarse que si Caleb hubiese sido lord Chambelán, o miembro del Parlamento, o jurisconsulto, o especulador, hubiese juzgado menos frívolos sus nuevos juguetes, al paso que es indudable que los suyos eran más inocentes.

—¿De modo que estabais fuera, a merced de la lluvia, ayer por la noche, padre mío, con el hermoso traje nuevo? —preguntó la hija de Caleb Plummer.

—Con mi traje nuevo—respondió éste dirigiendo una rápida mirada hacia una cuerda, de la cual colgaba la tela de embleaje que describimos antes, puesta cuidadosamente a secar.

—¡Cuánto me gusta que lo hayáis comprado, padre mío!

—¡Y a un sastre tan celebrado! Un sastre enteramente a la moda. Es demasiado hermoso para mí.

La ciegucecita interrumpió su trabajo y se echó a reír de todo corazón.

—¡Demasiado hermoso, padre mío! ¿Acaso puede haber algo demasiado hermoso para vos?

—No obstante, casi me da vergüenza usarlo—dijo el anciano espiando el efecto que sus palabras producían en el

rostro radiante de su hija—; puedes creerlo. Cuando oigo a grandes y pequeños que dicen detrás de mí: «¡Vaya un encofetado! No sé qué cara poner». Y ayer por la noche un mendigo no quería soltarme, obstinado en hablarme respetuosamente mientras yo le aseguraba que era un hombre vulgar: «No, no; vuestro honor no me convencerá de semejante cosa». Experimenté verdadera confusión y creí en verdad que no tenía ningún derecho al uso de tan hermoso traje.

¡Cuán feliz era la ciegucecita! ¡Qué alegría, qué triunfo para ella!

—Os veo, padre mío—dijo cruzando las manos, tan claramente como si tuviese los ojos, cuya falta no echo nunca de menos mientras permanecéis a mi lado. Un traje azul.

—Azul claro—dijo Caleb.

—Sí, sí, azul claro—exclamó la joven levantando su radiante faz—, del color que me acuerdo haber visto en el cielo... Un hermoso traje azul claro...

—Amplio y cómodo—añadió Caleb.

—¡Sí, amplio y cómodo!—repitió la ciegucecita riendo a carcajada suelta—, y llevando este traje, padre mío, me parece veros con vuestra mirada gozosa, vuestra cara sonriente, vuestro paso ligero, vuestros cabellos negros y vuestro aspecto tan joven y tan bello.

—¡Basta, basta—dijo Caleb—. Vas a conseguir que me haga vanidoso.

—Creo que lo sois ya—exclamó su hija dirigiéndole en medio de su regocijo una señal llena de malicia—. ¡os conozco, padre mío! ¡Lo he adivinado! ¿Lo veis?

¡Pobre Caleb! No tenía gran semejanza con el trato deliheado por su hija mientras permanecía en su misera silla contemplando a la desdichada.

Su hija había hablado del paso ligero de Caleb y en lo que a esta parte concernía tenía razón. Hacía muchos años que Caleb no había atravesado la puerta una sola vez con su paso natural, lento y pesado, sino con un paso ficticio destinado a engañar el oído de su hija; y ni en las ocasiones en que estuviera más amargado su corazón había olvidado la marcha ligera, calculada para hacer más ligera también la vida de su hija y más fácil su valor. ¡Sólo Dios lo sabe!, pero yo creo por mi

parte que el vago extraviado que reinaba en las maneras de Caleb, era en parte originado por la ficción que había voluntariamente colocado, en unión de todos los objetos que le rodeaban, por la ficción de aquella perpetua comedia a que se condenara por amor a su hija. Forzosamente el pobre hombrecito había de conservar su aspecto extraviado después de tantos esfuerzos hechos durante largos años con el fin de destruir su propia identidad y la de todos los objetos que le interesaban.

—Está concluida—dijo Caleb retrocediendo un paso a dos para juzgar mejor el mérito de su obra—y tan próxima a la realidad como cincuenta céntimos a una pieza de diez sueldos. ¡Lastima que le fachada de la casa se abra de una sola vez! ¡Si pudiésemos poner una escalera y puertas regulares para penetrar en cada habitación!... He aquí los inconvenientes del oficio; pero la existencia entera forjándose ilusiones, engañándose a mi mismo.

—Hablaís en voz muy baja, padre mío; estáis fatigado?

—¡Fatigado!—repitió Caleb con vivaz empuje—. ¿Qué podría fatigarme? Nunca me fatigué, Berta. ¿Qué quieres decir con estas palabras?

Y para dar fuerza incontestable a sus aserciones, se interrumpió a sí mismo en el momento en que involuntariamente iba a imitar a dos figuillitas bonachonas que levantaban los brazos y bostezaban sobre el tapete de la chimenea, imágenes perfectas del hastío eterno desde la punta de los pies hasta la punta de los cabellos; y luego empezó a tararear el estribillo de una canción. La canción era báquica; una picardía a mayor honra del vino espumoso, y Caleb la entonó con voz tan sorprendente, con tan notable animación, que el gozoso cato hacía resaltar mil veces más la delgadez y la congoja de su semblante.

II

—¿Qué es esto? ¿Pues no me ha parecido oír cantar?—dijo Tackleton introduciendo a través de la puerta—. ¡Continuad! ¡Continuad! No sería yo quien cantase.

En verdad, nadie hubiera puesto en duda su aserto. No traía cara de cantar cancioncillas.

—No sería yo quien se permitiese cantar—dijo Tackleton—. Me encanta que podáis hacerlo vosotros. Espero que la canción no estorbará vuestra tarea, aunque no sobre el tiempo para hacer ambas cosas a la vez.

—¡Si pudiese verle!—murmuró Caleb al oído de su hija—. ¡Como guiña el ojo, Berta! ¡No he visto hombre más gracioso! Si no le conocieras, llegarías a creer que habla en serio, ¿verdad?

La ciegucecita sonrió e inclinó la cabeza afirmativamente.

Cuando un pájaro sabe cantar y no quiere, hay que forzarle, según el proverbio—gruñó Tackleton—; pero cuando un murciélago, que no sabe cantar, que

no debería cantar, canta a pesar de todo, ¿qué hay que hacerle?

—¡Qué miradas tan picarescas nos dirige en este instante!—dijo Caleb a su hija—. ¡Cielo santo!

—¡Siempre alegre, siempre de buen humor cuando viene a vernos!—exclamó Berta sonriendo.

—¡Ah! ¿Estáis aquí?—respondió Tackleton—. ¡Pobre idiota!

La creía realmente idiota y se fundaba para creerlo, sea por instinto o por reflexión, en el amor que ella le profesaba.

—Pues bien, puesto que estáis ahí, ¿cómo os encontráis?—preguntó Tackleton con tono malhumorado.

—Bien, muy bien! Tan feliz como podáis desear, tan feliz como querrais hacer a todo el mundo, si dependiese de vos.

—¡Pobre idiota!—murmuró Tackleton—. ¡Ni un visulmbre de razón, ni el menor virulmbre!

La ciegucecita le tomó la mano y la besó; la estrechó un momento entre las suyas, y apoyó en ella su mejilla tiernamente antes de soltarla. Hubo en esta caricia tanto afecto, una expresión de tanto reconocimiento, que el mismo Tackleton se conmovió hasta el punto de decir con un gruñido menos brutal que de costumbre:

—¿Qué tenéis?

—La coloqué al lado de mi almohada hasta que me fui a dormir ayer por la noche y soñé. Luego, cuando el día ha llegado, al levantarse el sol en todo su esplendor..., el sol «rojo», ¿verdad padre?

—Rojo mañana y tarde Berta—respondió el pobre Caleb, dirigiendo una mirada llena de profunda tristeza a Tackleton.

—Al levantarse el sol y mientras su brillante luz, con la que temo siempre tropezar, ha entrado en la habitación hacia la luz he colocado el pequeño arbusto, bendiciendo al cielo que ha creado cosas tan lindas, y a vos que me las enviáis para hacerme dichosa.

—¡Esta muchacha es una verdadera fugada del manicomio de Bedlam!—pensó Tackleton.—Pronto llegaremos a la camisa de fuerza y a las esposas ¡Progresamos, progresamos!

Caleb, con las crispadas manos cruzadas, lanzaba miradas inquietas, mientras hablaba su hija, como si realmente se preguntase (y creo que así era) si Tackleton había hecho algo para merecer la gratitud de Berta. Si el pobre Caleb, en aquel instante se le hubiese concedido libertad completa para escoger entre dos alternativas: la de echar de su casa a puntapiés al comerciante de juguetes, o caer a sus plantas reconociendo sus bondades, creo que se hubiera podido apostar por los dos extremos en las mismas probabilidades de éxito. No obstante, sabía perfectamente que era él mismo quien con sus propias manos había traído a su casa tan cuidadosamente el rosal para su hija, y que eran sus mismos labios los que habían forjado este engaño para borrar en su

hija la menor sospecha de las privaciones numerosas, infinitas, que se imponía diariamente para ofrecerle algunos goces más.

—Berta —dijo Tackleton afectando meditadamente un poquillo de cordialidad—, acercaos.

—¡Oh, me acercaré a vos sin necesidad de ir a tientas!—respondió Berta—. No es preciso que me guien.

—¿Queréis que os diga un secreto?—
—Sí quiero —respondió con entusiasmo.

¡Cuán radiante, cuán espléndida, se puso aquella cara hundida en las tinieblas ¡Qué aureola tan luminosa rodeó aquella cabeza atenta e interrogante!

—Este es el día en que la pequeña... ¿cómo se llama?, la niña mimada, la mujer de Peerybingle, os hará la visita habitual para realizar su extravagante fiesta a escote, ¿verdad?— añadió Tackleton con pronunciada expresión de desdén hacia la agradable expansión tradicional.

—Sí, es hoy —respondió Berta.

—Así me lo ha parecido—repuso Tackleton. Pues bien, quisiera ser de la partida.

—¿Lo oís, padre mío?—exclamó la ciegucecita enajenada y fuera de sí.

—Sí, sí, lo he oído—murmuró Caleb con mirada fija de sonámbulo—; pero no lo creo. Será una de tantas ilusiones que me complazco en forjar.

—No; veréis... Es que... deseo aproximar un poco los Peerybingle a May Fielding... Quería que se relacionasen... ¡Voy a casarme con May!

—¡Casaros!—exclamó la ciegucecita alejándose bruscamente de él.

—¡El diablo confunda a la idiota! ¡Ya preví que llegaría un momento en que no podría hacerle comprender mi idea! Sí, Berta me caso. La iglesia, el ministro, el notario, el bedel, la carroza de cristales, las campanas, el desayuno, la torta de la novia, las cintas de seda, los clarinetes, los trombones y todo el alboroto; una boda, ¿entendéis? Una boda. ¿Sabéis bien lo que es una boda?

—Lo sé—dijo la ciegucecita dulcemente—, lo comprendo.

—¿De veras?—murmuró Tackleton—. ¡Gran fortuna! Pues bien, he aquí por qué deseo ser de la partida y traer conmigo a Mary y su madre. Os enviaré por la mañana alguna cosilla, lo que se me ocurra; una pierna de carnero fiambre, u otra golosina cualquiera de la misma clase. ¿Me esperaréis?

—Sí—respondió Berta.

Había dejado caer la cabeza sobre el pecho, se había vuelto hacia el otro lado; y permanecía en esta postura en pie con las manos enlazadas, inmóvil y soñadora.

—No creo que me esperéis murmuró Tackleton echándola una mirada—. Se diría que lo ha olvidado todo. ¡Caleb!

—Supongo que puedo atreverme a creer que estoy aquí—pensó Caleb—. ¡Señor!

—Procurad que Berta no olvide lo que le he dicho.

—¡Oh, no temáis! No olvida nada. Es la única cosa que no sabe hacer.

—Cada cual puede llamar cisnes a sus ganfos—gruñó el comerciante de juguetes levantando los hombros—. ¡Pobre diablo!

Después de esta maligna observación, emitida con actitud de soberano desprecio, Gruff y Tackleton se retiraron.

Berta permaneció en el mismo lugar en que la habían dejado, entregada por completo a sus tristes pensamientos. La alegría había desaparecido de su semblante lleno ya de profunda melancolía.

Tres o cuatro veces sacudió la cabeza como si llorase el recuerdo de un bien perdido, pero sus dolorosas reflexiones no encontraron palabra alguna en que expresarse.

Caleb, por su parte, estaba ocupado desde algún tiempo en enganchar a un coche un tiro de caballos por medio de un procedimiento demasiado sencillo, puesto que consistía en clavar el arnés en la carne viva del animal. Terminaba ya, cuando su hija se aproximó a su escabel de trabajo y se sentó a su lado diciendo:

—Padre mío, me doy cuenta de que ha vuelto a caer en la tristeza y en las tinieblas. Necesito mis ojos, mis ojos pacientes y prontos a todas horas.

—Aquí los tienes—respondió Caleb— pronto en verdad a todas horas. Son más tuyos que míos, Berta, y puedes disponer de ellos en cualquier instante. ¿De qué modo pueden serte útiles tus ojos?

—Mirad alrededor del cuarto.

—Ya está—dijo Caleb—. Dicho y hecho. Berta.

—Describidmelo.



—Está como siempre—notó Caleb—. sencillo, pero muy cómodo. Los vivos colores de las paredes, las flores brillantes de los platos, la madera que aparece limpia y brillante donde quiera que haya vigas y tableros y el conjunto de alegría y aseo de la casa le dan un aspecto lindísimo.

En efecto, la casa estaba aseada y alegre en el espacio a que podía llegar la mano de Berta, pero en lo demás no se notaba alegría, ni aseo ninguno, en el atiguo soportal agrietado que la imaginación de Caleb transformaba por arte de encantamiento.

—Lleváis la ropa de trabajo y no estáis vestido tan elegantemente como cuando lleváis el vestido nuevo—dijo Berta tocando a su padre.

—No tan elegantemente—respondió Caleb—, pero estoy bien así.

—Padre mío—dijo la ciegucecita acercándosele y pasándole el brazo alrededor del cuello—, háblame de May. ¿Es muy hermosa?

—Sí, ciertamente—dijo Caleb.

Y era verdad. Pocas veces Caleb tuvo que recurrir menor a su imaginación.

—Tiene cabellos negros—añadió Berta pensativa—, son más negros que los míos. Su voz es dulce y armoniosa; lo sé; muchas veces me he complacido oyéndola. Su cintura...

—¡No hay en toda la habitación una muñeca cuya cintura pueda compararse con la de May! ¡Y sus ojos!...

Pero se detuvo, porque Berta se había suspendido más estrechamente a su cuello y el brazo que le rodeaba le hizo sentir una presión convulsiva de la que comprendió con demasiada claridad el significado.

Se desasíó de su hija, tosió un momento, dió algunos martillazos a sus caballitos vivarachos y volvió a tararear la canción báquica del vino espumoso que era su infalible recurso en semejantes apuros.

—¡Nuestro amigo, nuestro padre, nuestro bienhechor! Nunca me canso de oír hablar de él. ¿Queréis creerlo? ¡Nunca me canso!

—No; claro está—respondió Caleb—, y con razón.

—Si sí, con razón—exclamó la ciegucecita.

Y pronunció con tanto calor estas palabras, que Caleb, a pesar de la pureza de sus intenciones al engañar la inocencia de su hija, no usó mirarla a la

cara; bajó, por el contrario, los ojos como si Berta hubiese podido leer en ellos su ficción.

—Pues habládme de él, querido padre—dijo Berta—con más precisión que antes. Su rostro es benévolo, bueno, dulce, honrado, lleno de franqueza; estoy segura de ello. El corazón generoso que procura ocultar todas sus bondades bajo la apariencia de la rudeza y del mal humor, debe hacerse traición en cada una de sus miradas.

—Cosa que le ennoblece—añadió Caleb con tranquila desesperación.

—¿Qué le ennoblece—repitió la ciegucecita— ¿Tiene más edad que May?

—Sí—dijo Caleb como a pesar suyo—. Es algo más viejo que May. Pero no importa.

—Sí, sí, padre mío! Ser su paciente compañera en las dolencias de la vejez, su guardiana atenta en la enfermedad, su amiga fiel en el sufrimiento y en la aflicción, trabajar por él ignorando la fatiga velar por él, consolarle, sentarse junto a su cama, hablarle cuando esté despierto ¡qué privilegios tan dichosos para su mujer! ¡Qué ocasiones para probarle toda su fidelidad y su rendimiento! ¿La creéis capaz de hacer todo esto, padre mío?

—Sin duda alguna—respondió Caleb.

—Si es así, amo a May, padre mío,

puedo amarla con toda mi alma, bób la ciegucecita.

Y pronunciando estas palabras su pobre semblante privado de la fuerza que éste quedó casi pesada haberla causado una felicidad que a producir lágrimas.

III

No fué poco alborozo que hubo siguiente en casa de John Peerybingle.

La señora Peerybingle, naturalmente no podía ir a parte alguna sin quitin y se necesitaba algún tiempo para prepararlo. No quiere decir esto que la señora Peerybingle se hubiese ocupado mucho de esta mercancía noble aspecto del peso y del valor, pero eran indispensables para semejante operación una multitud de cuidados y de precauciones. Por ejemplo, cuando se hizo el paso a paso a cierto punto «toilette», en el que hubierais podido poner razonablemente que con dos toques más nada le hubiera faltado para considerarse como uno de los mejores mejor empaquetados del mundo punto de desafiar valientemente al viento entero, hubo que ponerle de un gorro de franela, en forma de galuces, y conducirlo a la cuna para que desapareciera entre sábanas por espacio de una hora. Arrancáronle de ese estado de sopor y apareció como un congrejo y cuando atravesó. Hicieronle tomar... ¡vaya ferria, si me lo permitieseis habiendo un modo general... una ligera coque después de lo cual se fué a dormir nuevo. La señora Peerybingle aprovechó este intervalo para ponerse tan rosada como la que más; y durante esta tregua, miss Slowboy vistió un «sweater» de forma tan sorprendente ingeniosa, que no parecía haber sido perfeccionado para ella ni para ninguna; era una prenda estrecha que en forma de orejas de perro, sin darse a ningún otro traje y sin ninguna relación con cualquiera otra prenda vestir. Luego, el chiquitín, vuelto nuevo a la existencia, fué embozado en los esfuerzos reunidos de la señora Peerybingle y miss Slowboy, en un manto color manteca fresca; luego, le puso una gorrita de nankin en forma de ta. Terminados estos preparativos, ron los tres hasta la puerta. Por que el caballo llenaba el suelo de graños impacientes, mientras lejos perdiéndose en la oscuridad, el impetuoso Boxer se volvía hacia su camita como si le invitase a partir sin aguardar el orden de su amo.

Poco conocerais al honrado John Peerybingle si creyeseis que se necesitó un cristal u otro objeto semejante para ayudar a la señora Peerybingle a subir al cielo. Antes que hubieseis tenido tiempo de verla en sus brazos estaba ya sentada en su sitio, fresca y colorada, y diciendo:—
—¿En qué pensáis, John? Acordad, Tilly.

Si pudiese permitirme hablar—es una suposición aventuradísima—de las cosas de una joven, notaría a propósito de las Tilly Slowboy, que, a causa de una fatalidad singular, estaban expuestas sin tregua a todo género de averías sin que su dueña no efectuaba el menor movimiento de ascenso o descenso sin que se en ellas una raya, del mismo modo que Robinson Crusoe señalaba los días en su calendario de Madera. Pero estas reflexiones podrían parecer inconvenientes, las guardaré para mi sayo.

prosiguió Wot—, ¿habéis to-
esto que contiene el pastel de
algunas otras cosillas y las bo-
cerveza? Si no lo habéis reco-
dremos que desandar el camino
amente.

ustia la cachaza que tenéis—di-
mandadero—de hablarme de des-
camino, después de haberme
ardar la salida más de un
hora.

nto mucho John—repuso Dot
ada—, pero de ningún modo
ería a presentarme en casa de
de ningún modo, John... sin el
de jamón, las demás cosillas y
las de cerveza. ¡Alto!

ma palabra se dirigía al caba-
no paró mientes en ella.

eneos, John, os lo suplico!—ex-
a señora Peeryhingle.

áis pedir que me detuviese—
John—si hubiese olvidado al-
osto está en el carruaje, en lu-
uro.

é corazón de monstruo tenéis,
y no habérmelo dicho en se-
por nada del mundo hubiera ido
de Berta sin el pastel, las de-
osillas y las botellas de cerveza.
ince días, desde que nos casamos,
mos con Caleb y su hija nuestras
illas. Si cualquier incidente tur-
a regularidad, me parecería un
presagio.

no tuvisteis mala idea el día
se os ocurrió iniciar esta cos-
—dijo el mandadero—, y esto os
ya mujercita.

abido John—respondió Dot rubori-
ce— no digáis estas cosas ¡Cielo

propósito—observó el mandade-
rose anciano...

esta turbación por parte de Dot, y
arto muy visible.

extraño, muy extraño—prosiguió
mirando hacia adelante—. No pue-
ulicármelo. Sigo suponiendo que
nemos de temer de su parte.

no, de ningún modo... Estoy...
enteramente segura de su honra-

de veras?—preguntó el mandadero
ndole una mirada, atraído por la
dad de su lenguaje—. Me satisfa-

estéis tan convencida de ello,
confirmáis mis esperanzas. De to-

odos es muy curioso que se le ocu-
pedirnos hospitalidad. ¡Se ven con-
raras en el mundo!

as tan raras!—repitió Dot en voz
tan baja que apenas se oía.

pesar de todo, parece un viejo «gen-
»—añadió John—, que paga como

«gentleman»; de manera, que bien
que pueda fiarse uno de su palabra

de la palabra de un «gentleman».
mañana he conversado largamente

me entiende mejor, lo que, según
es debido a que se va acostumbrando

voz. Me ha hablado mucho de sí
no; ¡qué preguntas tan particulares

hecho! Le he dicho que yo hacía
ajes, obligado por mi oficio; un día,

derecha, salida de casa y vuelta, y
siguiente a la izquierda, salida de

y vuelta (porque él es extranjero y
noce los nombres de los pueblos),

que ha parecido complacerle mu-
De modo, que esta noche llegaré a

me ha dicho—con vos, cuando yo
por el contrario, que tomariais el

no exactamente opuesto. ¡Muy bien!
as os molesta todavía rogándoos que

trezcáis de nuevo un lugar en vues-
carruaje, pero me comprometo a no

otra vez en sueño tan profundo co-
el pasado. Porque, lo que es la otra

vez, dormía profun... ¿En qué pensáis,
Dot?

—¿En qué pienso? Os... os... escu-
chaba.

—¡Bien, bien!—dijo el mandadero—
Temí, al ver vuestro aspecto distraído,
haber hablado con tanto exceso, que os
hubiese alejado cien leguas de aquí.
Foco ha faltado para que lo creyera.

Dot no respondió ni una sola pala-
bra, y el carruaje siguió por algún
tiempo avanzando en silencio. Pero no
era cosa fácil la mudez en el carruaje
de John Peerybingle, porque cuantos
pasaban por su camino tenían algo que
decirle, aunque sólo fuese un «cómo
estáis?» y realmente, no solían decirle
cosas de mucha más importancia. Y
era necesario responder con toda cor-
dialidad posible, no sólo con una in-
clinación de cabeza o una sonrisa, sino
con un saludable ejercicio de pulmones,
ni más ni menos que si se tratase de un
discurso de grandes alientos, pronun-
ciado en la Cámara. Algunos viajeros

Los fardos y los paquetitos colocados
encima del carruaje de John eran muy
numerosos, por cuyo motivo el manda-
dadero se detenía con frecuencia para re-
cibirlos o devolverlos. Y estos momen-
tos no constituían por cierto la parte
menos agradable del viaje. Algunos es-
peraban los paquetes con gran impa-
ciencia; otros se maravillaban al reci-
birlos, y los de más allá no cesaban de
recomendar especialmente sus encargos.
El mismo John se tomaba un interés
tan real por todos los paquetes, que de
él resultaban frecuentes escenas de co-
media. Además, John no podía encar-
garse de algunos artículos sin madura
reflexión, sin madura reflexión, sin dis-
cusión previa; y tenían lugar entre el
mandadero y los expedidores largas con-
ferencias en toda regla a las que solía
asistir Boxer; haciéndose notar en ellas
por breves momentos de muy seria aten-
ción, y sobre todo por largos accesos de
locura en que corría como un desespera-
do alrededor del grave areópago la-



a pie o a caballo acudían a ambos la-
dos del carruaje para viajar en compa-
ñía una parte del camino, o sólo para
conversar un momento y entonces se
crizaban de una y otra parte buen nú-
mero de palabras.

Luego Boxer obligaba al mandade-
ro a expresar su cariñoso reconoci-
miento a la gente, mejor de lo que hu-
beran sabido hacerlo media docena de
hombres hechos y derechos. Todo el
mundo conocía al perro, especialmente
las gallinas y los cerdos, que al notar
que Boxer se aproximaba mirando al
seslayo con las orejas levantadas para
escuchar junto a las puertas y con la
extremidad de la cola enroscada en for-
ma de trompa, retirábase inmediata-
mente a los lugares más escondidos de
la casa sin aguardar el honor de trabar
con él más íntimo conocimiento. Boxer
se ocupaba de todo, se perdía en los
más insignificantes recodos, miraba el
fondo de los pozos, penetraba con gran
empuje en el interior de las chozas, sa-
liendo luego con la misma petulancia,
hacia irrupción en las casas de los
maestros de escuela, aterrorizaba los pa-
lomos, hacía erizar la cola a los ga-
tos y se paseaba por los figones como
persona bien enterada de los alrede-
res el camino.

Dondequiera que fuese, se oía una
voz que decía: ¡Ea, aquí está Boxer
—y el dueño de la voz salía en seguida,
acompañado de dos o tres personas por
lo menos, para saludar a John Peerybin-
gle y a su linda mujercita.

drando hasta enronquecer Dot, inmóvil
en su lugar, dentro del carruaje, se en-
tretiene con todos estos incidentes, que
podía presenciar con comodidad sin mo-
verse un ápice, y formaba un lindísimo
cuadro, bajo el marco del toldo. De
modo, que puedo aseguráros que los jó-
venes, al verla, nunca dejaban de to-
carse con el codo, mirarse unos a otros,
hablar bajo y envidiar la suerte del
feliz John; y el feliz John se arrojaba
al notarlos, porque estaba orgulloso de
su mujercita y sabía que Dot no hacía
caso de los admiradores... aunque tam-
poco la disgustase oírlos.

El viaje no se hacía con tiempo des-
pejado, porque corría a la sazón el mes
de enero y el tiempo era frío y rudo.
Pero ¿quién se inquietaba por tan po-
co? No sería Dot seguramente; ni Tilly
y Slowboy, porque para ella ir en co-
che, de cualquier modo que fuese, era
el supremo grado de las dichas huma-
nas, el «non plus ultra» de las alegorías
del miserable mundo; ni el niño, me
atrevería a jurarlo, porque jamás niño
alguno, cualquiera que fuese su capaci-
dad bajo este doble aspecto, estuvo más
caliente ni más profundamente dormi-
do que el bienaventurado Peerybingle
menor, durante todo el camino.

No se podía ver a grande distancia a
consecuencia de la bruma, pero ésta no

era impenetrable ni mucho menos. Ad-
mira ciertamente el gran número de co-
sas que se puede ver entre una bruma
más espesa todavía que aquella por poco
que quiera tomarse la pena de mirar. En
ella, sólo el contemplar desde el coche
los espacios circulares desprovistos de
vegetación que el vulgo llama las rou-
das de hadas y los montones de escar-
cha, que permanecían aún a la sombra
de los vallados y los árboles, constituía
una agradable ocupación; esto sin con-
tar con las tomas impensadas que pre-
sentaban los árboles surgiendo de pron-
to de la bruma y antes de entrar en
ella otra vez para esfumarse en ella de
nuevo. Los actos, confundidos, despoja-
dos de sus hojas, abandonaban al vien-
to gran número de guirnaldras marchi-
tas pero este espectáculo no era en-
tristecedor. Resultaba, al contrario, agra-
dable, porque hacía resaltar mucho más
el atractivo de un rincón del hogar que
poseyerais durante el invierno, y os ha-
cía más hermosa la esperanza de la
próxima primavera. El río conservaba
un aspecto tricolor, pero seguía corrien-
do y aún corría dulcemente; sólo que el
curso era algo lento y entorpecido, pe-
ro no importaba; no por eso se helaría
con menos dilación cuando el frío se
hiciera sentir con todo su rigor, y en-
tonces todo el mundo iría allí a patinar,
a resbalar, y las viejas barcas, aprí-
sionadas por el hielo junto al muelle,
echarían humo por las chimeneas en-
mohecidas para procurarse un poco de
tibio descanso.

Más lejos, en el campo, ardía un mon-
tón de malas hierbas y rastros. Los
viajeros contemplaron el fuego de pá-
lido aspecto que exhalaba a la luz del
día, a través de la bruma por interva-
los, la claridad de una llama rojiza, has-
ta que mis Sloyboy, a consecuencia de
la observación que hizo de que «el hu-
mo le subía a la nariz» (era su costum-
bre cuando algo le molestaba), se so-
focó y despertó al niño, que ya no qui-
so volver a dormirse.

IV

Boxer, que tomó poco más o menos
la delantera de un cuarto de milla, ha-
bía pasado las entradas del barrio, lle-
gando al rincón de la calle en que vi-
vían Caleb y su hija. De modo que mu-
cho tiempo antes que los Peerybingle
hubiesen llegado a la puerta de su casa,
Caleb y la ciegucecita estaban en la
acera dispuestos a recibirlos.

Boxer, dicho sea de paso, en sus rela-
ciones con Berta, mostraba ciertas dis-
tinciones sutiles que nos permiten creer
sin duda alguna que se daba cuenta de
su ceguera. No procuraba nunca lla-
mar su atención mirándola, como solía
hacerlo con los demás; siempre se acer-
caba a ella para darse a conocer por
medio del tacto. Ignoro la experiencia
que pudiese haber adquirido acerca de
la ceguera de los hombres o de los pe-
rros; no había vivido nunca con ningún
ciego, ni el señor Boxer padre, ni la se-
ñora Boxer, ni ningún otro miembro
de su respetable familia, tanto de la
rama paterna como de la materna, su-
frió semejante desgracia, que yo sepa.
Quizás había llegado a sus sorprenden-
tes conclusiones mediante un proceso
individual; pero lo indudable, es que sa-
bía comunicarse a la perfección con los
ciegos. Sujetó, pues, a Berta por el bor-
de de la falda, sin soltar la presa hasta
que la señora Peerybingle, el niño, miss
Slowboy y el cesto hubieron entrado en
la casa unos tras otros.

May Fielding había llegado ya con su
madre, una mujercita vieja, gruñona,
de faz malhumorada, que por haber
conservado en la vejez cintura flexible

como un junco, tenía fama de haber lucido durante su juventud uno de los tales más elegantes de su época. Sea porque en otro tiempo se hubiese visto en mejor situación económica, sea por haberse aferrado a la idea de que hubiera podido alcanzarla, si hubiese llegado algo que no llegó nunca y que jamás pareció tener la menor probabilidad de llegar (vasos que pueden reducirse a uno solo), afectaba los modales de las personas elegantes y adoptaba aires de protección. Gruff y Tackleton estaban también allí, haciéndose el agradable con el aspecto de un hombre que se encuentra tan perfectamente a su gusto y tan incontestablemente en su elemento propio como un salmón recién nacido en la cima de la gran pirámide.

—¡May, amiga del alma!—exclamó Dot corriendo a su encuentro—. ¡Qué felicidad!

Su amiga del alma estaba tan gozosa como la misma Dot; era un espectáculo delicioso el que Mary y Dot dieron al abrazarse. Hay que confesar que Tackleton era hombre de buen gusto; May era encantadora.

A veces, cuando estamos acostumbrados a admirar una cara bonita, y una día la vemos por casualidad junto a otra cara bonita, la comparación nos inclina a encontrar la primera vulgar y sosa. Pues bien, entonces ocurrió todo lo contrario, tanto por parte de Dot como por la de May, porque la cara de Dot hacia sobresalir la de May y la cara de May la de Dot, de un modo tan natural tan agradable, que como estaba pronto a decir John Peerybingle al entrar en la habitación, hubieran debido ser hermanas, aserción que a decir verdad parecía muy acertada.

Tackleton había llevado la pierna de carnero fiambre, y ¡caso prodigioso, una torta a modo de extraordinario (bien podemos permitirnos un poquillo de prodigalidad cuando se trata de nuestras novias; no nos casamos todos los días). Unieronse a estas golosinas el pastel de jamón y las «demás cosillas», como decía la señora Peerybingle, esto es, nueces, naranjas, pastelillos y otras menudencias. Cuando se sirvió. Cuando se sirvió la comida, a la que se había añadido el escote de Caleb, que consistía en una enorme cazuela llena de patatas humeantes (un convenio solemne le prohibía aportar otros comestibles), Tackleton condujo a su futura suegra al lugar preferente. Para mostrarse más digna de él en semejante solemnidad, la majestuosa anciana se había adornado con un gorro calculado para inspirar sentimientos de respetuoso temor a los más indiferentes. Calzaba guantes ¡viva el buen tono! ¡Antes morir que discrepar de sus enseñanzas!

Caleb se sentó cerca de su hija; Dot al lado de su amiga de la infancia; el mandadero se sentó al extremo de la mesa. Miss Slowboy quedó momentáneamente aislada de todo mueble que no fuese la silla en que se sentaba, a fin de que no tuviese a su alcance obstáculo alguno en que pudiera tropezar la cabeza del niño.

Como Tilly contemplase a su alrededor con aspecto asombrado las muñecas y los juguetes, éstos a su vez le miraron también abriendo los ojos desmesuradamente. Los ancianos de aspecto venerable (todos en pleno ejercicio de cabriolas contra la puerta de sus casas) demostraban sentir particular interés por la fiesta a escote; parábanse a veces antes de saltar, como si escuchasen la conversación; luego empezaban de nuevo con energía hercúlea su extravagante salto un sinnúmero de veces, como si sus

perpetuos tumbos les causasen frenético alborozo. Lo que es muy seguro, es que por poco dispuestos que estuviesen los saltarines ancianos a experimentar un maligno placer ante la cómica situación de Tackleton, podían hacerlo a su sabor con amplio motivo. Tackleton estaba fuera de su centro; cuanto más alegre se sentía su futura en compañía de Dot, menos le gustaba el tono de la reunión, aunque él la hubiese provocado. Porque hay que notar que Tackleton era un verdadero manojito de ortigas; cuando todos reían sin que él comprendiese la causa, sospechaba inmediatamente que se reían de él.

—¡May de mi alma!—exclamó Dot—. ¡Cómo hemos cambiado! ¡Cuánto reju-

alegre y amable quería yo el mío! ¡Y el vuestro, May! Querida mía, no sé si reír o llorar, al acordarme de las locuras de nuestra juventud.

May pareció estar decidida sobre el partido que debía tomar; sus mejillas coloreáronse vivamente y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Y aquellos jóvenes de carne y hueso en que habíamos pensado algunas veces pasándoles revista?—continuó Dot—. ¡Cómo podíamos figurarnos la marcha que tomarían las cosas! No había yo pensado nunca en John, a buen seguro. Y si os hubiese dicho que os casarías con el señor Tackleton, me hubierais administrado un buen soplamocos. ¿No es verdad, May?



venece hablar de los felices tiempos de la escuela!

—Me parece que no sois muy vieja todavía—interrumpió Gruff y Tackleton.

—¡Mirad qué marido tengo tan serio y tan grave! Añade por lo menos veinte años a los míos, ¿no es verdad John?

—Cuarenta—respondió éste.

—Y vos—continuó Dot riendo—¿cuántos años añadiréis a los de May? No puedo decirlo exactamente, pero a su próximo cumpleaños no tendrá menos de un siglo.

—¡Ja! ¡Ja!—exclamó Tackleton, pero con una risa hueca como un tambor, acompañándola de cierta mirada dirigida a Dot, que parecía revelar la siniestra idea de retorcerle el cuello...

—Amiga May—añadió Dot—. ¿os acordáis de cuando charlábamos en la escuela sobre los maridos que llegaríamos a tener un día? ¡Cuán hermoso, joven,

Aunque May no lo afirmara, no lo negó a buen seguro; no pensó ni por un instante en tomar tal resolución.

Tackleton reía, reía destempladamente, o mejor dicho, gritaba en vez de reír. John Peerybingle, reía también, pero con su risa habitual, franca y bonachona de modo que su risa era un murmullo al lado de la risa monstruo de Tackleton.

—Y a pesar de todo—dijo éste—, no habéis podido escapar, no habéis podido resistir. Nosotros triunfamos; ¿dónde están vuestros jóvenes y alegres prometidos?

—Unos han muerto—respondió Dot—, otros han sido olvidados. Si algunos de ellos pudiesen comparecer ante nosotras, no querriamos creer que fuésemos las mismas mujeres; no darían crédito a sus ojos ni a sus oídos, y no querriamos persua-

dirse de que les hayamos olvidado, no lo querriamos creer!

—¡Dot, Dot, mujercita!—exclamó el mandadero.

Dot había hablado con tanta vivacidad y con tanto calor, que sin duda John obró acertadamente al llamarlo en orden. La advertencia de su marido fue muy dulce, y su intervención motivada por deseo de proteger a Tackleton, produjo el efecto deseado, porque Dot calló sin añadir una palabra más.

May callaba también, permanecía inmóvil y dirigió los ojos al suelo con indiferencia. Pero su distinguida señora madre, intervino a su vez observando que las muchachas eran muchachas, que el pasado era pasado, y que «mientras la juventud sea loca y aturrida, obrará como locura y aturdimiento». Después de haber pronunciado dos o tres sentencias más de sentido tan sólido y profundo carácter no menos incontestable notable inspirada por un sentimiento de piedad reconocida, que daba gracias al cielo por haber hallado siempre en May una hija respetuosa y obediente, de lo cual no atribuía en modo alguno el mérito, aunque que tuviese sólidas razones para creer que tales resultados eran debidos a su propia inteligencia. En cuanto al señor Tackleton, dijo que «bajo el punto de vista moral» era un individuo presentable, que bajo ciertos puntos de vista, podía darse por satisfecha de tenerle por yerno; sería necesario haber perdido la cabeza para afirmar lo contrario» (y dijo la última frase con tono altamente enfático). En cuanto a la familia que iba a admitirlo, después de haber solicitado este honor, juzgada que el señor Tackleton no ignoraba que si su bolsa estaba algo escurrida, no por esto tenía menos justas pretensiones de nobleza y que en ciertas circunstancias, referentes al comercio del añil—porque se permitió condescender a indicar el origen de todos sus males, aunque sin entrar en detalles—, se hubiesen presentado de distinto modo, hubiera podido hallarse dueña de una gran fortuna. Hizo luego hincapié en su firme voluntad de no querer hablar de nuevo del pasado, ni recordar que su hija, durante algún tiempo, había rechazado las peticiones del señor Tackleton, y dijo que no quería aludir otros muchos asuntos, sobre los cuales disertó, no obstante, largo y tendido. Por fin resumió sus aserciones, afirmando que el resultado general de su observación y de su experiencia la hacía creer que los matrimonios en que menos entrase lo que se llama amor en el necio lenguaje de las novelas, serían los más felices, y que por lo tanto, profetizaba al matrimonio, cuya celebración se apremiaba, la mayor suma posible de felicidad; una de esas felicidades que brillan y desaparecen como fuego de sarmientos, sino una felicidad bien establecida y solidamente fundada. Y terminó advirtiéndole a los presentes, que el día siguiente, o sea el de la boda, era el que más había ambicionado siempre, y que una vez transcurrido este día, no desearía más que ser embalada y expedida para cualquier benévolo y hospitalario cementerio.

Como no había absolutamente nada que responder a estas afirmaciones, feliz ventaja de todas las afirmaciones caracterizadas por encerrarse en el campo de las generalidades, varió el curso de la conversación y la atención de los concurrentes se dirigió al pastel, a la pierna de carnero, a las patatas y a la torta. Con el fin de que no se cometie-

Continúa en la Pág. 11

EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE



LA FILATELIA = DEPORTE OFICIAL

TODO el mundo sabe que los recomendados políticos del "Postmaster General" o Ministro de Comunicaciones de los Estados Unidos, forman inacabable legión y alcanzan hasta los lugares más recónditos del país. Mr. James A. Farley, como presidente del Comité de Propaganda del Partido Demócrata, tuvo mucho que ver con el resultado de las dos elecciones del presidente Roosevelt y por ello tenía derecho a recomendar a sus amigos para los puestos públicos. Sin embargo, todo el mundo sabe que en los Estados Unidos hay algo de Farley más extenso y hasta popular que sus recomendados: sus sellos de correos, cuyas emisiones, cada vez más interesantes para los filatélicos, se han multiplicado como por arte de encantamiento.

En menos de seis años, el Ministro de Comunicaciones ha cubierto el mapa de los Estados Unidos, honrando en ellos estados y personas y reproduciendo en esos pequeños pedacitos de papel multicolor, aquellos acontecimientos políticos, militares o cívicos que honran las distintas regiones del país. Con ello, y entre paréntesis, ha creado uno de los negocios más productivos del Gobierno.

Antes de que Farley fuera llevado a su alto cargo por el presidente Roosevelt, los sellos no pasaban de ser sellos. Actualmente, sin embargo, miembros del Departamento del Correo estiman que la actuación de Farley ha estimulado a los coleccionistas hasta el punto de que de cada 13 yanquis hay uno que colecciona las mencionadas estampillas. Nada menos que diez mil comerciantes en sellos giran alrededor de Mr. Farley como las mariposas y otros insectos atraídos por la luz. No hace mucho el ministro de Comunicaciones, que además de político es buen comerciante, envió por todo el país un "tren filatélico", que llevaba sellos en cantidad de millones de dólares. No habrá que decir que las ventas fueron muy estimuladas por ese procedimiento.

El Departamento del Correo ha terminado un año muy activo, en el que las nuevas emisiones de sellos salieron de sus prensas a razón de dos cada semana. Entre las que se preparan para 1939, figuran las que se refieren a las dos Exposiciones Mundiales de Nueva York y San Francisco, George Washington, La Constitución, la Corte Suprema, el Canal de Panamá, y la primera de una larga serie de norteamericanos célebres, que se prolongará durante varios años. El deporte del "baseball", cuyo centenario se celebra este año, y el Congreso Mundial de Avicultura que se efectuará en Cleveland, probablemente figurarán también en la lista de las emisiones de este año.

El record de producción de Mr. Farley, inspirado según se dice por el coleccionista número uno y presidente de los Estados Unidos Mr. Roosevelt, ha alcanzado un período de cinco años, durante los cuales cada vez se ha ido logrando más y mejor el interés de los aficionados.

Desde que se realizó la emisión de la Proclamación de la Paz, el 19 de abril de 1933, Mr. Farley ha autorizado otras 89 emisiones distintas de sellos de correos. Al costo de .069 por 1000 en la mayoría de las emisiones, ha conmemorado los hechos del Ejército y la Armada, la fundación de la nación y los estados, exposiciones internacionales, parques nacionales, hechos del almirante Byrd, la represa Boulder, la NRA, vuelos transpacíficos y todos los presidentes muertos, muchos de los cuales no habían sido honrados hasta entonces en los sellos de correo.

EL MINISTRO de Comunicaciones, como medio de estimular el apetito de los coleccionistas, abrió una estación de correos en la Pequeña América, base de la Expedición Byrd al Antártico en 1933. El almirante Byrd llevó el correo al Polo, y un oficial del departamento de Mr. Farley fué con él para estam-

par y cancelar los sellos de la correspondencia. Tales cartas fueron retornadas a Norteamérica varios meses después, a razón de 50 centavos cada una, más los tres centavos del franqueo corriente.

El próximo estimulante usado por Mr. Farley, se le dió al público en 1935, cuando se pospuso durante dos semanas la inauguración del servicio aéreo a través del Pacífico para que los coleccionistas pudieran enviar todas sus cartas que quisieran en el primer viaje. Cuando por fin el China Clipper se hizo al es-

pacio, surgiendo de las aguas de la bahía de San Francisco a fines de 1935, llevaba 58 sacas de correo dentro de las que iban 115,000 sobres. La utilidad neta del Departamento del Correo en ese viaje, ascendió a la cantidad de 47,000 dólares.

Un año antes, en 1934, Mr. Farley había autorizado la serie de los parques nacionales, que constaba de diez lindos sellos, los primeros

que reproducían vistas de bellezas naturales de una parte de los estados de la Unión, desde Nueva Gales del Sur a Maine. Se dice que fué esa misma serie que le dió a Farley una prueba más de todo lo que podía hacer en su departamento.

Durante años había sido un hobby de las señoras, el coleccionar sellos de correos. Durante años había sido un hobby de las señoras, el coleccionar sellos de correos. Durante años había sido un hobby de las señoras, el coleccionar sellos de correos.

iones, a los miembros del Gabinete y amigos más íntimos. Mr. Farley continuó la costumbre con una innovación: que las firmó.

Se dice que al estar firmando una hoja, su pluma tropezó en las perforaciones por lo que, acto seguido, pidió varias hojas que no esquivaran engomadas ni perforadas y las autografió. Pero una de esas hojas llegó a las manos de un individuo que la ofreció en venta en el mercado filatélico de Nueva York. Los coleccionistas comenzaron a hacer tanto ruido que los adversarios políticos de Farley en el

Congreso amenazaron con pedir una investigación. Pero el Ministro de Comunicaciones le hizo frente a la tormenta ordenando otra emisión de los parques que no fué engomada ni perforada. Y los coleccionistas hicieron tremendas colas ante las estafetas de correos, y los comerciantes filatélicos viajes especiales a Washington tratando de obtener las primeras hojas que salieran de las prensas. Cuando los libros de la sección filatélica de las oficinas de correos cerraron sus cuentas al final del año fiscal, Mr. Farley supo que los ingresos procedentes de los coleccionistas habían

aumentado en 12 meses de 300,000 dólares a \$2.340,000.

LAS MAS costosas de las ochenta y nueve emisiones de sellos expedidas desde 1933, han sido las 32 "aerodinámicas" que constituyen la colección presidencial que sustituyó a la vieja emisión de 1922. Dibujados por Elaine Rawlinson, vencedora de un concurso celebrado en todo el país por el gobierno, esa colección comprende desde el sello de medio centavo con la efigie de Franklin, hasta el de \$5 que tiene la de Coolidge.

Antes de que se lanzara la referida emisión, los sellos de los Estados Unidos eran muy afiligranados, con bordes victorianos. Los nuevos sellos presentan simplemente una silueta destacada contra un fondo liso. Las letras son también de estilo simple. Miss Rawlinson cobró \$500 por su trabajo, pero los coleccionistas tuvieron que buscar bien en sus bolsillos antes de que pudieran adquirir el sello de Coolidge.

La mayor parte de las emisiones ordenadas por Mr. Farley han sido de tres centavos. La lista completa hasta el primero de enero de 1939, comprende:

La Proclamación de la Paz, 3 centavos; la Exposición de Chicago, 1 y 3 centavos; Kosciusko, 5 centavos; NRA, 3 centavos; Graft Zepelin, 10 centavos; Pequeña América, 3 centavos; Madres, 3 centavos; Maryland, 3 centavos; Wisconsin, 3 centavos; Parques Nacionales I a 10 centavos; Entrega Especial Aérea, azul, 16 centavos; Connecticut, 3 centavos; California-Pacífico, 3 centavos; Represa de Boulder, 3 centavos; Michigan, 3 centavos.

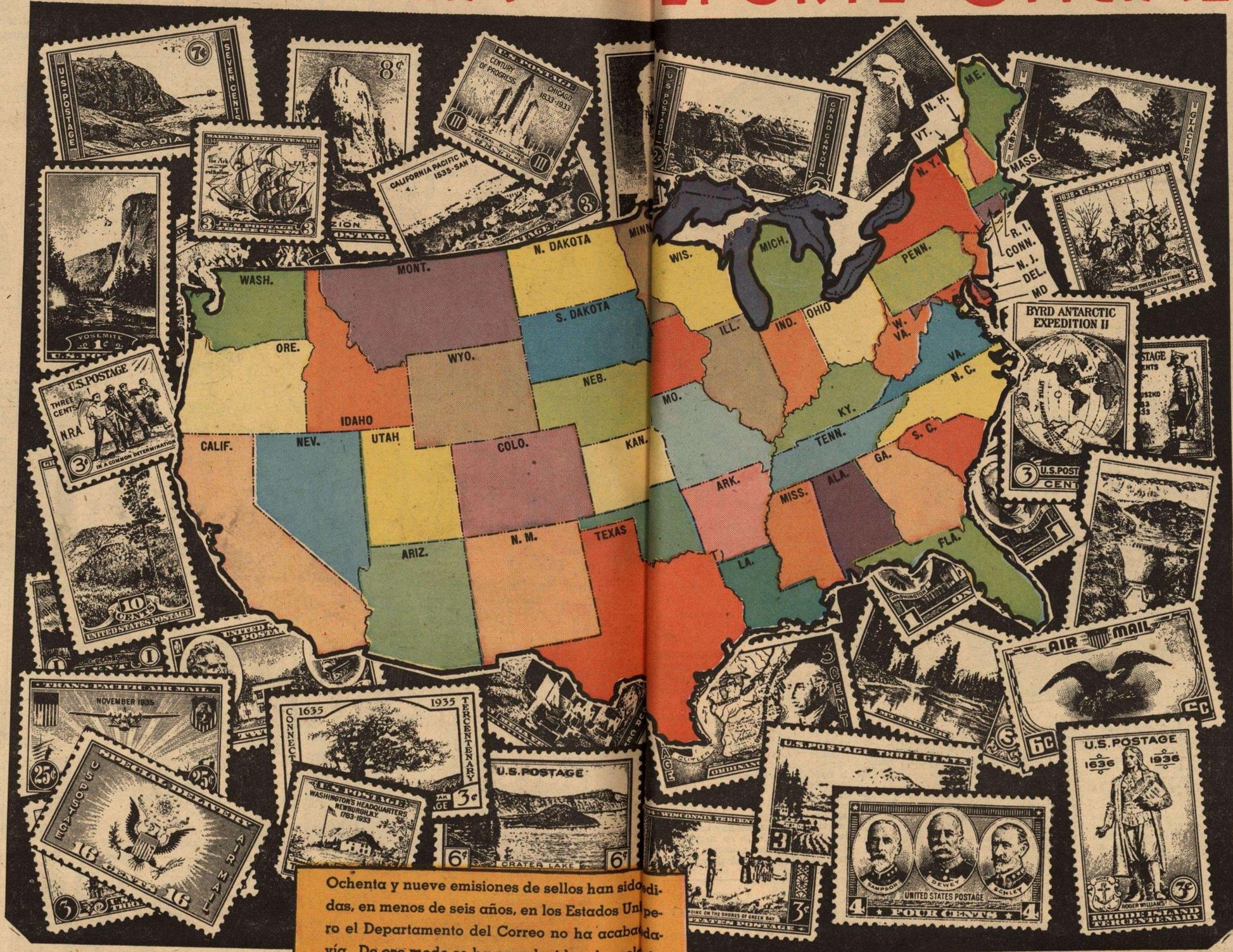
Trans-Pacífico, 25 centavos; Entrega Especial Aérea, bi-color, 16 centavos; Texas, 3 centavos; Rhode Island, 3 centavos; Arkansas, 3 centavos; Oregon 3 centavos; Susan B. Anthony, 3 centavos; Trans-Pacífico, 20 y 50 centavos; Ejército, 1 a 5 centavos; Armada, 1 a 3 centavos; Ordenanza de 1787, 3 centavos; hojas "souvenir" de los Parques Nacionales, 10 centavos.

Virginia Dare, 5 centavos; Constitución, 3 centavos; Hawaii, Alaska, Puerto Rico e Islas Virgenes, 3 centavos; Delaware, 3 centavos; Ratificación de la Constitución, 3 centavos; Territorio del Noroeste, 3 centavos; bi-color, correo aéreo, 6 centavos; Territorio de Iowa, 3 centavos, y 32 de la nueva emisión corriente desde 1/2 centavo hasta \$5. Entre esos están Benjamin Franklin, primer Ministro de Comunicaciones o "postmaster general", Martha Washington, la Casa Blanca y 29 presidentes.

LOS FILATELICOS no han vuelto a protestar en forma tan violenta como cuando el incidente de la emisión de los parques, pero en repetidas ocasiones han criticado abiertamente las nuevas emisiones. Del sello aéreo de 6 centavos, por ejemplo, han dicho que es una bañadera azul con un agujero rojo metida dentro; algunos coleccionistas protestaron también de que el agricultor que está arando en el sello de 3 centavos de Alaska, caminaba por un zurco equivocado. Los colores, por supuesto, casi siempre motivan acres críticas.

En el mismo Congreso se han producido críticas cáusticas acerca del programa postal de Farley. Cuando la serie de los 32 presidentes fué anunciada, un representante republicano habló de que se quería hacer publicidad para los presidentes demócratas. Ello parece que obedeció al hecho de que en esa emisión la efigie de Jefferson reemplaza a la de Lincoln en el sello de 3 centavos, que es el de más demanda.

Pero incluso las protestas se han traducido en mayor venta. Así, por ejemplo, nunca se hizo un negocio mejor que cuando en los estados del "sólido Sur", se protestó agramente porque el general Lee aparecía en el sello de 4 centavos de la serie del Ejército, con dos estrellas en su uniforme, en lugar de las tres requeridas.



Ochenta y nueve emisiones de sellos han sido expedidas, en menos de seis años, en los Estados Unidos. Pero el Departamento del Correo no ha acabado todavía. De ese modo se ha complacido a los coleccionistas y se han aumentado los ingresos del correo.

EL GENIO ALEGRE de JOHN

Barrymore

SE DICE que John Barrymore, nunca pudo tomar la vida en serio... hasta que recientemente tomó como su cuarta esposa a la juvenil Elaine Barrie, de la que puede ser abuelo.

Del genio alegre del menor de los Barrymore, se cuenta y no se acaba: desde ese inocente juego de estallar globos de goma hasta las bromas pesadas que unas veces ponen a un individuo entre rejas y otras atentan contra su misma seguridad personal, la gama de los entretenimientos de John no tiene fin. Mejor dicho, no tenía, porque de ser ciertas las versiones que circulan, ahora su juvenil esposa se ha erigido también en su ángel guardador.

Pero el John Barrymore de antaño era graciosísimo. Véanse, si nó, algunos ejemplos de su humor elevado al cubo:

En una ocasión se metió en un teatro donde se estrenaba una película suya, se acomodó en el "balcony" o parte alta del mismo y empezó a silbar—o a dar esos gritos desafinados que en Norteamérica ocupan el lugar de nuestros silbidos—cada vez que su efigie aparecía en la pantalla. Hasta que un acomodador indignado lo agarró por las solapas, lo levantó del asiento y lo echó del teatro con cajas destempladas. ¿Publicidad estridente y de mal gusto? No! Humorismo a la Barrymore, acaso estimulado por una visita a esas tiendas donde venden tan buenos... refrescos.

Al comienzo de su carrera cinematográfica, cuando se hacían aquellas infames películas de dos rollos que entusiasaban a los confiados ciudadanos de principios de siglo, que desconocían el peligro de los aviones bombardeadores y de los gases asfixiantes, cada vez que terminaba una escena, John le hacía toda una colección de muecas al cinematografista. Fué de ese modo, viendo sus "caras" reproducidas en la pantalla, como el productor supo que había encontrado al actor que necesitaba para la filmación de "Dr. Jekyll y Mr. Hyde", la obra en que el héroe se desfigura hasta el extremo de no reconocerlo sus mismos progenitores.

Las bromas de John Barrymore, como hemos mencionado antes, en ocasiones eran bromas pesadas. Y así, cuando provisto de lenguas barbas se dedicaba a interpretar su conocido personaje en la película "Bulldog Drummond Retorna" y tenía que presentarle a John Howard la fotografía de un criminal reclamado por la justicia, cada vez que lo hacía el rostro de Howard se iluminaba con una sonrisa que no venía a cuento y estropeaba la escena. Al fin el anonadado director supo que aquellas sonrisas tan costosas obedecían a que la fotografía que le presentaba John era de un desnudo capaz de iluminar piedra...

PERO AHORA la juvenil Elaine Barrie, parece que se dispone a evitar que las bromas de su marido pasen de un promenio moderado y prudente.

Miss Barrie, cuyo romance y matrimonio con el veterano actor, así como los subsiguientes incidentes, la ha hecho una figura conocida en todo el planeta, ha sido contratada por el mismo estudio que utiliza los servicios de su marido y

ambos serán vistos en la nueva producción "Medianoche", que se está filmando actualmente. Es de suponer que en esa cinta no le ocurrirá a la nueva actriz lo que le pasó con la anterior, cuando todas las escenas en que tomó parte fueron suprimidas del "film", tal como llegó al público.

Por supuesto, el hecho de que el estudio en cuestión no pudiera aprovechar el trabajo de la muchacha, en nada la hizo desmerecer a los ojos de los ejecutivos, que siguen diciendo que Miss Barrie es una buena chica y que a ellos les sirve de mucho ya que siempre pone un ojo vigilante en el trabajo de su marido.

Parece que John Barrymore y su mujer dedicarán en el futuro casi todo su tiempo a los programas de radio. El asegura que le gusta mucho trabajar para la radio, porque sus actuaciones son aplaudidas por el público que asiste a los estudios, y porque de ese modo la cantidad de su auditorio es más extensa.

A Barrymore le encanta el aplauso de los públicos de todas las latitudes, y asegura que donde la gente se vuelve más

loca por los artistas de cine es en Suramérica. Según él, sus películas siempre hicieron mucho dinero en todos los países situados al Sur del río Grande, incluyendo a Méjico.

Además de trabajar en el teatro, el cine y la radio, John Barrymore fué en una ocasión y durante un par de años, dibujante y caricaturista de un diario de Nueva York. Por entonces—de los 19 a 21 años—Barrymore había jurado que no seguiría la tradición de la familia, que no sería actor. Pero el trabajo en el periódico, al que él no siempre pres-

taba la atención debida, no ofrecía muchas perspectivas, sino un escaso peligro por sus excentricidades. Por fin determinó la ruta de sus hermanos mayores Lancelotti y Ethel y un día se hizo aplaudir en Londres en el "Hamlet" y más tarde, siendo ya actor de cine, fué un sobrio triunfo que mixtificado "Don Juan" le parte del éxito a su hermana Ethel, que lo guió en sus primeros años. cree que Lionel es el primer actor del mundo hoy.

Hombre de ligeros y pesadas te insigne varón de las blas, Calibán en el amor...



... pero no pudo.

Perdió todo su entusiasmo al notar los labios de ella recargados de pintura... El quedó disgustado—y ella, mortificada—pero no vencida... Al día siguiente, él quiso besarla pero ella no lo permitió (¡al principio!)



que también esa vez sus labios estaban retocados... Simplemente cambió un lápiz por otro ¡pero! ¡que diferencia! Con el lápiz de antes, sus labios se veían pintados. Con Tangee, quedan avivados, encendidos, pero siempre de aspecto natural... ¡como gustan a los hombres!



Causa sorpresa al usar Tangee por primera vez. Y luego admiración. Usted ve que para doselose ligeramente es rosa. Repasándolo hasta un grana encendido. Un matiz aún más vivo lo da el nuevo Tangee "Theatrical". siempre luce usted "naturalidad" que encanta. Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allá las imitaciones no tienen acepción ¡cuidado que no intenten venderse aquí! Exija Tangee ("Natural" o "Theatrical")

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y lúbralo más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA



dejar pasar inadvertidas
cerveza, John Peerybin-
brindis en honor del día
el de la boda, y pidió
se hiciera antes de pro-
nunciar.

Lo es que sepais qu John
que descansar un instan-
Caleb mientras daba un
pena a su caballo. Tenia
avía cuatro o cinco mi-
y por la noche, a su vuel-
ante de la casa de Caleb,
car a su mujer, según el
fiesta a escote, fielmen-
desde el día de su funda-

Tackleton y su novia, dos
hicieron poco honor al
na de ellas Dot demasiado
bada para seguir todos los
la fiesta; la otra fué Ber-
antó precipitadamente an-
más y abandonó la mesa.

exclamó el robusto John
cubriéndose la espalda con
permeable—. Estará de vuel-
de costumbre.

John!—respondió Caleb.

lunció maquinalmente esta
le saludó con la mano por
quel mismo instante obser-
ja con una mirada inquie-
teraba la expresión habi-
sonomía.

subito!—prosiguió el manda-
ándose para besar al chi-
lly Slowboy, absorio enton-
ejercicio de su tenedor y su
la colocado, dormido aún (y,
n accidente alguno) en una
blada por la mista Berta—.
ña. ¿Cuándo irás a desafi-
lugar y dejarás a tu padre
de la pipa y los reumatis-
ción del hogar? Vaya, ¿dón-

stoy, John—exclamó como si
bitamente.

vamos!—continuó el man-
cabo palmadas—, ¿dónde está

ha olvidado por completo de
an!

de la pipa! ¡Vióse nunca

caso semejante! ¡Dot, Dot, la misma Dot,
olvidarse de la pipa!

—¡La arreglaré en seguida... Pronto
estará lista.

Sin embargo, no estuvo lista tan pron-
to. La pipa estaba en su lugar ordina-
rio, en el bolsillo del impermeable, con
el lindo bolso de tabaco, bordado por
Dot; pero la mano de Dot temblaba de
tal manera, que la pobre, al no poder
dominarla llegó a un estado de comple-
ta turbación. Hay que reconocer que su
torpeza fué increíble. Yo, que os había
elogiado su habilidad para llenar la pi-
pa y encenderla, he de confesar que rea-
lizó pésimamente semejantes operacio-
nes.

—¡Dios mío! Dot, ¿qué os ocurre?—
preguntó John—Llego a creer que la hu-
biera llenado mejor yo mismo.

Después de estas palabras pronuncia-
das sin malicia ninguna, marchó acom-
pañado de Boxer, del caballo y del co-
che, que empezaron concertadamente
una alegre música a lo largo del cami-
no.

—Caleb, pensativo, contemplaba a Ber-
ta con una intensa expresión de estupor
retratada en el semblante.

—Berta—dijo por fin con dulzura—,
¿Qué ha ocurrido? ¡Cuánto has variado
en pocas horas, cuanto has cambiado
desde esta mañana! Te has quedado tris-
te y silenciosa como nunca. ¿Qué tienes?
Dímelo.

—¡Padre, padre!—exclamó la ciegucci-
ta hecha un mar de llanto— ¡Qué suerte
tan triste la mía!

Caleb, antes de responderle, le pasó la
mano por los ojos.

—Acuérdate, Berta de lo alegre y fe-
liz que has vivido, siempre buena y ama-
da de todo el mundo.

—Esto es lo que me hiere el corazón,
padre mío. ¡Veros siempre tan pendien-
te de mí, tan bueno para conmigo!

Caleb se desorientaba sin llegar a com-
prenderla.

—Ser... ser ciega, Berta, querida hija
mía—balbuceó—es sin duda una gran
desgracia, pero...

—No lo he sentido jamás—exclamó la
joven—no lo he sentido jamás, al me-
nos como una pena angustiosa. ¡Nunca!
Sólo algunas veces he deseado veros y
verle a él, aunque no fuese más que un
instante, un instante rapidísimo para
poder conocer, por medio de mis ojos,
las imágenes que conservo aquí (y pu-
so la mano sobre el corazón) como un
tesoro precioso, para tener la seguri-
dad de que no me había engañado. Y al-
gunas veces—pero entonces era una ni-
ña—he llorado durante mis oraciones de
la noche pensando que vuestras queridas
imágenes que subían de mi corazón al
cielo, podían no ser muy semejantes a los
seres reales. Pero no he experimentado
por largo tiempo tales sentimientos; se
disiparon ya dejándome tranquila y sa-
tisfecha.

—Y volverá a suceder lo mismo aho-
ra—dijo Caleb.

—¡Pero, padre mío, queridísimo, tier-
nísimo padre, ser indulgente conmigo!
¡Soy tan culpable!—continuó la ciega—.
No es ese el pesar que me aflige hoy.

Caleb no pudo contener las lágrimas
que inundaban sus ojos; ¡tan conmo-
vida estaba la voz de Berta y tan pa-
tético era su acento! No obstante, no
la comprendía aún.

—Decidla que venga—prosiguió Ber-
ta—no puedo guardar por más tiempo
este secreto en el interior de mi pe-
cho. ¡Decidla que venga, padre mío!

Y no notando que su padre vacilaba
añadió:

—Llamad a May.

May que oyó pronunciar su nombre
se acercó a Berta y le tocó el brazo.
La ciegucecita se volvió en seguida y la
cogió ambas manos.

—Mirad mi rostro, amiga mía—dijo.—
Leed en él con vuestros hermosos ojos
y decidme si la verdad se refleja en él.

—Sí, Berta mía.

La ciegucecita, levantando su rostro
sin mirada a lo largo del cual se pre-
cipitaban amundantes lágrimas, la ha-
bló así:

—¡No han pasado por mi alma ni un
deseo ni un pensamiento que no sean
en deseo de felicidad para vos, May!
No conservo en mi alma un recuerdo
de gratitud mayor que el recuerdo pro-
fundamente grabado en mí de las nu-
merosas muestras de atención que dis-
teis a vos, que podríais enorgulleceros
de vuestros ojos clarividente, a la pobre
ciega Berta, hasta cuando éramos niñas,
si en que los ciegos tienen niñez. ¡Que
todas las bendiciones del cielo, caigan
sobre vuestra cabeza! ¡Que todos sus
esplendores brillen en vuestro feliz ca-
mino tanto mejor, tanto mejor, querida
May!

Y en este momento se acercó más a
su amiga, cuyas manos estrechó con gran
afecto.

Tanto mejor, os lo aseguro, aunque
la noticia de que vayáis a ser su mujer
haya torturado mi corazón hasta des-
trozarle! ¡Padre mío, May, May, perdo-
nadme este sentimiento tan natural!
Acordaos de todo lo que ha hecho para
aligerar las penas de mi triste existen-
cia sumergida en las tinieblas! Pues



presencia no puede preverse cómo hubiera terminado el lance. Dot, recobrando su fuerza de animo, intervino antes que May pudiese replicar o Caleb decir una palabra más.

—¡Venid, venid, querida Berta! Venid conmigo. Dadle el brazo, May. Muy bien. ¿Veis? Ya está más tranquila y pronta a escucharnos—dijo la alegre mujercita besándola en la frente.— Venid, venid, querida Berta. Y he aquí que su padre va a llevársela ¿verdad, Caleb? a lle-vár-se-la.

—¡Bien, bien bravo!

Dot se portaba en estas ocasiones con tanta nobleza, que se hubiera necesitado un corazón muy duro para resistir a su influjo. Cuando hubo hecho salir al pobre Caleb al lado de su hija Berta, a fin de que pudiesen consolarse y comunicarse valor uon a otro (bien sabía que sólo ellos podían consolarse mutuamente) volvió en un abrir y cerrar los ojos fresca como una rosa, según suele decirse—y aún más fresca que una rosa, según mi parecer— a montar la guardia alrededor de la almidonadita señora Fielding, la del cuello alto, la de cabeza cubierta con el gorro majestuoso y manos enguantadas, temiendo que la pobre vieja llegase a descubrir algún detalle enojoso.

—Traedme el chiquillo, Tully—dijo acercando una silla al fuego—. Mientras lo tengo en mis faldas, Tilly, la señora Fielding me dirá cómo deben envolverse los niños, y me enseñará una porción de cosas que ignoro enteramen-

bien; a pesar de todo, podéis creerlo, todo al cielo por testigo de que no podía desearle una esposa más digna de su bondad.

Mientras pronunciaba estas palabras había soltado las manos de May Fielding para coberle el vestido, al cual permanecía agarrada en una actitud mezcla de súplica y ternura; hasta que tomando un aspecto cada vez más humilde a medida que avanzaba en su extraña confesión, se dejó caer a los pies de su amiga y ocultó su rostro ciego en los pliegues del vestido de May.

—¡Dios mío!—exclamó Caleb, sintiendo súbitamente que la luz de la verdad resplandecía ante sus ojos—, ¡la he engañado desde la cuna para llegar a destrozarle el corazón!

Afortunadamente para todos, Dot, la radiante, útil, activa y diminuta Dot—porque hay que reconocer que reunía todas estas cualidades a pesar de todos sus defectos—estaba allí, y sin su

te. ¿Accederéis, verdad señora Fielding?

Ninguna rata ha caído jamás en la ratonera con la facilidad con que la anciana cayó en el lazo que la tendía Dot. La marcha de Tackleton, que había salido para dar una vuelta, y sobre todo los murmullos de dos o tres personas hablando juntas y sin contar con ella durante dos o tres minutos abandonándola a su propios recursos, hubieran bastado para renovar su aire doctoral y hacerle empezar de nuevo Dot. La marcha de Tackleton, que halla expresión de sus pesares— que hubiera durado veinticuatro horas—, debidos a la misteriosa y fatal revolución acontecida en el



comercio de afil. Pero una tan señalada para con su como la recibida de la joven tan irresistible, que después alardes de modestia, empezó la cabecita de Dot con la mabilidad del mundo. Sentada, un huso, y junto a la malicia Peerbybingle, fué dándole día hora tantas recetas infalceptos domésticos que hubiera (sie se la hubiese creído) completamente con la salud fito Peerybingle, aunque hubiera la fortaleza de Sansón desde

Para cambiar de tema, Dot coser; no he podido comprenderse las componía, pero lo cierto siempre llevaba en el bolsillo res de costura que cabían en un saco de labor; luego mecía un niño; volvió a la labor por tantes y trabó conversación con May, mientras su madre en siestecita, de modo, que dividió tiempo en diversas partes, tarde, que pasó como un sueño ella lo notase.

Por la noche, según ordenaban las solemnes cláusulas de la de la fiesta a escote. Dot desgarse del arreglo de la casa de modo, que encendió el fuego ró la mesita de té, arregló las llas y encendió una vela. De todo esto, tocó una o dos can una especie de arpa grosera bricada por Caleb y su hija; que tocó muy bien, porque la la había dado una linda oreja propósito para la música, com biera sido para los pendientes, hubiese querido llevarlos. Al ra del té Tackleton compareció mar una taza y pasar la vela ellos. Caleb y Berta habían nuevo hacía algún tiempo. hombre reanudó su trabajo interdo, pero apenas sabía lo que se tan inquieto estaba y tales mientos sentía por la suerte de Ofrecía un aspecto enternecedor brazos cruzados, abandonando bajo sobre el escabel y repitiendo santamente: «¡La habré engañado de la cuna para despedazarle zón!»

Cuando la oscuridad fué con todos hubieron tomado el té, cuando hubo lavado tazas y platos y cuando rumor lejano de la calle anunciarle la vuelta del mandado cambió de aspecto, y se color palidecía sucesivamente sin poder quieta un solo instante.

Se oyó el ruido de las ruedas, de un caballo, los ladridos de un Y los heterogéneos sonidos se acercando poco a poco.

VI

Boxer empujó la puerta.

—¿De quién es este paso?—preguntó la ciega.

—¿Qué pasó?—respondió el marido en el dintel adelantando el bronceado enrojecido como una da por el aire vivo de la noche— diez!, el mío.

—Hablo del otro—respondió Berta del hombre que anda detrás de—
—No hay medio de engañarla John riendo—. Entrad, caballero, bien recibido, no dudéis.

Pronunció las últimas palabras voz ensordecedora, y el caballero penetró en la habitación.

Pero una
con su
la joven
después
empezó
con la m
Sentada,
la malici
ndole du
as infalib
e hubiera
eido) par
a salud
que hubi
n desde
ma, Dot
compre
o lo cier
bolsillo
abían en
neció un
or por b
ación en
madre e
que divi
partes, t
un sueñ
había escuchado al mandadero
nda atención. Llamó a Caleb;
éste hubo acercado al fuego
para el extranjero, le rogó
escribiera el semblante del re
do. Cuando lo hubo hecho
sin mentir y con escrupulosa
hizo un ligero movimiento,
o que se le pudo notar desde
el desconocido hasta enton
se ocupó más del anciano.

torpe has estado esta tarde!
pasando alrededor de su cintu
pareció rudo, mientras ella perma
pie, alejada del grupo—. Pero
bian enporata!, te quiero del mismo
empo.

bajo int
o que s
tales
erte de
necedor
nando
repitien
engaña
azarle

fué com
té, cuan
s y cual
calle
mandade
e color
n podé
uedas,
s de un
os se
so?—pr
el ma
ndo el
una g
noche—
ndió Be
s de ve
añarla
allero,
alabras
lero an

modo. Mirad hacia allí, Dot—y la seña
laba el anciano con el dedo.

Dot bajó los ojos. Creo poder asegu
rar que tembló.

—Es un buen hombre. Me ha hablado
muy bien de vos.

—Preferiría que hubiese escogido un
tema de conversación más interesante—
respondió Dot.

—¡Un tema más interesante!—excla
mó John regocijado—. Se encontrarían



muy pocos. Vamos, fuera el abrigo, fue
ra la bufanda, abajo la pesada manta
de viaje y pasemos agradablemente me
dia hora junto al fuego. A vuestros
pies, señor Fielding? ¿Queréis que ju
guemos una partida de cientos? Estoy
a vuestra disposición. ¡Dot, las cartas
y la mesa, y también un vaso de cerve
za, si no os la bebisteis toda!

Su propición se dirigía al ancia
na, que la acogió con graciosa prontit
tud, de modo que inmediatamente em
pezó la partida. Al principio el man
dadero miraba a intervalo a su alrede
dor sonriéndose o llamando a Dot de
vez en cuando para que le examinase
sus cartas por encima del hombro y le
aconsejase sobre algún problema difícil.
Pero como su adversaria era una juga
dora rigida, una verdadera puritana en
este punto, y estaba además sujeta a la
flaqueza de ponerse más puntos de los
que había ganado, forzó a John a ejer
cer una vigilancia tan cuidadosa, que no
le bastaban los cinco sentidos para aten
der a sus intereses. Las cartas absor
bieron de tal modo su atención, que no
pensaba en otra cosa alguna, cuando
una mano apoyada en su espalda le hi
zo recordar que en el mundo existía un
tal Tackleton.

—Siento mucho tener que distraeros,
pero quiero que me escuchéis dos pala
bras.

—Yo doy las cartas—respondió el
mandadero—. Este es el momento crí
tico.

—Tenéis razón; el momento crítico—
respondió Tackleton—. Venid.

Se reflejaba en su rostro pálido tal
expresión que hizo levantar al otro in
mediatamente, preguntándose de qué se
trataba con interés.

—Si venis conmigo os lo enseñaré.

John le siguió sin decir una palabra
más. Atravesaron un patio a la luz de
las estrellas y por una puertecita poste
rior entraron en el despacho mismo de
Tackleton, a través de cuya ventana se
divisaba el almacén cerrado ya. No ha
bía luz en el despacho, pero algunas
lámparas iluminaban algo el estrecho al
macén.

—Espero—dijo solemnemente Tack
leton—, ¿se atreve usted a mirar por esa
ventana?

—¿Por qué no?—respondió, suspenso
John.

—Espere otra vez—añadió Tack
leton—. Nada de violencias inútiles y pe
ligrosas. Sois fuerte y podríais cometer
un homicidio sin daros cuenta.

Retrocedió John mirando a Tack
leton como si le hubieran dado un golpe.
De improviso se lanzó a la ventana y
vió...

¡Qué mancha en el hogar! ¡Oh grillo
fidelísimo! Mujer ingrata.

Vió al anciano, ¡peró qué digo!, no
era anciano, se había convertido en un
hermoso joven, recto como una l, que

llevaba en la mano la peluca de ca
bellos blancos que le habían dado entra
da en el hogar de John.

Vió cómo Dot lo escuchaba, cómo él
se inclinaba para hablarle al oído, cómo
le daba el brazo mientras iban hacia la
entrada.

Estaba ya embozado John hasta la na
riz y atareado con el caballo y los pa
quetes, cuando Dot entró de nuevo en
la habitación para despedirse.

¿Cómo pudo besar con naturalidad
a las mujeres? ¿Cómo pudo mostrarse
contento al salir? ¿Cómo pudo mostrar
su rostro limpio de valor? Todo lo hizo
con perfecta serenidad. Tackleton, que
observaba, lo vió perfectamente.

Tilly hacía dormir al niño y pasó
cientos veces delante de Tackleton repitien
do con su cansada voz:

—Y saber que las demás serían sus
mujeres las despedazaba los corazones,
y los padres las engañaban desde las
curas para destrozarse sus corazones.

—Tilly, dadme el niño. Buenas no
ches, señor Tackleton. ¿Dónde está
John?

CONTINUARA

SAHONA

Reina de la Selva

W. MORGAN THOMAS

EL MAGO CURANDERO HA CONCLUIDO LA HISTORIA DE LA MISTERIOSA TRIBU.

¡SILENCIO!
¡SAHONA LLEGA!



SAHONA ORDENA: "RETORNAD LOS PRISIONEROS BLANCOS A SU CABAÑA"



DE MODO QUE SAHONA ES LA HIJA DE UN HOMBRE BLANCO

SU PADRE DEBE HABER SIDO CARDWEEL RIVINGTON.



TODA LA NOCHE BOB Y EL PROFESOR VAN DYKE DISCUTEN LA EXTRAÑA HISTORIA QUE HAN OÍDO...

¡ALGO OCURRE!
VOY A VER QUE ES...



EN LA ALDEA HAY UNA GRAN ACTIVIDAD...

PERO EL GRITO DE LOS CENTINELAS QUE VIENEN DE LA SELVA ES SUFICIENTE



¿QUÉ ESTÁN DICRIENDO, VAN DYKE?

UNA PARTIDA DE HOMBRES BLANCOS SE APROXIMA AL POBLADO Y ESTÁN ARMADOS...



SE CELEBRA UN CONSEJO DE GUERRA Y SAHONA HABLA: "NO SABEMOS SI ESOS HOMBRES SON BUENOS O MALOS, PERO ANTES DE QUE ENVIEMOS NUESTROS GUERREROS A LA BATALLA, DEBEMOS SABERLO.."



"TRÁIGAME EL MÁS JOVEN DE LOS PRISIONEROS BLANCOS."

"UD. IRÁ AL ENCUENTRO DE LOS HOMBRES BLANCOS Y LES PREGUNTARÁ SUS RAZONES PARA VENIR AQUÍ... SU COMPAÑERO SE QUEDARÁ Y SI USTED NO RETORNA LO MATAREMOS.."



Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York.

MESK

Estrenos y Debuts

NOTABLES

CONTINUACION

14

ELENCO DE LA COMPAÑIA DRAMATICA «RONCORONI», QUE DEBUTARA EN PAYRET EL DIA 16

Actrices: Evangelina Adams, Dolores Rodríguez, Carmen Roig, Zoila Adams, María Osorio, Carmen García, Concepción Zabolilla, Adelaida Pérez, María Bravo Enriqueta Sierra, Juana Castillo. Actores: Luis Roncoroni, Arturo Buxens, Andrés Bravo, Joaquín Coss, Antonio Sierra, Manuel Adams, F. Soriano Biosca, José Casaus, León Bravo, Luis Solanes, Francisco Parodi.

Representante de la empresa: Andrés Du-Bouchet.

18

Albisu.—A las 8.10. «Toros del Saltillo» y presentación del famoso violinista cubano Brindis de Sala, que ejecutará las siguientes piezas:

- Cavatina.
- Fausto.
- Recuerdo.
- Kinawiasch.
- La Abuelita.
- El Chacho.
- Gran Jota aragonesa.

Brindis de Salas, además de un gran virtuoso del violín, fué un gran bohemio. Recorrió el mundo entero desde muy joven; ganó con su arte cuanto quiso; y también lo derrochó a manos llenas. Era hijo del notable músico cubano Claudio Brindis de Salas, que figuró como teniente músico en el batallón del ejército español «Leales Morenos, de Matanzas». Brindis nació en aquella ciudad en 1852, y fué uno de los mejores violinistas de su época. Enviado a París por su padre, ingresó en el Conservatorio Nacional de aquella ciudad, ganando en un concurso el primer premio de honor. La prensa parisien le llamó «El Panag ni Negro». Recorrió en triunfo las principales ciudades europeas, Viena, Berlín, San Petersburgo, Madrid, Barcelona; y después viajó largo tiempo por Venezuela, Méjico, Perú, Buenos Aires y otras repúblicas americanas, volviendo a Cuba por tercera o cuarta vez el año 1900. Tenía entonces 48 años. «El Correo Italiano», de Florencia, retrató al genial artista cubano con estas palabras: «El caballero Brindis de Salas es un joven negro, hijo de Cuba, de un talento extraordinario; de hermosa y simpática figura, finos modales, y habla a la perfección varios idiomas, sobre todo, el francés correctamente».

En este programa de Albisu que reproducimos, Brindis tocó una Jota aragonesa de su composición y el público que llenaba el teatro, español en su mayoría, le tributó una ovación delirante. Dió varias funciones, siempre con buenas entradas, emprendiendo de nuevo el bohemio su ruta incierta, hasta que al cabo de algunos años se supo que había muerto en Buenos Aires en la más extrema pobreza. De sus posteriores días de bohemia se refieren anécdotas pintorescas e interesantes. Era de buen humor. Gracias a un corset que llevaba siempre puesto, conservó hasta lo último la esbeltez de su arrogante figura.

Nada de más hubiera hecho la República cubana con adquirir a cualquier precio el stradivarius de Brindis de Salas, conservándolo para gloria de Cuba, en nuestro Museo Nacional. Dícese que se lo adjudicó un vulgar hostelero, en pago de una crecida cuenta de hospedaje...

Además de presentarse en Albisu, ofreció Brindis de Salas varios recitales en los salones más aristocráticos de la Habana.

24

Albisu.—A las 8.10. Debut de la tiple cómica Dolores Zavala, con «El gorro frigio» y «La marcha de Cádiz».

28

Payret.—A las 8. Estreno del melodrama de Descourselle, traducido por Roncoroni, «Los dos pilletes».

AÑO 1901

Diciembre 7

Tacón.—A las 8.30. Debut en este teatro la compañía dramática española de Doña María Guerrero y Don Fernando Díaz de Mendoza, con la comedia de Lope de Vega, «La niña boba».

Reperto:

D. Manuel	Felipe Carsí
Inés	Julia Martínez
Clara	María Guerrero
Laurencio	Díaz de Mendoza
Don Juan	Luis Medrano
Don Luis	Allen Perkins
Don Carlos	Ricardo Juste
Bernardo	Manuel Díaz
Blasa	Concepción Ruiz
Modesta	Sra. Dalmau
Criado	St. Villalonga

Después se representó el entremés de Cervantes «Los dos Hab'adores», por las señoras Ruiz y Bueno; y los señores Carsí, Robles y Urquijo.

Precio de la luneta: 3 pesos.

En noches posteriores se representaron las siguientes obras: «El estigma», de Echegaray. La tragedia francesa, arreglada al español, «Gabriela de Vergy». La comedia «Mariana», de Echegaray. «El vergonzoso en Palacio», de Tirso de Molina. «El Desdén con el Desdén», de Agustín de Moreto. «Tierra Baja», de Guimerá. El gran drama de Tamayo y Baus, «Locura de amor», cuya obra tuvo que repetirse en tres funciones de abono en vista del éxito de taquilla. Y el broche de oro de la temporada: el estreno de la leyenda de Edmundo de Rostand, en cinco actos, «Cyrano de Bergerac». Se estrenó también la tragedia original de Juan Antonio Cabestani, «Nerón».

30

Tacón.—A las 8. Beneficio de Don Fernando Díaz de Mendoza, con el drama de Felia y Codina «María del Carmen»; el cuadro íntimo de Eusebio Blasco, «Mensajero de Paz»; y el juguete de los Quintero, «La reja».

AÑO 1902

Enero 1

Tacón.—A las 8. Continúa la compañía de la Guerrero. Estreno del drama en cuatro

actos arreglo de Félix Llana y Franco Rodríguez, «María Stuardo».

2

Tacón.—A las 8. «El hombre de mundo», de Ventura de la Vega.

3

Tacón.—A las 8.30. Beneficio de María Guerrero con el siguiente programa:

I.—La comedia de Tamayo y Baus, «Lo positivo».

II.—El drama en dos cuadros, de los Quintero, «La pena».

III.—El cuadro de Eusebio Blasco, «Mensajero de Paz».

4

Tacón.—A las 8. La comedia de Narciso Serra, «Don Fomás».

5

Tacón.—A las 8. Estreno de la comedia en tres actos de Benito Pérez Galdós, «Las de San Quintín».

8

Tacón.—A las 8. Función a beneficio de los huérfanos de la patria, con la obra de Echegaray «El estigma».

9

Tacón.—A las 8. «Mancha que limpia», de Echegaray. Despedida de la Compañía.

Esta de la Guerrero fué una temporada teatral de arte puro y exquisito, que no olvidará tan fácilmente el público de la Habana. Según se ve por los programas que quedan reproducidos, la aplaudida artista le ofreció al público las más geniales obras del repertorio clásico, a la par que las producciones más brillantes del género moderno, en su deseo de rendirle al verdadero arte un homenaje de sinceridad y buen gusto; bien es verdad que por aquella época no habían aun invadido los escenarios ciertas tendencias supermodernistas, de muy discutido valor artístico, que fueron más tarde haciendo su camino lentamente y elaborándose en la confusa atmósfera de las nuevas ideas. Otra cosa tampoco hubiera podido hacer aquella gran figura del teatro español, moldeada por Echegaray, y retocada después a golpes románticos de Marquina, y pinceladas psicológicas de Benavente.

El beneficio de don Fernando fué una elocuente prueba de la admiración y el aprecio que le merecía al público habanero; y el de doña María revisió el aspecto de una verdadera apoteosis. Entre otros regalos que se le hicieron, todos de valor y mérito, sobresalió el de la colonia española, consistente en un magnífico collar de perlas y diamantes, valuado en la suma de 25.000 pesos, que se estuvo exhibiendo varios días en la vidriera del Palais Royal, de la calle de Obispo. ¡Época feliz, en que se le hacían a los artistas tales regalos; y en que estaba, además, el público «en condiciones de poder hacérselos»!

Por hoy abandonamos nuestro trabajo de carteleros; y hasta la próxima semana.

Continuará

PALISSY, el inventor del esmalte

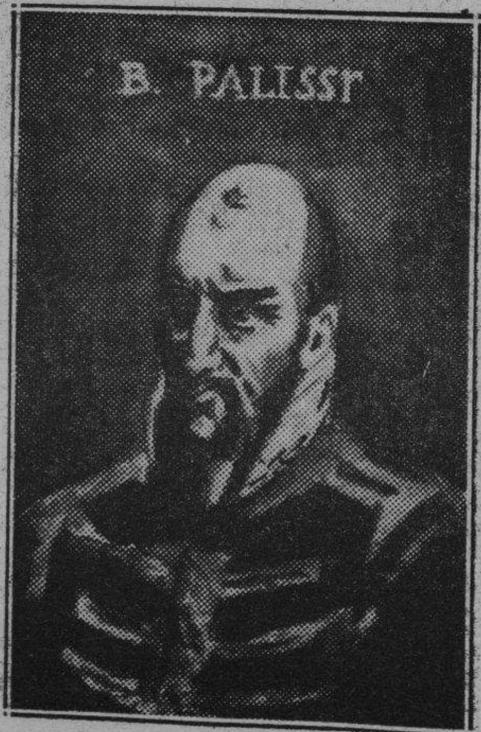
UNA GRAN VOLUNTAD PUESTA AL SERVICIO DE UNA VIDA ENCICLOPÉDICA.—16 AÑOS DE EXPERIENCIAS PARA LOGRAR EL ESMALTE.—PALISSY ALIMENTA SU HORNO CON LOS MUEBLES DE SU CASA.—EL ÉXITO LE GRANJEA LA AMISTAD DE CATALINA DE MEDICIS, DEL CONDESTABLE DE MONTMORENCY, DE AMBROISE PARE...—A LOS 80 AÑOS MUERE EN LA BASTILLA POR SUS IDEAS RELIGIOSAS...

por Renato VILLAVERDE

FERNANDO Palissy, uno de los grandes hombres que ha producido la humanidad, fué víctima de la sombría época en que vivió. Siendo un gran artista y nada menos que el inventor del esmalte, hasta dos siglos después de su muerte era totalmente desconocido. Su anonimato fué el tributo que pagó a las últimas sombras del medioevo. Los albores de la centuria pasada reivindicaron su obra ingresándolo entre el escaso número de los artistas de verdadero genio.

La existencia de Palissy es un mosaico de actividades diversas. Nacido en Francia en los comienzos del 1500, su larga vida le hizo conocer casi todas las alternativas del siglo XVI. Convivió entre los pobres, conoció los inconformismos de la burguesía y supo de las mezquindades y de las grandezas de los encoquetados. Así como en el campo del saber hundió el azadón de su curiosidad en múltiples sectores, en la vida de relación sabía halagar al rico y dar su consejo al pobre.

Palissy es un tipo curioso, uno de esos hombres que son ejemplo de voluntad granítica. Nacido de familia más que pobre, cuando se enfrenta con los rigores de la vida su instrucción es casi nula. El futuro artista lucha y logra imponerse al medio. Por natural disposición se dedica al dibujo, estudia Historia Natural, y para escapar al hambre ofrece sus servicios como agrimensor.



Una acuarela de Bernardo Palissy, del Museo de Cluny. Obsérvese su parecido con el Grupo.

Viajó mucho por Francia y Alemania. La Química tropezó con su curiosidad. Ahondó en ella. Su cerebro bullía de ideas arriesgadas. El futuro esmalte se perfilaba en la mente de Palissy. Inicia sus experiencias entre mil dificultades de orden económico. Hace hornos, crisoles, compra cubetas y logra un rudimentario laboratorio. Su mujer, sus hijos y sus amigos lo creen loco. El escaso dinero de la comida de los suyos, se convierte en materias primas para alimentar sus retortas. El combustible faltó más de una vez en sus hornos. El inventor, contra la voluntad de todos, proseguía sus experiencias. Diez y seis años, inquebrantablemente, luchó con el misterio. El esmalte se resistía. En más de una ocasión los muebles de su casa sirvieron para evitar el escaso fuego de los hornos... Pero el esmalte, en una madrugada gloriosa para la humanidad, surgió ante los ojos desorbitados de Palissy. Una de las grandes conquistas del hombre, había brotado entre la miseria de un sabio tildado de loco. Primero logró el esmalte blanco. Después, los esfuerzos continuaron para hallarlo en diferentes colores. Palissy triunfó plenamente, aunque su esmalte inicial no tiene la perfección del que hoy admiramos en la variedad de objetos en que se utiliza.

Palissy se instala en París. Poseía conocimientos portentosos en ocho o diez ramas complejas del saber humano. Era, además, un escritor admirable, si bien con habilidad hacía siempre gala de un origen humilde cuando se dirigía a los grandes. Al Mariscal de Montmorency, que fué uno de sus más decididos protectores, en la dedicatoria acompañando la fórmula del esmalte que le obsequiaba, le decía: «Quiera Vuestra Grandeza perdonarme, puesto que no soy griego, ni hebreo, ni poeta, ni retórico, sino un humilde artesano bien pobremente instruido en el arte de las letras. Sin embargo, la cosa en sí no tiene menos virtud que si hubiese sido hecha por un hombre más elocuente. Yo prefiero decir la verdad en mi lenguaje rústico que mentiras en un lenguaje retórico».

Pronto fué famoso su gabinete de trabajo en París. Pronunció conferencias sobre física, mineralogía, mecánica, arte en diferentes formas... Las anunciaba por medio de carteles pegados a las paredes de los sitios públicos. Esta innovación en el arte de anunciar podemos considerarla como otra de las invenciones de Palissy. Para oírlo y ver su laboratorio y los trabajos artísticos que realizaba con el esmalte que él solo era capaz de fabricar, pronto su casa fué centro de toda la intelectualidad que brillaba en París. Entre los amigos destacados de Palissy que iban a escuchar su palabra, se contaba Ambroise



Un bello plato de Palissy. (Museo del Louvre).

Paré, médico del rey y pioner afortunado y célebre en el campo de la cirugía.

Pero Bernardo Palissy era un espíritu inquieto. Su actividad no conocía límite ni medida. Más tarde escribía que «un hombre que caiga en una fosa tiene el deber de levantarse... aunque ello no impide que si la experiencia se repitiese en distintas oportunidades, el caído podría hallar las puertas del sepulcro». Su preocupación incontrollable por todo, hizo que bifurcarse su interés en la especulación hacia otros sectores menos científicos y artísticos. El movimiento de reforma religiosa que caldeaba el ambiente de la época, encuentra eco en el espíritu de Bernardo Palissy. Profundiza en estudios de teología, se deja arrastrar por las innovaciones reinantes en materia de credo y abraza la reforma religiosa, siendo uno de los principales fundadores de la iglesia calvinista en Saintes.

He aquí el inicio de sus más grandes desventuras. Es detenido y en calidad de tal llevado a Burdeos. Su amigo el Condestable de Montmorency influye cerca de Catalina de Médicis y Palissy logra la libertad.

Presentado a Catalina por el Condestable, aquélla lo empleó en el embellecimiento de varios Castillos de prominentes personajes de la Corte. Y cuando, posteriormente, emprendió la construcción del palacio de las Tullerías, dejó a cargo de Palissy el diseño y adorno de los famosos jardines.

Este paréntesis de su vida fué el único en que vivió con cierta comodidad alejado del fantasma del hambre.

Dedicó su tiempo libre a crear las obras artísticas que ha legado a la posteridad, cuya mayor parte se encuentra recogida en las colecciones del Museo del Louvre, del de Cluny y del Museo de Cerámica de Sévres. Una gran porción de su obra la dedicó a representar la fauna. Palissy no podía escapar a la atracción de los animales. Sobre sus trabajos inspirados en ellos, escribía pleno de fuego artístico: «Yo quiero que mis animales sean esculpidos y esmaltados tan próximos a la

naturaleza, que al ver sus congéneres gartos y las serpientes se puedan hablar. Como tú sabes—continúa escribiendo—mi amigo—en mi estudio tengo un animal que lo han creído natural».

Unos años más tarde la vida de Palissy debía complicarse otra vez, y en esta ocasión en forma definitiva.

La ola levantada por las diferentes reformas religiosas siguió creciendo. La Liga se instaló en París, y Palissy, señalado como uno de los más importantes reformistas, fue arrestado e internado en la Bastilla. Sus amigos se movieron por él, pero no pudieron evitar su auto de fe. Dos años pasó encerrado en una tétrica prisión. Cerca ya de los ochenta años el cautiverio minó su quebrantada ya salud. Murió tras los lúgubres murmullos de la Bastilla. Su desaparición pasó inadvertida y su cadáver se ignora dónde fué enterrado. Su olvido cayó sobre su nombre, que es el



Otro de los famosos platos de Palissy, también del Museo del Louvre.

PALACIO VALDES

por dentro

ANTE LA OBRA; ANTE LA REALIDAD...—
LOS PERSONAJES DE "LA ALDEA PERDIDA"

CASO fué esta novela de «La aldea perdida» y añorada, donde puso más mimos el autor. Todo lo que guardó en ella, —escenario, y figuras y emociones—, formaba su tesoro de recuerdos ternura y amistad. El la escribió para

por completo con la muerte de sus...
Palissy, pero quedó el esmalte. Su obra fué recogida, su fórmula divulgada y perfeccionada, y hoy el esmalte es una de las cosas de mayor valor comercial y artístico.

hablar de cerámica sin pensar en el acto de Bernardo Palissy, es cosa materialmente imposible. El impulso dado a este ramo del arte por el gran enciclopedista que fué Palissy es extraordinario y fecundo. A medida que los años, transcurrieron y que su nombre reivindicaba, su vida, más a fondo estudiada y oída de fantasía, ha servido de base a la leyenda, animado al teatro e inspirado a escritores de folletines y novelas.

En París, su nombre—como el de todo francés que ha aportado algo positivo a la historia de la patria—se ha perpetuado. Una placa mínima en su longitud y en su anchura, pero muy netamente parisien pretesta por estas dos circunstancias, lleva el nombre de «Bernard Palissy». Una calle estrecha y corta rue du Dragon con una populosa arteria de Rennes que comunica con el Boulevard Montparnasse con el legendario Boulevard Saint-Germain. No lejos de la callecita que honora su nombre, el Square Saint-Germain-des-Prés, una estatua del Maestro se yergue altiva, presidiéndolo de pie, con su calva cabeza descubierta y apoyado en uno de los hornos en los que logró el esmalte.

En otros lugares de Francia también existen calles y estatuas de Bernardo Palissy, uno de los grandes hombres que produjo el Renacimiento XVI y al cual la humanidad, Francia y especialmente, le debe estar reconocida. A pesar de que su nombre, en el recuerdo colectivo, no ocupe la plaza que por su genio merece.

Turista curioso: cuando vayas a París y una de tus andanzas por la hermosa capital enfíles el Boulevard Saint-Germain, al pasar a Saint-Germain-des-Prés, detente unos minutos en el «square» y contempla la estatua de Bernardo Palissy, un gran luchador, un gran luchador, un gran artista y un gran inventor que no ha podido rasgar por completo las grises sombras de la época en su mensaje al mundo.

Marzo de 1939.

breviario suyo; y él la consideraba justamente como una restitución.

—Qué libro escribió Vd. con más cariño...?—le preguntaban a veces.

Y siempre acostumbraba a responder:

—Todos se escriben con cariño igual. Mientras se trabaja en ellos, se pone toda el alma en cada uno...

El debiera a su aldea la salud, el carácter y el espíritu. Las memoranzas más hondas y las delectaciones más sutiles de su riqueza interior, tenían olor de tomillo y estaban llenas de susurros de árbol. Cuando buscaba una nube en las profundidades de su cielo, era nube con orbayu la que se le antojaba más hermosa, y cuando se adentraba en sus recuerdos a la caza de diamantes, los mejores diamantes que encontraba eran gotas de su río...

Revolara su vida inquietamente sobre escenarios diversos, siempre como ave de paso que dejaba caer una canción. Quedaba el nido sin ella; le faltaban al nido sus caricias, sus amores, sus nostalgias, y él notó que su vida iba pecando de despego e ingrátitud. Fué una restitución, esta su obra; tornó en ella a los campos de su aldea, llegóse en ella, en silencio, a las profundidades de su infancia, metióse en ella, con gozo, en las delectaciones de su espíritu, y dióle a su propio nido la canción más armónica y más dulce de sus recuerdos más suaves, más serenos y más puros...—para que fuese a modo de caricia que no se acabase nunca.

En todas las obras alma, y alma con el cariño del momento... Tenía razón: era así...

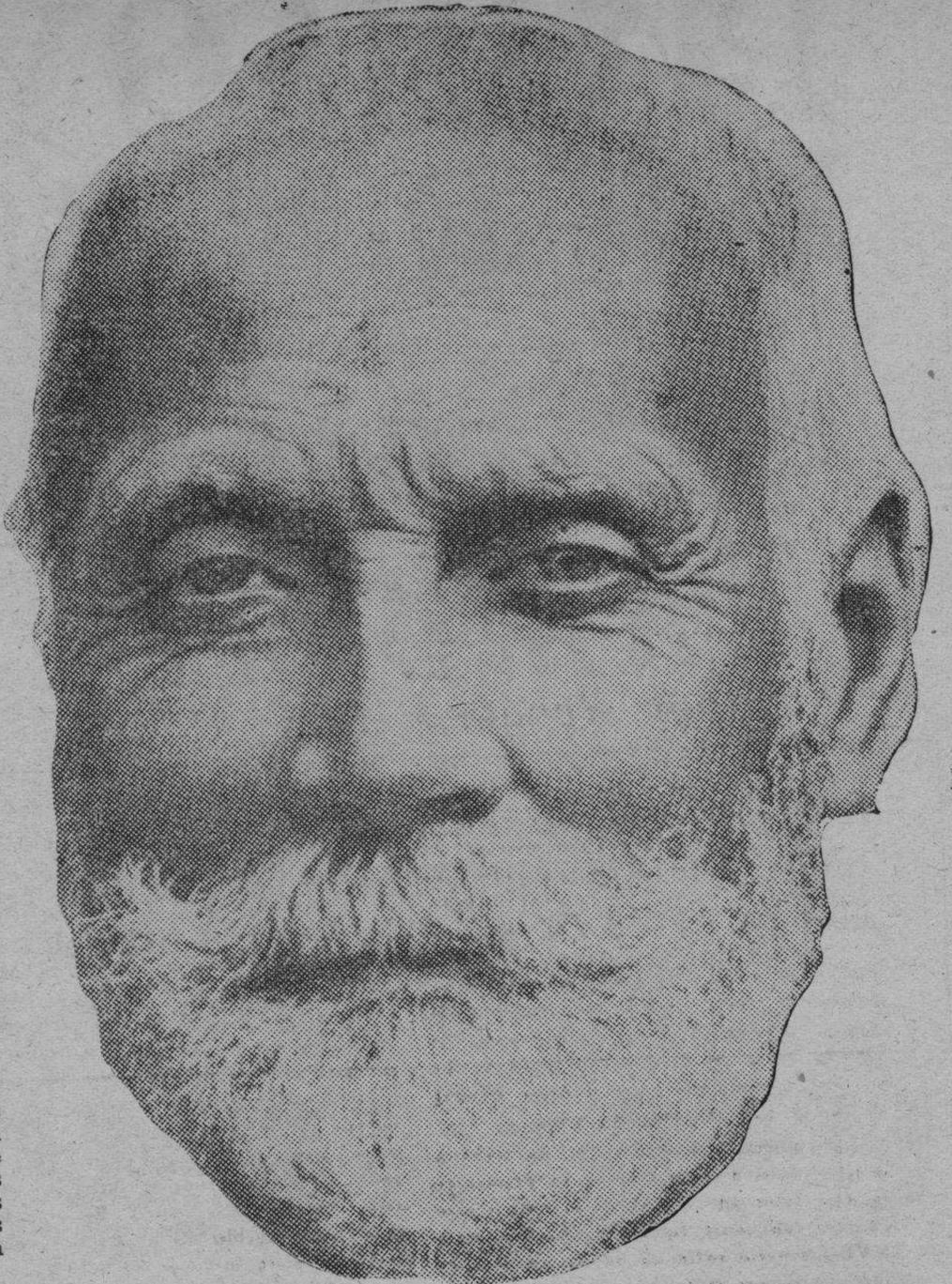
Pero en esta obra suya puso el alma con el cariño de siempre.

LA BARBARIE ANTE LOS OJOS

Ahora, que se murió de inanición, en



«Tiempos Felices», otro de los famosos libros de D. Armando Palacio Valdés.



D. Armando Palacio Valdés.

por **CONSTANTINO CABAL**

silencio y abandono, se debe recordar esta obra suya, que entrañaba a la vez un amor grande y una dura profecía... Fué Plutón, personaje de esta obra, quien a la postre asesinó al autor. En «La aldea perdida» hay un idilio al que se sobrepuso una tragedia. Para contar ambas cosas, el autor buscó el tono más ingenioso de las composiciones primitivas, captando la lisura del ambiente, noble, y dulce y patriarcal, en cañamazos de poema heroico, bordado de temas de égloga. Sus figuras centrales son dos símbolos: Demetria Vale Démeter, la tierra, y Plutón el infierno, que es la mina.—La mina mata a la tierra, en horas de calor de regocijo, cuando la romería dice el

canto de sus intimidades más profundas con los paisajes en flor, y hay músicas en el aire, y músicas por la boca, y música en el alma... La mina mata a la tierra, y se la arranca a Nolo, que la adora, y es el Aquiles labriego de esta sencilla Niada de aldeanos... Demetria, la Tierra, Démeter... La agricultura que repleta el surco de savias inagotables, e hinche la gleba de espigas, y orilla los senderos de violetas; la agricultura que completa el hórreo, llenándolo de reservas para las exigencias del invierno, y apoyando sobre él la confianza en la tranquilidad del porvenir... La agricultura que se sienta al fuego de las tradiciones plácidas, y presta ingenuidad a las costumbres y regala noblezas al espíritu... La mina mató a la Tierra con una puñalada de traición.

Y al alzarse la mina todo con largas proyecciones tenebrosas, el autor dijo así la profecía:

—Ahora empieza la barbarie...!
Y bajo esta barbarie murió él...

EL ESCENARIO DE ARCADIA

La «Aldea» llámase Entralgo. El puente que la encadena al camino de Pola de Laviana, aun parece interminable. Lo forman unos cables infinitos, unos barrotes sobre ellos, y unas tablas que cruzan los barrotes. Al pasarlo se mece con temor... Cuando a Palacio Valdés esta aldea llamábale Armandín, en vez de puente había barca, y en la hoguera de víspera del Carmen, la llenaba el gaitero de la Pola con la lamentación del «xiringuélu» y el bufido del roncón. En cuanto que sonaban los cohetes que anunciaban este paso, un estremecimiento de alegría «cruzaba por las casas del lugar». Dejando a medias la cena, se escapaban los niños del asiento, y salían a la puerta los mayores «con el bocado en la boca...»

(Continúa en la página 23)

JULIO VERNE, *el viajero inmóvil*

ENSEÑÓ GEOGRAFÍA A LOS NIÑOS NARRANDO VIAJES MARAVILLOSOS QUE REALIZABA A TRAVÉS DE LOS MAPAS DE SU CUARTO DE TRABAJO



UN cálido atardecer de julio, por la ribera del Loira, cerca de Nantes, cinco amigos pasean y conversan.

—Hay momentos—confiesa uno de ellos—en que me creo fracasado. Al interrumpir mis estudios en París, defraudé las esperanzas de mi padre, que deseaba convertirme en abogado, como él.

—Te atrajo el teatro y lograrás buenos éxitos. Tu comedia en verso, «Pailles rom-pues», y los libretos de las óperas cómicas «La gallina ciega» y «La posada de las Ardennes», evidencian talento.

—No, querido Dumas. Desengañémonos; aquélla se estrenó gracias a la influencia de tu padre. Y las óperas *pasaron*, sin pena ni gloria.

—¡Hablar de fracaso un hombre de treinta y tantos años, en la plenitud física e intelectual!—refunfuña el doctor Veron.

—¿Van mal tus negocios de agente de cambio?—interroga el «chansonnier» Nadaud.

—Por el contrario, se afirman paulatinamente.

—Tienes imaginación aventurera y hábitos sedentarios—observa Nadar.—Tal vez en ello estribe la causa de tu inquietud y desasosiego.

—Acertaste, Nadar. Busco otra cosa, exploro nuevos rumbos de triunfo. Ya sabéis que trabajo en una extensa obra, «Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros». Sugerida por ella y por tus arriesgadas experiencias de fotógrafo y aeronauta, planeo una novela: «Cinco semanas en globo». Pienso que tendrá aceptación entre los niños, los jóvenes y las personas que sólo viajan, como yo, a través de los mapas y las andanzas sajenas. Les ofreceré base y elementos para sus fantasías. La editará Hetzel y, de alcanzar el suceso que imagino, habré descubierto un filón riquísimo, inagotable. Acaso la fama y la fortuna.

Así, cerca de la Nantes natal, mientras paseaba con sus íntimos amigos: Dumas (hijo), el doctor Veron, el fotógrafo y aeronauta Nadar y el «chansonnier» Nadaud, planeó Julio Verne la serie de sus célebres novelas.

A «Cinco semanas en globo» (1863), sigue «Aventuras del capitán Hatteras» (1864), y el extraordinario éxito de ambas, populariza repentinamente el nombre del escritor que, en el teatro, apenas lograra corteses aplausos.

¿Quién es el hombre que enriquece al editor Hetzel?... ¿Quién el escritor, cuyas obras se agotan en un mes, en una semana, en un día?

En Italia, mucho después de su consagración, se sostuvo una hipótesis: Julio Verne no existe, el nombre encubre a un equipo de escritores contratados por el editor Hetzel.

Diarios y revistas parisienses procuran satisfacer la curiosidad pública y destacan inquisitivos «reporters» para entrevistarle. Julio Verne los desconcierta. Le suponen veterano explorador, intrépido viajero, puesto a novelar los múltiples y diversos conocimientos adquiridos en mil andanzas; y en lugar del bizarro «globe-trotter», encuentra un apacible señor provinciano cuya biografía se resume en tres líneas:

Nace en Nantes, el 8 de febrero de 1828 y estudia abogacía en París, sin terminar la carrera; la literatura dramática le depara mediocres éxitos; acaba de abandonar el mundo de las finanzas, por las cuales tampoco siente vocación...

¿Cómo!... ¿Ningún viaje lleno de esplendentes peripecias?... Ninguno. En treinta y siete años de edad, nunca traspuso las fronteras francesas... ¿Y aventuras?... Menos que menos. Vive en paz, con su esposa (casóse en 1857) y únicamente de tarde en tarde deja el hogar para reunirse con los amigos en una inocente tertulia... El asombro de los preguntones crece, desborda... ¡Imposible!... ¿Y esas descripciones vívidas, coloridas, exactas en conjunto y en detalle, de las más remotas comarcas?... ¿Y ese íntimo, perfecto conocimiento de fauna y flora, razas y costumbres?... Verne sonríe con una sonrisa que ilumina su rostro franco, simpático, atractivo, que recuerda al

de Pasteur. Y conduce a los curiosos al gabinete donde trabaja con un método y una tenacidad de obrero intelectual, encariñado con su oficio. Mapas y planisferios, globos terráqueos y esferas armilares; retratos de viajeros y exploradores, animales disecados, enorme pizarrón; y libros, muchos libros, de geografía, de física, de química, de astronomía, de relatos clásicos y modernos sobre cuantas expediciones realizaron los hombres sobre la superficie del planeta...

—Aquí tienen ustedes mis selvas vírgenes y mis mares procelosos; mis buques y mis trenes. Abro uno y encuentro un paisaje, un ambiente; releo éste y conozco las características y usos de sus habitantes, las particularidades del medio; hojeo aquél y aprendo cuáles son su fauna y flora típicas... Lo demás, un poco de fantasía, un ligero contacto con los descubrimientos científicos, una lógica previsión de los progresos futuros...

Sí, ¡claro!... Sencillo, sencillísimo... Pero desconcertante, insólito... Los periodistas parten Cien reportajes, crónicas y notas divulgan el método del «viajero inmóvil»... Del «viajero inmóvil», que luego de recorrer los bosques del África ecuatorial, levanta un «igloo» en las cercanías del polo, navega los ríos americanos, recorre las estepas asiáticas, está hoy en las islas de Oceanía y mañana retorna a Europa por las rutas más imprevistas, acaso por el cráter de un volcán... El «viajero inmóvil», que una noche, se evade de la tierra y en un extraño vehículo, disfrazado de proyectil «pullman», contornea la Luna, para renovar la aventura de su compatriota Cyrano.

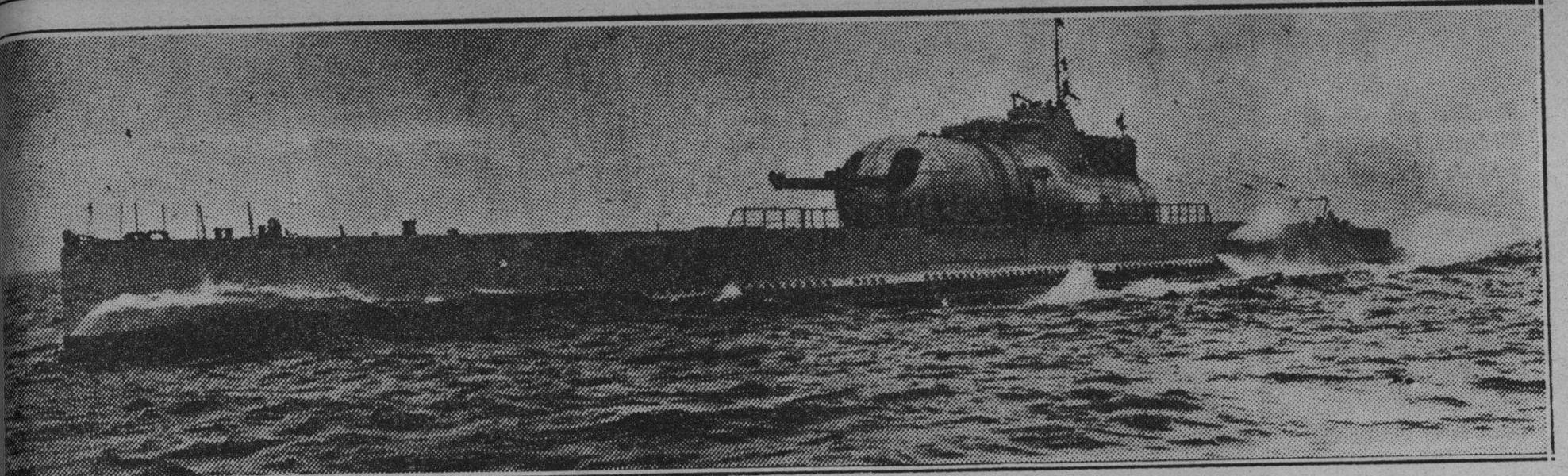
¿La revelación del secreto puede perjudicar el prestigio de Verne? De ninguna manera. Nadie pregunta al cuentista cómo urde la trama de sus relatos, ni al poeta cómo engarza las pedrerías de sus versos. Se les exige interés, emoción, belleza. Y el chiquillo que se forja batallas y cacerías, el burócrata de alma tartarinesca, el anciano que se miente

a sí propio heroicidades juveniles, leen sin tregua a Julio Verne, se encarnan imaginativamente en cada uno de sus protagonistas, viven la vida que anhelan vivir, que hubieran querido vivir...

¡Y qué variedad de escenarios e incidencias!...

«Viaje al centro de la tierra», con sus terribles monstruos prediluvianos; «El desierto de hielo», «El país de las pieles» y «Los ingleses en el Polo Norte», anuncio de las expediciones de Nordenkjold, Charcot y Peary; «Veinte mil leguas de viaje submarino», contemporáneo de los experimentos de Isaac Peral y anticipador de los planes de Hubert Wilkins; «De la tierra a la luna», «Alrededor de la luna» y «El secreto de Maston», ensueño de los astrónomos fantaseadores, a lo Flammarion; «Un descubrimiento prodigioso», que renueva el ansia eterna de Icaro y Leonardo, que supera las realidades de la aviación actual; «Un capitán de quince años» y «Dos años de vacaciones», magníficas lecciones de energía infantil; «Los hijos del capitán Grant», viaje cinematográfico a través de los cinco continentes; «La isla de Robinsones», advertencia a la osadía novelera; «La casa de vapor», vaticinio del automóvil, del «tanque» guerrero y de esos vagones acoplados, que hoy están de moda para un menos peligroso «camping»; «El doctor Ox», augurio del aire acondicionado; «La isla flotante», anticipo de los aeródromos para escalas en mitad del océano; «La jangada», «Las fuentes del Orinoco» y «Norte contra Sur», que familiarizaron a los niños con la geografía y la historia de América; «La isla misteriosa», estupenda enumeración de cuanto el ingenio y el saber humano pueden arrancar a la naturaleza... Y cien más...

A Julio Verne se le sigue llamando el «viajero inmóvil», con notoria injusticia, por inercia del lugar común. El contrato con Hetzel, contrato que únicamente rompió la muerte, reporta enormes beneficios para am-



Puede decirse que Julio Verne se anticipó a muchos inventos del presente. Y si bien es cierto que el «incansable narrador» se maravillaría ante este submarino, que no es igual a aquel en el que realizó él su viaje ideal de 20.000 leguas, no lo es menos que algo parecido, vivió en su fecunda e inagotable fantasía de novelista.

Aquellas «entregas», aquellos folletos en tapas verdes y grabados en acero, son esparcidos por chicos y grandes a las puertas de sus respectivas casas los días prefijados para su distribución semanal... Se traducen todos los idiomas; se aristocratizan en libros de lujosas encuadernaciones... Desde 1870, Julio Verne y su esposa, avencidados en Amiens, viven con holgura, con riqueza... En 1876, el escritor hace una visita a Nantes; va a permitirse el derroche que le pareció imposible, va a encargar un yate de 100 metros de eslora y 38 toneladas de desplazamiento. En una emotiva ceremonia, lo bautizan: «Saint Michel». Y Julio Verne, hombre con ojos de sabio, de vidente y de profeta, emprende las primeras tímidas excursiones marítimas por las costas de Normandía, Bretaña, Inglaterra... Aumenta su audacia y conoce Escandinavia, Holanda, Escocia. También va a los Estados Unidos, pero... en un trasatlántico, el «Great Eastern», y del sorprendente país nuevo, trae inspiración para varias novelas: «De la tierra a la luna» y sus ya enumeradas continuaciones, «La ciudad flotante», «Norte contra Sur» y «El día de un periodista norteamericano en el año 1890», que sólo conocemos a través del comentario de Lucien Dextaves, y en la cual anticipa prodigios increíbles: radiotelefonía, telegrafía, guerra química y bacteriológica, condensación y aprovechamiento de la electricidad solar.

Julio Verne no merece el apodo de «viajero inmóvil», mas convengamos en que sus «viajes» son cortas «capitatorias» de persona sedentaria, habituada a un sillón de trabajo, a una biblioteca familiar, a las comodidades hogareñas. ¿O acaso, la realidad inferior al ensueño, le achicó y afeó el mundo que recorriera con la imaginación, con el pensamiento, en raudos aletazos?

Tal vez siéntese algo viejo y fatigado. A los 58 años renuncia a los viajes que soñara en la juventud, vende el yate y vuelve a ser, definitivamente, el «viajero inmóvil», el guía quieto de muchos infatigables andariegos: de Matías Sandorff y «Kerabán», el testarudo, de Héctor Servadac «Mr. Branican», de César Cascabel y «Miguel Strogoff».

Un antiguo amor renace en él, y en colaboración con Demery, teatraliza «La vuelta al mundo en ochenta días», «Los hijos del capitán Grant», «Miguel Strogoff» y «Un viaje a través de lo imposible». Ahora, su fama hace inmejorable «reclame» a las piezas de Julio Verne conoce el halago de los aplausos y la gloria de ver vivos, ágiles, elocuentes y gesticulantes a los personajes nacidos de su cerebro.

Alejandro Dumas (hijo) reclama para él las palmas académicas con una frase plena de filial amargura:

—Puesto que la Academia Francesa cerró sus puertas a mi padre, debe abrirlas a Julio Verne, al Dumas científico, al escritor que está enseñando geografía a los niños franceses.

Hay un obstáculo. Verne no es un estilista. Y los señores académicos ven en él, a un «autor de libros para premiar escolares aplicados»... A duras penas se le nombró miembro de la Academia de Amiens, en 1891. Y ser académico, pero de la otra, de la academia que fundara el cardenal Richelieu, fué la suprema aspiración del anciano novelista. Por ella trabajó sin tregua ni pausa, desde 1863 a 1905, más de cuarenta años; por ella dejó infinidad de obras que contribuyeron a formar generaciones emprendedoras; por ella escribió, pese a las cataratas que, después de cegarle por completo el ojo izquierdo, nublaron el derecho; por ella pro-

dujo con tal fecundidad que renovó la suspicacia de los críticos italianos que insistieron en la hipótesis del equipo de escritores al servicio del editor Hetzel, hasta que Edmundo D'Amicis dijo la verdad a sus compatriotas: «Vive en Amiens, donde se le nombró consejero municipal; y su «violín de Ingres, es... el piano».

El 8 de febrero de 1905, al cumplir el 77o. aniversario de su nacimiento, tuvo Julio Verne una íntima satisfacción. Desde Casa Blanca, la señora Keetin Roosevelt, hija del presidente de los Estados Unidos, le escribió una afectuosa carta que finalizaba con el siguiente párrafo:

«Y quiere mi padre que le informe que él también ha leído sus libros con sumo placer».

¡Pobre Julio Verne!

A los pocos días cayó enfermo. El 24 de marzo un inesperado cablegrama consternó al mundo:

«Amiens.—En su residencia de esta ciudad, ha fallecido el novelista Julio Verne».

Todos los niños lloraron al querido abuelo desconocido, al «viejo narrador infatigable», como él mismo se calificaba. Y si no vistieron luto fué porque los padres aun no aprendieron a comprender y respetar los sentimientos de los hijos...

LA BAILARINA NORTEAMERICANA QUE CAUTIVO A HITLER

EN los Estados Unidos se le ha dado mucha publicidad al caso de Marion Daniels, la bailarina de 19 años nativa de San Francisco de California, que voló de Cannes a Berlín para que Adolfo Hitler, que ya la había admirado unas semanas antes, pudiera verla danzar de nuevo, esta vez en privado. Aunque no se puede decir que el público norteamericano, en general, o su prensa, sean adictos a Hitler, siempre resulta motivo de nacional orgullo, que el gobernante más temido del mundo muestre sus preferencias hacia una artista nativa.

¿Y a ella? ¿Le agrada también Hitler? Los despachos que han publicado los periódicos no nos han ilustrado sobre ese punto, aunque es de suponer que sí le gustará. Porque desde hace mucho tiempo es bien conocido el ascendente que «el bello Adolfo» ejerce sobre las mujeres. Hay quien llega a afirmar que buena parte de su éxito, al menos en su época de revolucionario que ambicionaba el poder, se lo debe a ellas.

El número de mujeres que han sido mencionadas como «apasionadas» de Hitler es considerable. Entre ellas, y en los actuales momentos, la que más se menciona es la aristócrata inglesa Miss Unity Mitford, quien se expuso no ha mucho al furor de los comunistas londinenses, sólo para hacer pública gala de su devoción al «fuehrer».

Miss Mitford, hija de Lord Redesdale, conoció a Hitler en un restaurante exclusivo. El «fuehrer» parece que quedó impresionado ante la belleza blanca de la muchacha inglesa, y la invitó a su mesa. Y cuentan las crónicas que desde entonces han sido los mejores amigos.

*La noble britana, según ciertas versiones, sufrió toda clase de incomodidades con el fin

UNA NORTEAMERICANA QUE IMPRESIONA A HITLER

Marion Daniels, bailarina acrobática de San Francisco, complació de tal modo a Adolfo Hitler con su interpretación de «La Viuda Alegre», que a petición del «fuehrer» se trasladó a Berlín, abandonando su trabajo en Cannes



de presenciar la entrada triunfal de Hitler en Viena. Ella fué uno de los espectadores más emocionados que escucharon la oración con que Adolfo escribió el «intri» sobre el cuerpo postrado del Austria de Dollfuss.

Se dice que Hitler, en sus primeros tiempos de Munich, era excesivamente aficionado a las faldas, siendo como tal acusado en una de las mítines del partido. También se cuenta la versión de que el «fuehrer» se enamoró de su sobrina en sus primeros tiempos de Berchtesgaden, una sobrina juvenil que para él había llegado a ser una especie de secretaria, y que un día apareció muerta, la frente atravesada por un balazo. Se dijo que el partido, que quería un Hitler libre de complicaciones sentimentales, tuvo que ver con el hecho.

Muchos otros nombres femeninos se han mencionado bajo el título de amigas del «fuehrer». Una de esas mujeres, la cinematografista Leni Riefenstahl, realizó muy recientemente un viaje a los Estados Unidos, visitando la Meca de Hollywood donde, entre paréntesis, se dice que no se la recibió con el

interés que ella hubiera deseado. Si se tiene en cuenta que la industria norteamericana del cine es de exclusiva propiedad semita, el vacío que se le hizo a la amiga del «fuehrer» se comprende y se explica.

Hitler gusta de hablar entre auditorios compuestos de mujeres. Y se dice que en ocasiones, cuando ha asistido a simples reuniones particulares, se ha sentado junto a una silla, ha colocado sus manos sobre el respaldo y ha comenzado a hablar. Y ha disertado por horas, mientras su auditorio femenino ha permanecido escuchándolo con recogimiento místico.

Pero hubo una mujer a la que Adolfo Hitler amó sobre todas las cosas. Esa mujer fué su madre enferma, por la que el niño visionario y discolo sentía una devoción rayana en fanatismo. Esa mujer abandonó este mundo preguntándose con ansiedad qué iba a ser de aquel hijo de sus preferencias cuando ella faltara. Qué ajena estaba a la idea de que su vástago llegara a convertirse un día en el «fuehrer» indiscutible de ochenta millones de alemanes!

Murallas naturales de Timbuctú, la ciudad leyendaria del corazón de Africa donde surgió el moderno imperio francés que se ve indicado en negro en el mapa. A la derecha, el Mariscal Joffre, quien planó en Timbuctú la bandera tricolor 20 años antes de la batalla del Marne.



La Leyenda de Timbuctu, germen del Imperio FRANCESES

A PRINCIPIOS del siglo pasado, el camino de Timbuctú, situado en el corazón del Africa, era un sendero tan misterioso y vago como el de las tierras de Catay y Samarcanda. Decían que llevaba a una ciudad prohibida y fabulosa, detrás de cuyas murallas existían tesoros fantásticos y construcciones con tejados de oro que se alzaban a la vera del desierto de Sahara. Ningún hombre blanco había osado penetrar hasta la desconocida urbe, y en Inglaterra y Francia las clases cultas, fascinadas por el imán de la leyenda, creían que quien llegara primero a Timbuctú acabaría por ser dueño y señor del continente negro.

En su libro «El Velo de Timbuctú» (Editorial William Morrow, Nueva York) Galbraith Welch relata las aventuras extraordinarias de un muchacho campesino francés, René Caillié, que abandonó su oficio de aprendiz de zapatero a los 16 años de edad para iniciar una larga peregrinación que doce años más tarde había de conducirlo ante los portales de la ciudad sagrada. Fue este mozalbete el primer hombre blanco que penetró en el recinto exclusivo de los musulmanes del Africa occidental; vió más que ningún otro blanco lo que era el continente, y vivió lo suficiente para contarlo, y aunque poco se sabía de su extraña proeza, ahora que se conocen los detalles de la misma hay que reconocerle que ha sido uno de los más grandes exploradores de la época moderna.

LA VISIÓN DEL PEREGRINO ENMASCARADO

Cuando René se devolvió a Francia con su pasmosa narración, la Sociedad Geográfica de París le concedió el premio que tenía ofrecido al «hombre que aclare el misterio de Timbuctú». La historia de Nigeria que reveló en su escrito le sirvió de inspiración a Francia para lanzarse en la vasta aventura colonial iniciada con la ocupada del Sudán y las tierras al Sur y al Norte de esta zona. Tardaron sesenta y cinco años antes de la invasión europea, pero veinte años antes de la batalla del Marne, el General Joffre, vencedor del imperio Hohenzollern, entraba en la ciudad negra y plantaba para siempre el tricolor de la República.

Caillié había estado en el continente africano con la expedición de Gray, pero se convenció de que aquellas aparatosas caravanas del hombre blanco, precisamente por lo bien

equipadas, estaban abocadas al fracaso. Se vistió, pues, de musulmán y convivió con los hijos del desierto, hasta que aprendió el idioma nativo y los hábitos de vida de la raza. Ni los franceses del Senegal ni los ingleses de Sierra Leone quisieron ayudarle. Estos últimos le dieron una colocación en Freetown mientras el comandante Laing realizaba su viaje hacia la ciudad famosa. Viéndose inutilizado por falta de recursos, reunió la ridícula suma de dos mil francos, y el 19 de abril de 1827 partió de Kakandé, donde 42 años más tarde se le había de erigir un monumento a instancias de Fraidherbe, el notable «creador del Africa occidental francesa».

Un año tardó en llegar a la meta de sus aspiraciones. El comandante Laing se le había adelantado, pero los nativos lo asesinaron antes de que pudiera salir. Disfrazado de mercader, penetró en la ciudad, donde pasó dos semanas. Luego, atravesó el desierto de Sahara por la parte de occidente, en 81 días; al cabo de ellos llegó a Tánger, extenuado y maltrecho, y arrastrándose hasta la residencia del Cónsul francés, dijo antes de

entrar, las espectaculares palabras: «Soy francés, y he estado en Timbuctú». Lo ocultaron para que los fanáticos de la ciudad no se excitaran, hasta que se presentó la oportunidad de despacharlo para París a bordo de un buque.

EL ESPIRITU DE JOFFRE FRENTE A ITALIA Y ALEMANIA

Francia es, al igual que Inglaterra, una nación ultramarina. Su espíritu y su pensamiento están en Europa; pero su cuerpo vive en Africa y en Asia, y esto no es una simple frase literaria. Después de Caillié, era natural que fuera el Mariscal Joffre quien detuviera el avance teutón. Los franceses pudieron haber conservado su bella capital de la luz y la cultura, como los alemanes conservaron a su aristocrático Berlín, con la victoria o la derrota. Pero nunca hubiesen podido conservar su bienestar y tranquilidad con la pérdida de Timbuctú. En el Marne, Francia consolidó su dominio colonial y lo aumentó arrebatándole a los germanos parte de Togo y todo el Camerún, que ahora Hitler quiere le devuelvan junto con las demás posesiones repartidas entre las potencias aliadas

a título de mandato por virtud del Tratado de Versalles.

El imperio colonial francés tiene una extensión de 3.958.626 millas cuadradas. Estas posesiones están hoy amenazadas, como las inglesas, por el Japón en Asia, y por las naciones del eje Roma-Berlín en Africa. Lo que Hitler recibirá, otra vez sin disparar un solo tiro, serán las colonias africanas. ¿Cómo? Permitiendo, sencillamente, que su aliado Mussolini coloque a Francia e Inglaterra en una posición semejante a la de Munich: entre la espada y la pared. De ahí la gravedad de las demandas italianas por el territorio de Túnez y el puerto de Djibuti en la Somalia francesa. Si Daladier cede una pulgada ahí, tendrá que ceder el resto a los alemanes, y a la Gran Bretaña no le será tan fácil evadir la redistribución del continente negro, y hasta tal vez la del Asia.

En cuanto a las razones esenciales del avance por lo menos en Africa, la explicación es siempre económica, aunque no directa. Es verdad que las colonias apenas proveen una proporción estimable de las materias primas principales de la industria moderna; pero las africanas ofrecen la ventaja peculiar de ser admirables viveros de soldados para naciones de escasa población como Francia e Inglaterra, y en el caso de Túnez, Egipto, Eritrea y la Somalia, constituyen, junto con Gibraltar, los puntos estratégicos que sirven de apoyo a la arteria vital del comercio franco-inglés con el Oriente.

Por una razón similar, los Estados Unidos son el tercer imperio del mundo. Las Antillas, México, la América Central, eran los dominios estratégicos de este imperio, que ya no pueden ser conservados por la fuerza debido al estado de adelanto de la población. Desde ellos podría vulnerarse la posición económica del Coloso del Norte y producirse una crisis doméstica llena de peligrosas posibilidades para la estabilidad de la misma estructura política del país. Así como en el Marne, Francia defendió a Timbuctú y a Túnez, que le sirven para defender en el Mediterráneo sus intereses en el Lejano Oriente, en Puerto Rico y otras antillas Estados Unidos estarían defendiendo no sólo al Canal de Panamá sino la permanencia y solidez de la Federación nacional como conjunto económico.

(Continúa en la página 21)

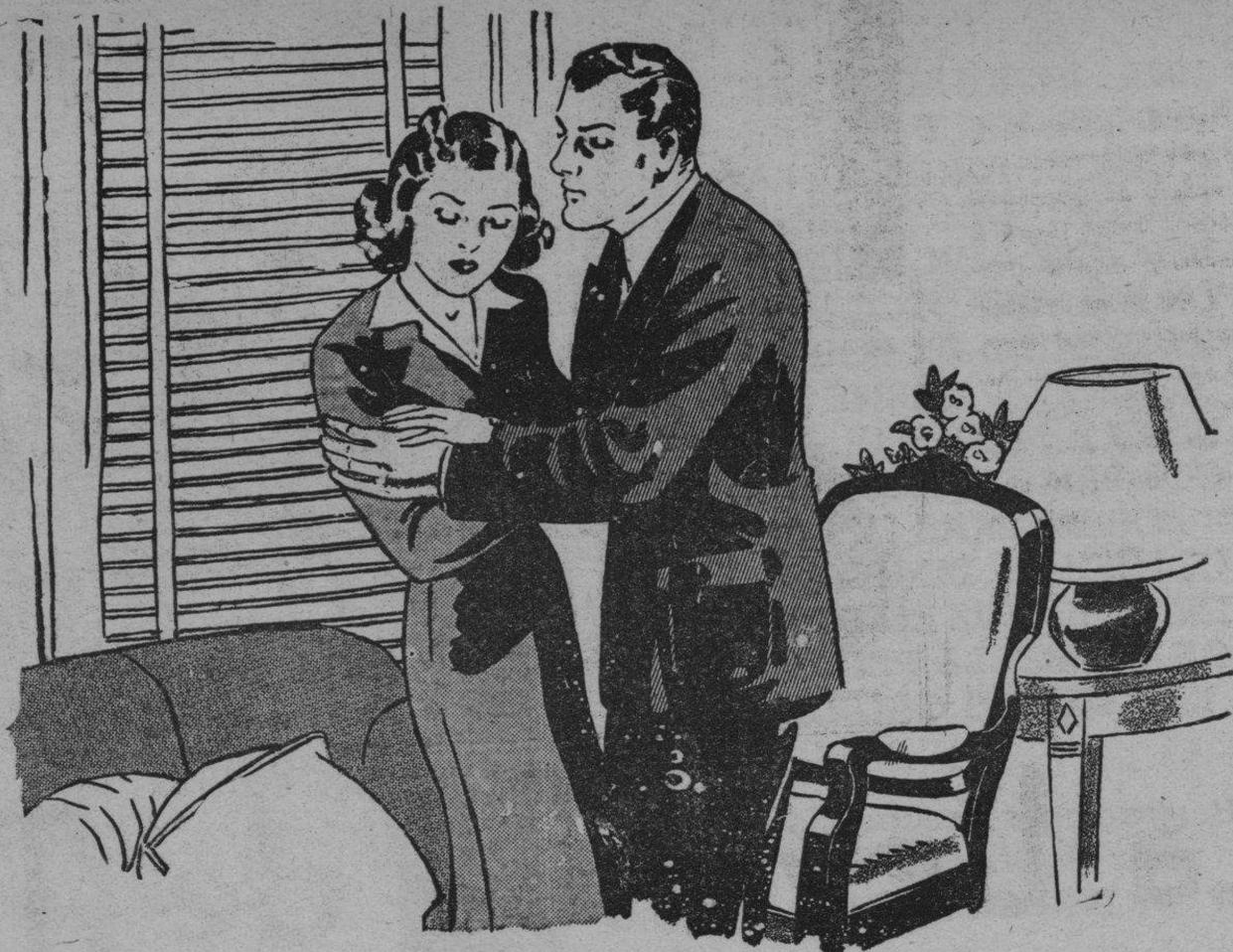
HAY muchachas que creen que es imposible para una mujer estar enamorada de dos hombres a la vez. Otras hay que es imposible predecir el curso o aun definir lo que el amor es y por lo tanto, una misma mujer puede al mismo tiempo varias clases de amor diferentes hombres.

Guillermina me escribe sobre el predicamento en que ella se encuentra. Está comprometida con Teodoro; hace años que lo conoce y sus familias están íntimamente ligadas. Teodoro y ella se entienden muy bien en el pasado horas muy felices planeando el futuro. Pero hace dos meses Conrado se presentó en la vida de Guillermina. Conrado es un sitio violento y la tiene entera perturbada. Le dice que no es cierto que ame a Teodoro y que con quien tiene que casarse es con él, con Conrado. Guillermina me escribe que «no cesa de acordarse de Conrado y que lo que él le dice la profundamente impresionada». Ama a Teodoro y quiere casarse con Teodoro, pero Conrado le dice parece interesarla más...

Guillermina me parece que Teodoro no es hombre de mucho valer y si fuera Guillermina se confiaría demasiado en él. En cuanto a la idea de aguardar dos años sólo quiero que el destino no espere dos años. Teodoro y Conrado serán personas bien distintas dentro de dos años y si bien ella puede tener entonces un poco de más carácter que el común es probable que él haya adquirido algo también que lo desincline a aceptar el matrimonio.

Guillermina se describe a sí misma como «una muchacha que vive a sí misma como un animal». Pero no hay en el mundo una muchacha suficientemente atractiva para mantener a un novio esperando dos años mientras ella lo compara con un rival. «Año a año», confiesa Guillermina; pero me permito que le diga que no ama en verdad a ninguno de los dos; lo que Guillermina ama son los encantos de Guillermina.

Le dice que ella no ama a Teodoro, que con quien va a casarse es con él... Y ella ama a Teodoro, pero lo que Conrado le dice le interesa e impresiona mucho más.



Vicisitudes de Amor

por Kathleen NORRIS

Yo conocí hace años a otra muchacha que estaba enamorada de dos hombres a la vez. Era bella y superior y cuando se comprometió para casarse con un joven y brillante profesor, todo el mundo creyó que eran la pareja perfecta. Juanita mostraba su amor y devoción por Carlos y lamentaba públicamente que la necesidad de graduarse ella an-

tes y algunas dificultades financieras de su novio que tenía que mantener aún por un tiempo a su familia, postergaron la boda. Juanita fué entretanto a vivir en una ciudad universitaria cercana como pensionista en la casa de un profesor alemán y su bella mujer. El era un alemanote moreno y brutal; Juanita tomó clases de alemán con él y muy pronto estaba locamente enamorada. Fué tal la pasión que no trató siquiera de contenerla; se adelgazó, traicionaba sus sentimientos cada vez que estaba en presencia del alemán, y cuando fué a ver a su familia en la Navidad rompió su compromiso con Carlos. Cuando regresó a la ciudad universitaria la esposa del alemán estaba informada de todo y prácticamente puso a Juanita y sus bártulos en la calle. Juanita anduvo al asedio del profesor en sus clases por algún tiempo. Cuando se graduó regresó a su casa y durante un año siguió escribiendo cartas candentes a su Ludwig, que no hizo caso de ella, feliz como estaba con su mujer y su hijo recién nacido. Juanita languideció a la manera romántica. Carlos, su ex novio se casó con una prima de ella y se establecieron prósperos y felices. Pasaron cinco años y el profesor alemán, cuya mujer había muerto y cuyo hijo vivía con su abuela, llegó a buscar a Juanita.

Se dió cuenta entonces de que no podía tolerarlo; ahora lo veía tal como en realidad era y se daba cuenta de que nunca lo había amado de verdad. Era un hombre rudo y apenas menos que mediocre en inteligencia y cultura. Muy pronto despidió a Ludwig y siete años más tarde, cuando su familia se había dispersado, Juanita se casó a los 36 años con un modesto abogado, tipo de burgués, bondadoso y sin brillo ni ambiciones. Pero Juanita lo adora y repite que nadie sabe lo grande, inteligente y capaz que es

su marido, ni del ambiente de cultura y felicidad en que viven...

Juanita sacrificó lo que pudo haber sido una vida llena y feliz cuando rompió con Carlos que es ahora una notabilidad, por ese capricho con Ludwig que ha desaparecido. El marido de Juanita no parece ser el tipo ideal de marido para mujer alguna. ¿Y a quién amó Juanita si es que amó realmente a alguno?

La moral del cuento pareciera estar en que una situación así nunca se presenta a una mujer de carácter y dignidad. Una mujer así sabe desde el comienzo a quién va su corazón y trata la situación con debidas consideraciones a la vez para el hombre y para ella. Una pasión salvaje e ilícita por el marido de esa mujer como piensa en su abrigo de pieles, su automóvil o su nene que por cierto no pretendería arrebatarle.

Desgraciadamente abundan las mujeres de apariencia correcta que no soñarían en hurtar bienes pero no trepidan en hurtar maridos. Está siendo un deporte favorito en estos días. Todos los maridos son caza permitida y no hay temporada de veda. No hay ninguna razón, porque para una mujer digna las emociones y acciones incontrolables en materia de matrimonio y de amor hayan de ser más permitidas que esas mismas emociones y acciones en cualquier otro terreno. Desde nuestra infancia se nos enseña que no debemos morder, arañar, hurtar, gritar demasiado abiertamente lo que pensamos o sentimos, usar de nuestras ventajas en dinero o posición para causar daño a otros y otra serie de cosas que constituyen el código escrito o no escrito del comportamiento decente y legal en un mundo que se llama civilización. Las mujeres de presa son ladronas nada más y nada menos.

Y una última palabra para Guillermina. Si yo fuera hombre enamorado de una muchacha que no acierta a decidir si me ama a mí o a otro, le daría gracias a Dios por haberme iluminado a tiempo sobre ella y la dejaría sin más trámites.

La Leyenda de Timbuctú

CIUDAD INCONQUISTABLE, SIMBOLO DE FRANCIA

Hoy día, Timbuctú con sus murallas y sus torres y ceremoniosas gentes no es sino un símbolo de la consistencia del Estado francés. Donde ese Estado luchará será en Túnez o Djibuti. Si al tomar Addis Abeba Musolini quisiera eclipsar las realidades del mundo imperio francés, la lucha actual es una continuación de aquella lucha. Graciani podrá llevar a la frontera libia todo el peso de la arrolladora marcha sobre los abisinios, pero allí ha de encontrarse a un disidente de Joffre, el general Gamelin, con una línea Maginot africana, tan fuerte y tan elocuente como la de la frontera del Rin. A pocas millas de la capital de Túnez el lugar donde se levantó Cartago, reina el mundo. Los descendientes berberiscos de la tierra llevan en el alma los ecos de ataques memorables. Por allí pasaron los romanos, los vándalos, los árabes, los turcos, los españoles, los italianos y los franceses en etapas distintas de la historia. Entre estos pueblos nativos los hay de cabellos y bigotes curvados como de genuinos arios. Túnez es la llave del Sahara, sin el cual se haría pedregoso el imperio francés, y es una de las llaves del Mediterráneo y del Canal de Suez.

Desde Marsala y Trapani en la Sicilia, Musolini ha visto con ojos codiciosos el poderío que representa esta faja de terreno, complemento de Algeria y de Marruecos en la defensa de los intereses franco-ingleses. Más allá están los alimentos que el Duce necesita para sostener el mito de la economía totalitaria, y también está la libertad de acción que Italia necesita para poder resucitar las glorias del antiguo imperio romano.

Mientras tanto, Africa duerme su siesta milenaria, despezándose de sueños nuevos y tomando el vino añejo de sus tradiciones religiosas en los odres novedosos del nacionalismo, las campañas militares de los poderes europeos. Los brotes rebeldes de las tribus que aguardan el advenimiento del estado panislámico. Desde las alturas de Timbuctú llega a las costas azules el mugido del ganado sacramental y la algarazca de los nativos traficando entre las murallas grises donde el Profeta asentará su predominio un día no lejano. René Caillié fué la primera ceniza del naciente imperio, el polvo de que se fabrican las modernas doctrinas económicas y de donde surgen, en parte, las actuales convulsiones políticas y sociales de Europa. Toda su interesante historia nos enseña el credo de la civilización mediterránea, que es también el credo de la codicia humana.

UNA VENDEDORA DE FLORES, HACE MAS DE QUINCE AÑOS, A LA SALIDA DEL FOLIES BERGERE.—UN BILLETE DE MIL FRANCO POR UN RAMITO DE ROSAS. 'ACABO DE DARME DINERO A MI MISMA, NO COMPRENDE USTED?'—LOS DRAMAS Y LAS COMEDIAS DE PARIS, ENTRE LA LUZ ELECTRICA, ENTRE LA PENUMBRA DE LAS CALLES.

Ilustraciones especiales para el DIARIO, por RICARDO MARIN

REPITAMOS siempre la frase de Rubén Darío: «París es un drama divino y terrible». Recordemos el pensamiento de Wanger: «Con lo que he visto en París podría hacer más dramas musicales que días me faltan por vivir». No olvidemos la sentencia de Rainer-María Rilke: «Sin vivir en París, me hubiera muerto sin comprender muchas cosas»...

Los dramas de París no son espectaculares, sino interiores. No son dramas para ser llevados a la escena, sino al libro. Aparentemente París sólo es anverso de medalla, sólo tiene un rostro: el rostro sonriente de la vida en rosado mayor. Sólo que, más que ninguna otra, esta medalla tiene un reverso negro, patético y profundo. Siempre fué así, desde los días de Maître François Villon. El drama sin gritos circula, circula por los barrios, por las calles, por las plazas, por los teatros, por los restaurants, por los cafés. Y si no fuera así, París no valdría la misa de Enrique Cuarto. Si no fuera así, no valdría la pena de vivir en París, porque no hay nada que canse más rápidamente que la felicidad completa sin limitaciones. El alma necesita la presencia del drama, por no sabemos qué necesidad oscura e imperiosa. Y aunque es «divino», París es al mismo tiempo «terrible». Por eso es «París».

Ahora bien, no esperéis en París la puñalada traspera, el drama a voces, la bofetada restallante, el insulto de acera a acera, el empujón grosero. Esas son cosas que no se ven nunca en París. Nunca. En París no hay quien saque un revólver en una reunión, principiando porque en París nadie, absolutamente nadie lleva revólver: ese es un instrumento tan desconocido aquí como un camello puede serlo en el Polo.

O, repito, el drama de París es interior, casi sin palabras; o en todo caso es solo confidencial. No tiene expresión exterior.

Con él han hecho su obra los dramaturgos, los comediógrafos, los novelistas de París, y por eso no pasarán a la historia como espectaculares. Esa es una de las formas de la civilización.

Lo que no quiere decir que no sean profundos, esos novelistas, esos dramaturgos: el drama no está forzosamente en el espectáculo...



«En el fondo me dí 1000 francos a mi misma»

UNA CONFIDENCIA DE JEANNE D'ARGELLE

por Eduardo Avilés RAMIREZ

LA EMOCION QUE NO SE VE

Esa es otra de las formas de la civilización: la emoción pudorosa, la emoción que lleva un dedo sobre los labios.

Por eso París aparentemente no es dramático y Monsieur de Phocas tenía razón cuando hablaba de las máscaras, de las máscaras que es necesario llevar para ocultar los pensamientos tristes y las emociones amargas.

Para descubrir el drama es preciso inclinarse hacia él, provocar su confidencia, hacerlo salir de su reserva. Ni las mujeres ni los hombres de París muestran su drama fácilmente: les parecería como salir a la calle en paños menores.

Esta emoción que no se ve es quizás más auténtica que la emoción que se suelta los cabellos en media calle y pregona a voces su origen. El silencio no es aquí indiferencia, sino pudor. Uno puede vivir en la misma calle; ¡qué digo! en la misma casa y hasta en el mismo piso que una familia que uno conoce bien, e ignorar sus tragedias personales. Yo me acuerdo, hace años, yo vivía en una casa de la calle de l'Arrivée, y siempre saludaba, en un rellano de la escalera, a una muchacha sonriente que un día se permitió el lujo de ir a tomar el aperitivo en mi compañía, al café de «La Rotonde». La dejé de ver después varios días. Ya la había olvidado

cuando la encontré de nuevo, en el mismo rellano de la escalera. Estaba vestida de negro.

—¿Qué se ha hecho usted?—le pregunté.

—¿Y por qué está vestida de negro? Bajó su cabeza rubia coronada por un sombrerito de fieltro y me respondió, más pudorosa que triste:

—Es papá, que se nos fué...

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hace seis días, aquí mismo en casa...

Es decir, que su papá había muerto. Yo lo habían enterrado hacía seis días, y que yo, viviendo bajo el mismo techo, no sólo por casualidad no me había enterado, sino que ni ella misma, que casi era una amiga, no había participado su dolor. ¿No es admirable eso? Aunque bien es cierto que no...



Folies Bergere, una fogata de luces policromas

el mundo comprende «el dolor pudoroso» y «la emoción que no se ve»...

ANOCHÉ, EN EL FOLIES BERGERE

El decorado ya lo conocéis, es una de las estampas más clásicas de París. En la rue Richez, una fogata policroma, a pocos metros de los bulevares. Automóviles charolados y silenciosos que se llevan a smokings y escotes, en un discreto oleaje de brocados y pedería y monóculos y flores.

Bajo la marquesina, los uniformes azul y oro de los porteros. Las doce puertas se abren y se cierran sin ruido, vomitando el discreto oleaje de elegancias. Tapices espesos, color amarillo. Chorros de luz. Chorros de sonrisas. Chorros de gracia por todas partes, mientras un chorro de agua luminosa hace gorgoritos en la tazona cestral de una fuente.

Fuera, la magia de la noche en París.

Yo salgo en compañía de Jeanne D'Argelle, en compañía del d'seur Max Prax, con quienes pasé la soirée. Ella se cubre los hombros con una capa de hermine blanca, dos luceros brillantes en las orejas y una flora de aguas parpadeantes en los dedos. Un empleado hace acercar el auto. Abre la puertecilla. Jeanne d'Argelle, sin embargo, se aparta un poco de nosotros, va hacia una chiquilla que vende flores bajo la noche fría de París. Bajo el mantoncillo burdo se adivinan los hombros flacos y tiritantes. La naricilla respingada, dos ojos de miosotis húmedos, una boina sucia sobre los cabellos cortados en melena. Max Prax y yo esperamos, delante de la puertecilla abierta del auto.

Jeanne d'Argelle queda un momento como clavada, delante de la chica vendedora de flores. Parece examinarla con ojos radiográficos. Mira a la pequeña florista, la mira, la mira, sin sonreír, sin decirle nada. Y de pronto le toma un ramo de rosas y saca del bolso... un billete de mil francos, que le tiende. Y mientras Max Prax, la chica y yo la miramos sin comprender, Jeanne se hunde rápidamente entre los cojines del auto, seguida de nosotros, y partimos. Partimos en la noche de París,

en silencio los tres, adivinando que la chica debe haber quedado estupefacta y estupidizada en media acera...

LA CONFIDENCIA DE JEANNE D'ARGELLE

El auto rodaba hacia Passy, distante. No hablábamos.

Fué ella, al fin, la que adivinando nuestras interrogaciones sin palabras, condescendió a explicarnos aquel gesto inexplicable.

Yo apenas le veía la mirada, en la penumbra del auto. Su perfil se diría de marfil sometido al claroscuro de Leonardo. Olía las rosas de vez en vez, con la mano enguantada de brillantes.

—¡No! ¡Sinceramente no habéis comprendido?... Pues la cosa es sencilla en extremo, sin embargo... Yo también, hace veinte años, vendía flores a la puerta de los music-halls y de los cabarets. Era yo una chica paliducha, con ojos afiebrados, acabada de llegar de mi provincia lejana, echada de bruces en la aventura de la inmensa capital... Me moría de hambre y tenía trece años... Bajo el frío, entre la nieve, entre la noche... Yo veía pasar a las bellas damas endiamantadas que no se dignaban ni siquiera echar una ojeada sobre mis pobres rosas encendidas... ¡Cuántas veces yo me dije a mí misma, viéndolo salir al mundo elegante de los teatros: «Ah, si una de estas bellas damas quisiera comprarme un ramito... Tendría por lo menos para una taza de café, en el bistró de la esquina...» La nieve seguía cayendo, implacable, imperturbable. Casi no habían autos, entonces, y recuerdo que los caballos de los coches se sacudían la nieve con grandes movimientos nerviosos que hacían cantar todos los metales y los cueros de sus aperos...

Un silencio. Ni Max Prax ni yo nos atrevíamos a interrumpir aquel relato que, más que una evocación de una realidad lejana, parecía una invención sentimental digna de un cuentista de París. Ella prosiguió:

—En el fondo, miren ustedes, lo que acabo de hacer es darles dinero a mí misma...

«—Ya están pasando la barca...!—gritaban los chiquillos con placer.

Entralgo: la nueva Arcadia: unas cincuenta casas en un grupo, situado entre el Nalón y un afluente que procede de Villorca. «Parece sepultado como un nido» en medio de la arboleda, y va de callejuela en callejuela a la casa de Don Félix. A esta casa de D. Félix,—«la casa del capitán», la acostumbraban a llamar palacio los «cándidos aldeanos». Es «un gran edificio irregular», con un piso únicamente, repleta su fachada de aberturas, unas grandes, otras chicas,—puertas, ventanas, balcones y corredores diversos. Semejaba esta casa «hecha a retazos, y por generaciones sucesivas». Los corredores estaban engalanados con pámpanos, entre los cuales maduraban uvas que eran para D. Félix más preciosas que «las niñas de sus ojos». En esta misma casa de D. Félix nació Palacio Valdés. Por sus grandes estancias se arrastró, a sus dos corredores se asomó, y fué amigo entrañable de sus vacas... En su novela «El señorito Octavio», pintó esta casa también, y recuerda una vaca, la Cereza... En otra de sus obras regionales, «El idilio de un enfermo», hay un niño que grita amargamente, cuando saca sus vacas la justicia:

—No me lleven la Cereza...! No me quiten la Garbosa...! No me roben la Galia, por favor...!

Y cuando vuelve del monte el ganado de D. Félix, en «La aldea perdida» hablan los niños:

—Mía la Cereza, qué gorda...!

—Mía la Garbosa, con cría...!

—Mía la Garbosa, que ya está metiendo los cuernos por el vientre de la Galia...!

En esta misma casa de D. Félix, nació Palacio Valdés. En ella despertaronle, de niño, sus instintos de belleza, oyéndole a una vieja cuentos de hadas, y escudriñando el paisaje...

EL AQUILES DE LA ALDEA

En ella paraba Nolo. Tenía un cuarto en los bajos de la casa, y era de los criados de D. Félix. D. Félix, el capitán, abuelo de D. Armando, se llamaba realmente D. Francisco. Era hombre noble, generoso y bueno, y aún los que le recuerdan dicen de él:

—Está bien retratado, sí, señor... Todo se lo merecía...!

Y Nolo de la Braña, su criado. En el pueblo llamábanle Nolon: alguien le llamaba Lín, y Manolo de Mardana era su nombre propio en la parroquia. Pero aquella su belleza que el autor califica de «imponente», aquella su ligereza, aquella su gallardía, aquel su mismo valor, son imaginación afortunada, casi en su totalidad. El autor era muy niño en tiempo en que Nolon era muy mozo, y sin duda el cariño y el recuerdo le hicieron poetizarle. Era Nolo temible con el palo, y en resumen, nada más. Y aunque desilusione el descubrirlo, hay que decir que era sordo y que se le juzgaba un poco inútil...

La sordera fué causa de muerte. Después que la familia de D. Félix abandonó su rincón, Nolo perdió el bienestar, y acabó convirtiéndose en mendigo. Ibase de casa en casa en súplica de limosna y se encontró una vez con un caballo desbocado con un coche, a la entrada de Pola de Laviana. Abría Nolo a la oca-

sión la puerta de una reja con jardín, y aun cuando le dieron voces para que se apartara del peligro, no vió coche ni caballo hasta que se encontró bajo los dos. Así murió el pobre Aquiles que fué en su candorosa juventud, esclavo gustosísimo de un niño que había de hacerlo inmortal...

Esto dicen en Entralgo. Cuesta trabajo, no obstante, el suponer que este Nolo sea el Nolo que aparece en la novela, pero hay que confesar que al novelista preguntámosle una vez:

—Y Nolo...? Quién era Nolo...?

Respondió que un criado de sus padres...

Y sonrió con misterio.

EL MAL GENIO DE LA MINA

El que no fué cambiado fué «Plutón»; era así, tan odioso, tan villano, tan feroz y tan cobarde. «Joyana» era hermano suyo, y se llamaban Máximo y Manuel. Primero se asentaron en Barruelo, pero fueron despedidos; fuéronse a Turón después, y también los echaron en seguida. Entonces se pasaron a la Pola, y llegaron hasta Entralgo. Ya la paz de la aldea se acabó; ellos introdujeron la navaja en las cuestiones más fútiles, y ru-fianesca y miserablemente, hicieron correr la sangre, hiriéndolos por la espalda, de los mozos más bravos del lugar...

Fué su primera víctima el paisano con quien fueron a vivir. Al regresar, en horas de la noche, de un campo de romería, cogieron al paisano en el camino e hirieronle gravemente. Otra vez que pasaban a la Pola, hallaron un viejeco en un sendero con una carga de leña, y diéronle varios tajos por la satisfacción de oír sus gritos. Buscaban las reyertas por costumbre, e iban a cada momento al chigre de Martínán,—en la realidad José Loreda,—y avisaban a los mozos:

—Aquí ya no se bebe ni otra pizca...!

Y en la bolera después:

—Aquí la no se tira ni otra bola...!

Y el que bebiera la pizca y el que tirara la bola, tenía que acuchillarse con los dos...

Y he aquí que José Fernández, pacífico vecino de Canzana, venía con su mujer de Santa Rita; fueran los dos de promesa, y al penetrar en Entralgo, hubieron de detenerse delante del lagar de la Pedrosa, con el suegro de José. El suegro les pidió:

—Pasai adentro... Vais a tomar un vasín...

Tenían sed, y accedieron sin remilgos. Máximo se acercó curiosamente; la mujer de José llevaba hábito, y esto le pareció que ya era causa para armar una pendencia. José vió su intención en el momento, y díjole a su mujer:

—Anda, sal, que yo quiero despedirme...!

Salió con su suegro, a poco, e iban por la Nozaleda, cuando oyeron a Máximo gritar:

—Eh, José, dame esa mano...!

Era una frase de burla. Era la frase que lanzaba siempre para dar la puñalada. Cuando se volvió José, ya vió en su mano la navaja enorme...

—Máximo,—respondióle secamente,—ya no me meto contigo...!

Máximo avanzó sobre él. El saltó atrás y repitióle aún:

(Continúa en la página 27-)

a mi «mi misma» de hace veinte años... Eso ha sido todo...

EL DRAMA SIN PALABRAS

«París es un drama divino y terrible».

«Con lo que he visto en París podría hacer más dramas musicales que días me faltan por vivir».

«Sin vivir en París, me hubiera muerto sin comprender muchas cosas».

Darío, Wagner, Rainer-María Rilke.

Jeanne d'Argelle, una chiquilla florista a la salida del Folies-Bergère, la noche fría de París.

Los dramas de París son púdicos, no tienen ni grandes gestos; ni grandes voces. Son antiespectaculares, y para conocerlos es preci-

so inclinarse sobre ellos, provocarles la confianza, sacarlos por un brazo de su reserva. El drama sin palabras y la emoción que no se ve tienen la marca de París. Con ese drama y con esa emoción han realizado su vasta obra los dramaturgos y los novelistas de París, antiespectaculares y discretos por esencia: ellos saben que el drama no está forzosamente en el espectáculo.

Jeanne d'Argelle: perdone usted si la he traicionado en esta crónica, pero la emoción que nos dió usted anoche a Max Prax y a mí es más fuerte que mi discreción. No todos los días ve uno a Jeanne d'Argelle darse dinero a ella misma, venderse a ella misma un ramito de rosas por mil francos... a veinte años de distancia...

Mi matrimonio con Dolores Costello y el nacimiento de mis hijos

CAPITULO X

VI por primera vez a Dolores Costello, durante una prueba fotogénica a la que asistió con su hermana Elena, cuando estábamos buscando primera actriz para «La Bestia Marina».

—¡Esa es la muchacha!—dije inmediatamente.

—¿La trigueña, Elena?—preguntó el director.

—¡No, la rubia!—afirmé.

Dolores y su madre vinieron a verme, para

COMO DOLORES COSTELLO ME RECIBIO LA PRIMERA VEZ QUE LE DIJE QUE "ERA UN ANGEL".—LA HUMILDE CASA DE LA SEÑORA COSTELLO, DONDE SUS HIJAS SE IBAN A DORMIR A LAS ONCE DE LA NOCHE.—AÑO Y MEDIO DE VISITAS DIARIAS ANTES DE QUE EL MATRIMONIO SANTIFICARA EL AMOR.—CUANDO BARRYMORE LE OFRECIO UN TRAGO AL HIJO DEL PRESIDENTE HOOVER.—LO QUE DIJERON LAS ESTRELLAS ACERCA DEL PORVENIR DE LOS HIJOS DE DOLORES COSTELLO Y JOHN BARRYMORE.

Por JOHN BARRYMORE

discutir los detalles del papel, y el poder de atracción de ambas me ganó completamente. La señora Costello era de mi misma edad, una mujer admirable y de carácter dulce, simple y atenta. Nunca había encontrado, en el teatro o el cine, a nadie como ella. En su aptitud para ir hacia lo fundamental de toda cuestión, se parecía a mi hermano Lionel.

Había venido a Hollywood con sus dos hijas, que habían sido coristas en Nueva York. Y la madre y las dos hijas eran como tres dedos de una mano. Hasta que nos casamos, Dolores no se había separado de su madre una sola noche.

La filmación de «La Bestia Marina» iba todavía por su primera semana, cuando decidí que había llegado el momento de tratar de hacer impresión en Dolores Costello. Yo lucía bastante bien, con el pelo rizado y la piel cubierta de un tostado sintético. Vestía un traje romántico y me sentía romántico yo también, de manera que decidí darle el «knock-out» me acerqué a ella y le dije:

—Parece un ángel. ¿En qué está pensando?

Ella se me rió en las narices, no obstante ser yo la estrella de la película. Después me contestó con sorna:

—Pues estaba pensando en lo que voy a elegir para el almuerzo. No sé si decidirme por jamón con huevos o huevos con jamón.

—Ah! —expresé, sin poder pensar otra cosa. —Ah!... Y me alejé de ella.

A la noche siguiente, determinado a demostrarle a aquella impertinente que no se podía reír impunemente de John Barrymore, fui de visita a su casa. Y desde entonces, y durante año y medio, no dejé de ir una sola noche.

A las once, la señora Costello enviaba a las

niñas a la cama y ella y yo nos quedábamos hablando durante mucho tiempo. Eran gente modesta, que vivían en un pequeño «bungalow» sin una sola sirvienta. La señora Costello era la que cocinaba, pero estaba preparando a sus hijas para que fueran tan buenas cocineras como ella. Más tarde, cuando Dolores Costello fué mi mujer, los domingos por la noche desechaba a los sirvientes y nos cocinaba—a unos cuantos invitados y a mí—unos «spaghettis» exquisitos.

La señora Costello murió en 1929, casi un año después de que nos casáramos y antes de que naciera nuestro primer hijo.

Toda mi vida he sido yo un hombre sin navidad, pero al mismo tiempo tremendamente egoísta. Dolores me hizo pensar en algo que no fuera yo, por lo que puedo decir que tenía más de cuarenta y cinco años cuando vine a comprender la realidad de la vida. Fué entonces cuando por primera vez tuve en cuenta el punto de vista de los demás. Ahora no era cuestión de que fuera yo feliz, sino también de hacer feliz a Dolores.

Había una gran diferencia de edades entre Dolores Costello y yo, pero esa cuestión nunca la discutimos. Nuestros corazones tenían la misma edad, ya que nos gustaban las mismas cosas. Nos gustaba permanecer al aire libre, ir al campo, pescar en un barco de vela. En mi yate fuimos a Alaska, a Centroamérica y a las islas de Cocos y los Galápagos.

Nuestra hija nació el 8 de abril de 1930. Le pusimos por nombre Dolores Ethel Mae, para que se llamara como su madre, mi hermana Ethel y la señora Costello.

Cuando mi hija iba a nacer, acudí al hospital desde el estudio—donde estábamos haciendo otra vez «La Bestia Marina», ahora hablada—vestido con el traje en que acababa de matar una ballena de goma. Mis barbas y mis vestidos estaban llenos de sangre sintética, aquellos estaban mojados, rotos y sucios.

Encontré un joven que aguardaba en el hospital por razones semejantes a las mías. Estaba pálido y temblando.

—Luce como si necesitara un trago—le dije.

—No—dijo alejándose de tan horrible figura. —Para volver a sentirme bien no es suficiente un trago.

Más tarde supe que el muchacho era Alan Hoover, hijo del entonces Presidente de los Estados Unidos.



John Barrymore y Dolores Costello en su casa en Hollywood.



John Barrymore y Dolores Costello en la época de su matrimonio.



Las estrellas no están equivocadas, la hija mayor de Dolores Costello y John Barrymore seguirá los pasos de su tía Ethel, que aparece tocando el piano en esta fotografía.

Cuando Dolores iba volviendo del éter, dijeron que había sido una niña.

—Bueno! —expresó prestamente. —La última vez será un niño.

Todo lo que yo quería era un hijo, sin que me importara que fuera niño o niña. Dolores tenía el secreto deseo de traer al mundo un Barrymore. Para mí la idea de mantener la dinastía de los Barrymore me parecía tonto. ¿Qué más da que los Barrymore se acaben o sigan viviendo?

Recibimos cientos de telegramas felicitándonos por el nacimiento de la niña. Eran afectuosos, pero creí ver en algunos una nota de conmiseración, lo que me regocijó, porque yo estaba encantado con mi muchachita. A mí siempre me ha parecido que entre una hija y su padre se puede establecer un lazo de compañerismo más íntimo y cordial que entre un padre y un hijo. Probablemente la razón consiste en que el muchacho, por lo general, sabe mucho acerca «del viejo».

Unos veinte años antes, había habido mucha conmoción en la casa de Ethel con motivo del nacimiento de su hijo Sammy Colt. A mí me pareció un tanto idiota el regocijo que sólo fué cuando nació mi hijo que me di cuenta de lo que el advenimiento de un varón significaba.

En el hospital los doctores y las enfermeras predaban un niño, pero en cuanto empezaban a hablar de ello yo me iba, porque tenía miedo de que el exceso de deseo resultaba de mal agüero.

Esta vez estaba en traje «de civil» mientras aguardaba en el hospital, pero de todas maneras me sentía como un tigre en su jaula.

Por fin, desde el recinto donde se hallaba Dolores vino un grito, seguido de un rumor de fiesta, como si el «team» de futbol de la localidad se hubiera anotado una victoria. En seguida apareció una enfermera con las manos volando por los aires, quien me gritó: «¡Es un niño!»

La cogí entre mis brazos y le pregunté: —¿La ha besado alguna vez un actor de cine?...

—Por Dios, no! —me dijo.

—Pues esta va a ser la primera vez —le dije, uniendo la acción a la palabra.

Tan pronto como vi al niño y supe que su madre estaba perfectamente, me volví loco con paternal orgullo y durante varios días anduve por todo Hollywood haciendo alarde de que tenía un hijo.

LA RESPONSABILIDAD DE TENER UN HIJO

Durante varias semanas, antes del nacimiento de mi hijo, no me había tomado un solo trago, y después del gran acontecimiento tampoco me lo tomé durante muchas otras. En cierto modo, el nacimiento de mi hijo me había cambiado completamente.

Cuando nace una hija, los padres no sienten el mismo grado de responsabilidad que cuando nace un varón. Yo me sentí embargado por el sentido de mi obligación moral. Algo, dentro de mí, me repetía continuamente: «No debes hacer nada que haga que un día tu hijo se sienta avergonzado de tí».

Tengo la seguridad de que si mi hijo hubiera nacido veinticinco años antes, yo hubiera sido un John Barrymore distinto.

Esta vez los telegramas vinieron en mayor cantidad que nunca. Yo estaba agradablemente sorprendido al ver el interés que unas personas a quienes nunca había conocido, mostraban por el nacimiento de un nuevo Barrymore, que, según decían en sus mensajes, continuara la tradición de la familia en el teatro.

Y lo sentí un poco por él. El hecho de que millares de personas lo estimaran obligado a continuar la tradición familiar, era ya algo así como una esclavitud que se le imponía a la criatura, cuyas ideas acerca del hecho podían ser muy distintas cuando tu-

viera edad para resolver por sí mismo.

Un amigo mío se comunicó con uno de los astrólogos de más reputación, que reside en Londres. El le aseguró que mi hijo se sentirá inclinado hacia la química, y que si se dedica a las ciencias obtendrá mucha fama. Su horóscopo dice también que será estudioso y que tendrá facilidad para aprender. Será muy aficionado, de acuerdo con el astrólogo de referencia, a la música y al drama.

LAS ESTRELLAS DICEN QUE MI HIJA SERA UNA ACTRIZ

El horóscopo indica también que mi hija Dolores Ethel Maé será una actriz. Y si las estrellas lo dicen, nosotros los humildes humanos no podemos oponernos...

Lo único que garantizo es que si mi hijo se siente inclinado a la química, no seré yo quien trate de encauzarlo por otro camino. En cambio, si quisiera ser un actor, tendría que oír mis prudentes consejos antes de que se decidiera a ello.

Cuando mi hijo llegue a la edad de 21

años no habrá ya Barrymores varones en el teatro. Ethel se habrá retirado a su casa de Long Island y Lionel se sentirá feliz lejos de la gente, entregado en cuerpo y alma a su música y sus grabados. Pero mi hija Dolores, si su horóscopo amerita los cincuenta dólares que pagué por él, por entonces debe encontrarse en Nueva York y en pleno triunfo. Su madre y yo la admiraremos y la querremos mucho.

MUY BREVES

PUNTUACION TRASCENDENTAL

Una vez Margaret Anglin dejó una nota en el peinador de la señora Fiske que decía:

«Margaret Anglin dice la señora Fiske es la mejor actriz de los Estados Unidos».

La Fiske devolvió el mismo papel a Margaret Anglin agregando 'dos comas:

«Margaret Anglin, dice la señora Fiske, es la mejor actriz de los Estados Unidos.»

(Your Life).

Sus dientes en pocos días tendrán una blancura resplandeciente si los limpia con la pasta DENTOL. Adquiera hoy mismo un tubo y quedará convencido de las bondades de esta exquisita pasta. Fabricada según los trabajos de Pasteur destruye todos los microbios nocivos de la boca, dejando un perfume agradable y una sensación de frescura persistente.

Dentol

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢

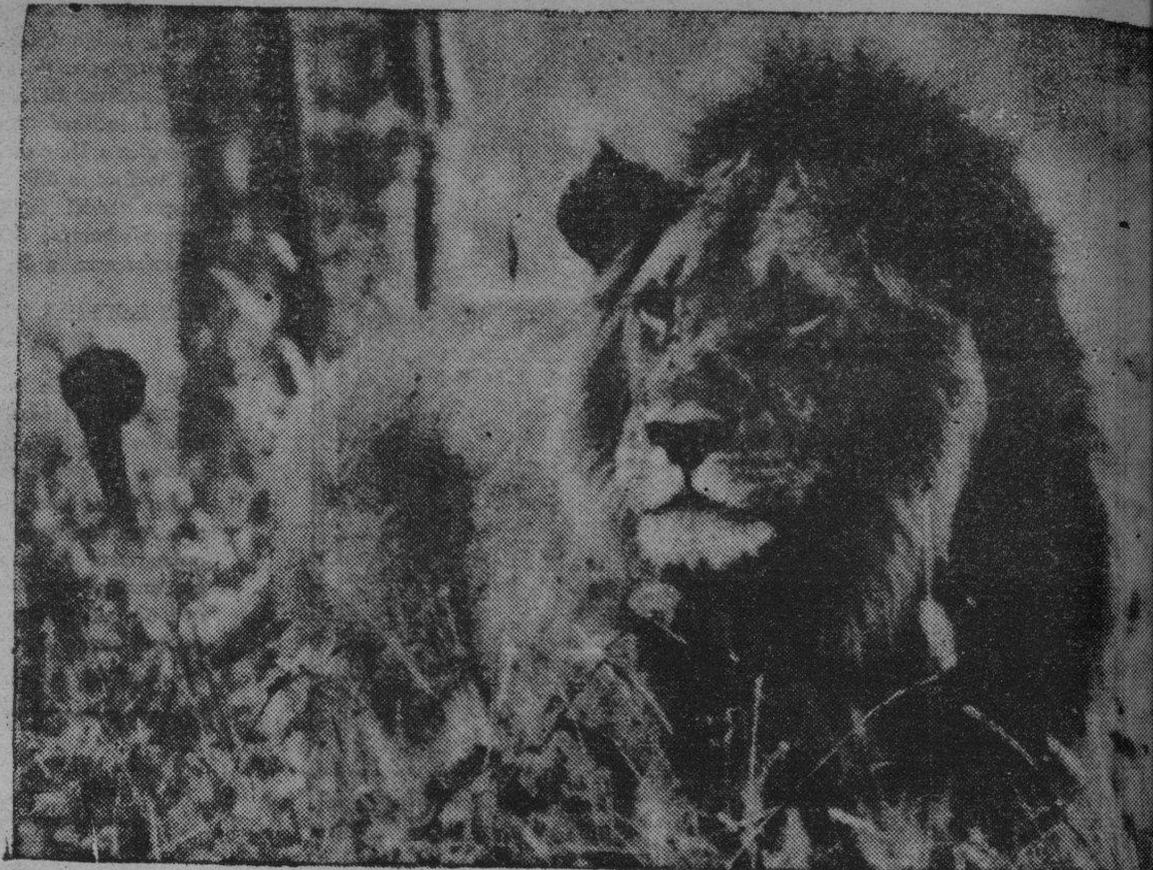
Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

LA FEROCIDAD DEL LEON AFRICANO

MI esposa y yo nos hacíamos ilusiones acerca del león. cuando salimos para Tanganyka, Africa Oriental Británica. Habíamos visto muchos leones, fotografiado unos cuantos y sido atacados por tres o cuatro. Sabíamos que los expertos consideran al león como la fiera más peligrosa de todas; que en ocasiones el león devora al hombre y que, por hábito, es un asesino cruel. A pesar de lo cual nosotros no compartíamos el prejuicio popular contra el león. En los primeros años, cuando más veíamos del rey de las fieras, más caballeroso nos parecía. Quiero decir con ello que el coraje y la

NUESTRO VECINO MAS CERCANO

Era una bella bestia, de color oscuro que unas veces tiraba a negro y otras a gris. Su hocico era simpático, todo lo simpático que puede ser el hocico de un león. Porque no importa lo benevolente que un león pueda aparecer, siempre tiene algo cruel en los ojos.



En el PAIS de los LEONES

inteligencia que se encuentra en algunos seres humanos de prestigio, también alcanzan al león.

El león es peligroso, pero también lo son los volcanes y hasta los mismos rayos del sol, cuando uno les ofrece una intimidación imperceptible. Un león pelea como un demonio y en ocasiones sigue embistiendo después de que le han atravesado los pulmones y el mismo corazón, pero esa misma bravura la poseen algunos seres humanos. Mata a otros animales y los devora, porque necesita comer. También lo hacemos nosotros. Pero un león no mata más que para alimentarse y no por afán de hacer daño. En eso difiere de muchos hombres.

Un león plenamente desarrollado pesa entre cuatrocientas y quinientas libras. Sus músculos son fuertes y sus huesos relativamente pequeños, pero sólidos como rocas. Comparado con otros animales, es altamente especializado. Quiere decir que siempre es dueño de la situación porque se mantiene alerta

¿ES REALMENTE EL LEON LA FIERA MAS PELIGROSA QUE EXISTE?—CUANDO UN LEON MATO A MR. GEORGE GREY, HERMANO DE SIR EDWARD GREY, EL POLITICO DE INGLATERRA.—QUIEN SE ACERQUE A MENOS DE DOSCIENTAS YARDAS DE UN LEON, ESTA PERDIDO.—UN LEON AL QUE HUBO QUE DARLE VEINTICINCO BALAZOS PARA QUE MURIERA.—LA ESTRATEGIA DE LOS LEONES EN LA LUCHA.—LOS LEONES SON MUCHO MAS PELIGROSOS DE NOCHE QUE DE DIA.

Por MARTIN JOHNSON

y físicamente es también competente. Sus quijadas son, en proporción, más cortas que las de otros miembros de la familia de los felinos, y ese es el motivo de que sean más

fuertes. Sus dientes más importantes son sus cuatro colmillos de efectos de daga y sus cuatro afilados premolares. Ninguna otra fiera está tan bien equipada para destrozarse a su

víctima como el león con sus tremendas mandíbulas y sus ocho dientes asesinos.

Se ha discutido mucho acerca del poder del león comparado con el de otros animales peligrosos tales como el tigre, el búfalo, el oso y el elefante. Las circunstancias cambian, tanto entre unos y otros que es difícil, si es imposible, establecer una regla. Pero se puede decir que si un león macho, completamente desarrollado y sano, ataca fieramente, el cazador tiene motivos para no sentirse a gusto. Si de pronto un león estira la cola, ruga o ataca, no hay nada que se le iguale en ferocidad, atrevimiento, vitalidad y crueldad.

Nosotros conocíamos las tragedias más recientes en que figurara un león. Una de las peores fué la de George Grey, el hermano de Sir Edward Grey, quien fué horriblemente mutilado por un león en las llanuras de Kenia en enero de 1911. Sir Alfred Pease, un gran cazador de leones estaba con él. Pease cuando cazaba leones a caballo, nunca se aproximaba a más de doscientas yardas de distancia de la fiera. Pero Grey, olvidando los consejos de su amigo en el entusiasmo de la caza, galopó hasta unas noventa yardas de un león que huía. De repente la fiera se echó encima y lo destrozó.

La partida estaba integrada nada menos que por siete hombres blancos, fuertemente armados, y una gran cantidad de nativos. El terreno era llano, lleno de la hierba y los matorrales que los leones usan como escondite. A primera hora de la mañana un grupo de una docena de leones había sido descubierto inmediatamente se había puesto en fuga, disminuyendo por la llanura, cuando uno fué herido por los cazadores. Pero no se fueron sino que se escondieron en lugares estratégicos.

De pronto Grey descubrió a un par de ellos y comenzó a perseguirlos al galope. El más cercano de los dos marchaba solamente a unas cien yardas de él. Pease hizo todo lo pudo para auxiliarlo, pero estaba demasiado lejos y el hecho ocurrió con excesiva rapidez. Tras de unos cuantos minutos de persecución el león se debió dar cuenta de que Grey estaba solo. Y con su agilidad extraordinaria se dió vuelta y cargó sobre él, sin que Grey pudiera anticipar la carga. Cuando vio venir a la fiera paró en seco el potro, se



CUANDO ARRIBAMOS EN NAIROBI

Una notable reunión de africanos orientales. De izquierda a derecha: Leslie Tarlton, uno de los cazadores blancos más viejos; Pat Ayre, del Museo de Historia Natural. Mr. Robert H. Rockwell, también del Museo de Historia Natural; Al Klein cazador blanco y fotógrafo; Mr. Barnes, cazador; Mr. Maxwell, autor, fotógrafo y cazador de fieras; Blayne Percival, de quien se habla en este artículo; Daniel Pomerey de Nueva York; Mrs Martin Johnson, Oscar Thomason, vice-cónsul norteamericano y Martin Johnson

rápidamente del caballo y disparó su rifle sobre el león a veinticinco yardas. Pero el tiro tuvo efecto, ni tampoco el segundo disparo a boca de jarro, cuando el león estaba a cinco pasos. Casi instantáneamente la fiera cayó sobre el cazador, destrozándolo materialmente con dientes y garras. Los compañeros de Grey espoleados sus cabalgaduras y a toda carrera llegaron al lugar del suceso en un minuto. Otro león había desmontado, llegó también a la cabeza al mismo tiempo que los otros. El león se había acercado a unas noventa yardas y comenzaba a dar síntomas de que se iba a cargar, enderezando la cola y bajando la cabeza.

Los disparos a una distancia de diez yardas con un rifle de gran potencia, sólo sirven para que el león atacara con mayor furia a su víctima. Por supuesto, las balas habían perforado lugares vitales de la anatomía de la fiera, pero lo cierto es que no había resistido sus efectos. Entonces Sir Percival puso el cañón de su rifle en la cabeza del león, que cayó, al fin, sobre el cuerpo san- to de Grey.

En esos momentos un rifle se había inundado y el otro no tenía más balas en el depósito. Suerte grande fué que el otro león no cometiera, sino que decidiera huir. Durante dos días Grey se debatió entre la vida y la muerte, y al cabo sucumbió a resultas de espantosas heridas.

Como ejemplo de las tácticas que emplean los cazadores cuando están en terreno donde pueden perderse, relataré una cacería que tuvo lugar hace algunos años, en la que los cazadores montaban caballos que habían sido comprados en otras cacerías de leones.

Como las fieras habían atacado a los nativos y sus ganados, los hombres blancos que se encontraban en la vecindad organizaron una cacería en círculo, marchando en sus caballos en direcciones distintas. El campo tenía muchas espesuras en algunos lugares. Pronto se presentó una dificultad, mataron un león e hicieron un agujero. El hecho, desgraciadamente, hizo que los cazadores de excesiva confianza.

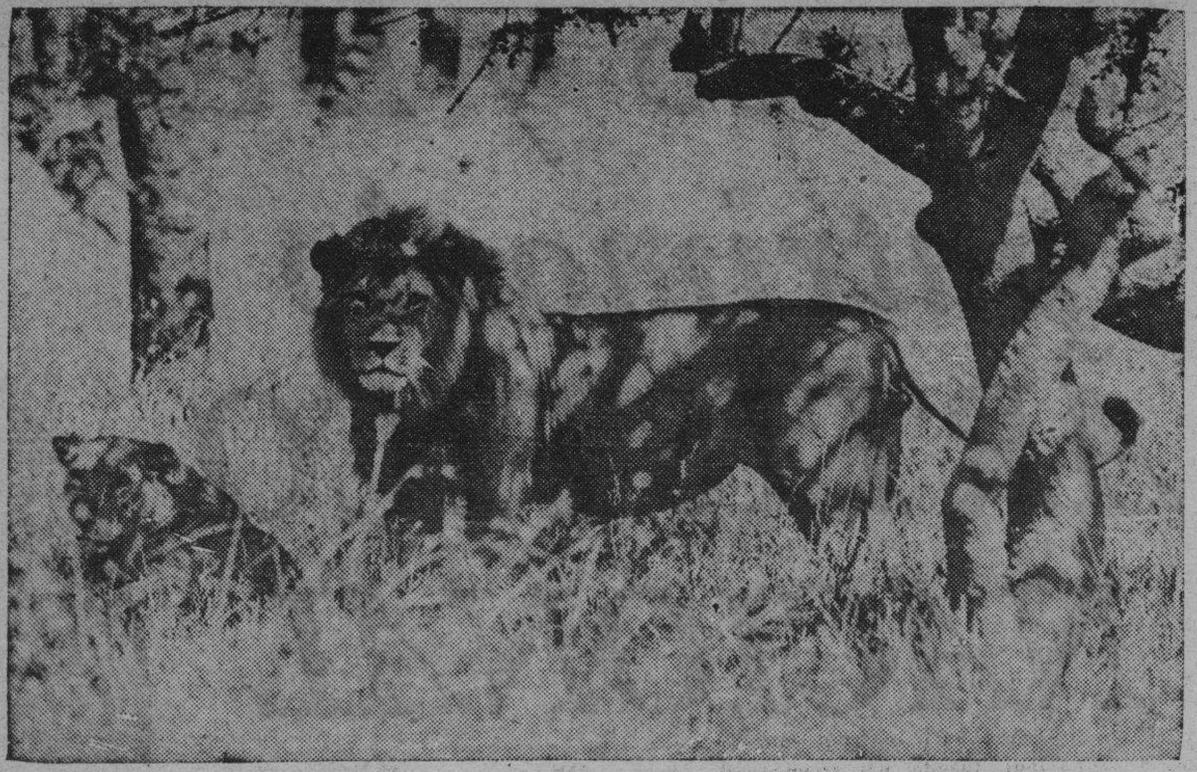
El león herido se metió entre unos matorrales de los que el líder de la partida, montado en un caballo, trató de sacarlo. Varios tiros fueron dados al león a través de la maleza, pero sin efecto. En lugar de liquidarlo, lo llevó a la cabeza del caballo. Mientras el jefe disparaba otras dos veces, el león des- cubrió la cabeza del caballo, dejándolo tuer- to. Por supuesto, la pobre bestia huyó des- morrida.

El segundo cazador se acercó en su caballo y otra vez el león atacó y fué herido gravemente, a pesar de lo cual se retiró al momento. Los cazadores creyeron entonces que el león estaba en tan mala condición que no podían desmontar e ir a buscarlo. Tres días fueron y provistos de sus armas se acercaron a la fiera. Pero el león volvió a atacar a uno de los cazadores, con tal velocidad que una sola de las balas lo alcanzó, desgarrando y mordiendo a su víctima. El cazador hacía un mal blanco para los otros, pero al ver que se hallaba a unos cuantos pies de distancia, se retiró. Finalmente uno de los hombres le cogió el cañón en el costado y le atravesó el pecho. El león cayó muerto sobre el ca- ballo de uno de cuyos brazos había destrozado. Cuando se le descuartizó se comprobó que había recibido veinticinco balazos.

El amigo Blaney Percival, comisionado de la Africa Oriental Británica, tuvo una escapada semejante, en idénticas circunstancias.

El día de la madrugada de un día de Pascuas le dio un ataque de fiebre y se le cayó encima una batida a los leones en una zona de márgenes de un río cercano. Y cuando el león se presentó ante su vista, lo mató con un magnífico tiro a la cabeza. En ese momento apareció un segundo león y otra vez se puso en juego su rifle, derribándolo al suelo. El león se levantó inmediatamente y se puso a rugir sobre el cazador. Detrás de él estaban varios nativos con lanzas y escudos, que esperaban finiquitar al asesino

AMANTES.
 No daba lástima la leona, que en los dos días que se quedó allí, muchas veces trató de irse. El macho, sin embargo, la agarra por el cuello y la arroja al suelo...



de sus ganados, que constituía un gran peligro para sus mujeres y sus hijos. El león estimó que era prudente usar otra táctica y se retiró, y cuando Percival y los nativos lo buscaron, no lograron encontrar-

lo, por lo que se dedicaron a desollar al león muerto. Cuando terminaron el trabajo sin que el león herido hubiera reaparecido, buscaron cuidadosamente por los alrededores. Y de pronto

el león apareció frente a Percival, quien le hizo un disparo sin resultado. Otra vez desapareció el león y otra vez lo buscó Percival, caminando muy lentamente, ya que no desconocía el peligro. Y a unas treinta yardas se presentó otra vez la fiera, rugiendo horriblemente y con la boca abierta. Lo apuntó cuidadosamente y creyó que lo había matado, pero con la mayor de las sorpresas vio como el león se retiraba de nuevo.

Percival, con toda precaución, siguió buscando por entre las cañas y de pronto apareció la cabeza de la bestia a unas tres yardas de él. Percival disparó al pecho del león, pero antes de que el humo desapareciera, la fiera lo había arrojado al suelo. Cuando se pudo dar cuenta de lo que le pasaba, notó que el nativo que llevaba sus armas se había colocado entre él y el león, y recibía las acometidas de éste. Sin perder un momento la cabeza, se apoderó de nuevo del rifle y apoyando su cañón en la cabeza del león, le disparó el tiro definitivo.

Tales incidentes ponen de relieve que el león usa de estrategia para atacar y se retira cuando cree estar en desventaja para reaparecer luego. Pero todos los hechos que he relatado han ocurrido durante el día, cuando el león no hace su mejor pelea. Por la noche es cuando se muestra más peligroso.

Los casos que podría citar harían esta narración interminable. Me limitaré ahora a decir solamente que en el país de los leones, donde los nativos son negros sin ninguna cultura, el coraje humano ha superado en muchas ocasiones a la ferocidad de la bestia.

Yo he visto nativos desnudos, recibir el ataque de los leones sin más arma que una lanza ni más protección que un escudo de cuero. Pease me contó de un muchacho que, mientras pastoreaba sus camellos, fué atacado por un león. El muchacho, solo, combatió contra el león siendo muy herido por la bestia y estando a punto de ser muerto. Sin embargo, fué él quien mató al león y salvó a los camellos.

También conozco el caso de Lord Delamere que fué atacado por un león cayendo bajo la bestia que trató de arrancarle una pierna. Un muchacho nativo corrió hacia él y agarró, con toda bravura, la cabeza de la fiera haciendo que el león se lanzara sobre él. El muchacho fué muy maltratado por la bestia hasta que un cazador la mató de un tiro, pero sobrevivió sus heridas tras de haber salvado la vida de su amo.

Como dije al principio, mi mujer, Osa, y yo, nos internamos en la tierra de los leones con los ojos abiertos. Los incidentes que he mencionado no son nuevos, pero demuestran el carácter de los animales entre los cuales habíamos de vivir para fotografiarlos. Todo lo que nos ocurrió en el viaje, es lo que voy a relatar a continuación.

PALACIO VALDES

(Continuación de la página 23)

—No me comprometas, Máximo...! Déjame continuar, que voy en paz...!

Pero al verle acercársele otra vez, José abrió una navajita y dispúsose a la espera. Máximo tiró un corte y le falló. Lo esquivara José, ya cara a cara, y se arrojó sobre él rápidamente, y hundióle la navajita con toda la bravura de su puño. Máximo echó el brazo atrás, para abrirle el estómago a José; pero cogióle la navaja el suegro, sin reparar en el filo, y aún con los dedos cortados, evitó la tremenda puñalada. Herido en el corazón, tambaleóse Máximo un instante, y cayó al suelo de golpe. En el suelo aún clamaba con afán:

—José, llégate acá, dame esa mano...!

Así terminó Plutón. De José, refirieron los vecinos a la hora de la justicia, que se debiera concederle un premio, como matador de un lobo... Joyana dejó el lugar, hizo vida de mina en otros sitios y fué muerto también violentamente...

EL CORO DE LA TRAGEDIA

Y Celso...? Quién era Celso...? Son muchas las figuras de este libro que despiertan simpatía: el valeroso Bartolo, el artificioso Quino, el generoso Jacinto, el mirífico D. Lesmes... Pero al fin qué fué de ellos...? Quiénes eran...?

Bartolo no era Bartolo: se llamaba Jerónimo de Entralgo. Era hombre fuerte, divertido y noble. Placiale mucho la risa, que daba a su semblante y a su espíritu un triunfo de juventud. Su madre, la tía Jerona, tampoco era Jerona, que era Irene. Cuando le recordaban su odisea a lo largo de este libro, todo se le volvían carcajadas a Jerónimo de Entralgo, menos cuando se hablaba del tonel...

—Mira que lo del tonel...!—le contaban con sorna los amigos.—Mira que refugiarte en un tonel, cuando iba Firmo «por tí...»!

Jerónimo de Entralgo se irritaba: —Coímes, eso ye mentira...! Eso fué una invención de D. Armando, pa tentarme la pacencia...!

Firno, en la realidad Fermo Fernández—, fué hijo del Mayorazgo de Rivota-Quino, —Silverio González—, se escapaba de Entralgo con frecuencia, a pasar temporadas en Oviedo con un hijo suyo, Luis. Jacinto—Jacinto Alvarez—, vecino de Fresnedo, ciertamente, se casó con Romana, y no con «Flora». Regalado, el mayordomo, llamábase Cayetano, y en «Solo», novelita primorosa, vuelve a meterlo el autor: es el Fresnedo pescador de truchas que va al río con Jesús... En

esto de pescar truchas, Cayetano en efecto era tan hábil, que había conseguido ama. El «pozo de Tresagua» de la obra era en la Cuanya un remanso, y a él iba muchas tarde con el niño, Jesús en la novelita, y en la verdad histórica Armandín...

I Lesmes se llamaba Feliciano, y era hombre de buen bolsa, que dejó al fallecer treinta mil duros... Celso se llamaba Sixto, y es de los personajes de la obra más queridos del autor. Celso se llamaba Sixto, y hubo de dejar su aldea para asentarse en Mieres, de sereno. Fuera efectivamente a Andalucía en tiempos de juventud, y tornara añorando los gazpachos, e imitando las palabras. Con su abuela tronaba a cada instante:

- Me quiere usted dar la hoz...?
- Bueno, y qué ye la hoz, vamos a ver?
- Eso que tiene usted ahí...
- Esto llámase la foz...!
- La hoz...!
- La foz...!

Y zipizape al canto...

Toribión—Juan de Pedro, de Llorío—, era en efecto un atleta. De D. Prisco, el cura párroco, que adoraba la baraja, también habla el autor en sus memorias. Le denominan D. Marcos, y perdiera D. Marcos su fortuna en los azares del juego. Y diéronle a Armandín una perrita que se llamaba Peseta, y tras mimarla con ternura plácida, Peseta se le escapó. Iba por esta causa gembundo, cuando encontró al «capellán».

—Ay, D. Marcos, —contóle tristemente —se me escapó la Peseta...!

Y contestóle D. Marcos:

—Hijo del alma, si supieras cuántas se me escaparon a mí...!

Madrid, entre las garras de los monstruos... D. Armando se muere en un cuartillo, de años y de consunción. Todo es espanto en la calle; hay gritos de terror y ayes de angustia, silbo de balas y explosión de bombas. Acaso D. Armando esté tejiendo la novela de su infancia, en la aldea feliz de prados verdes, que aún no mancilló la mina. Quizás platicara con Nolo, y con Jacinto, y con Flora, en efusividad incontinente de delectación serena... Dulzuras de escaño limpio; brisas de sabor eglógico; risas de ingenuidad acarriante...

Acaso D. Armando piense así: —Ay, mis amores del alma...! Y entonces, llega Plutón...

Saqueo y Destrucción del patrimonio artístico nacional

Organización para el delito.—Preparación cuidadosa de los Jejes.—Los tesoros de las Iglesias de Barcelona.—El Museo del Prado de Madrid.—Datos importantes para la Historia.



TOLEDO.—Convento de S. Juan de la Penitencia.— Fundado en el Siglo XVI, destruido por los rojos. Desapareció cuanto había en él.—Coro bajo; la Flagelación (detalle) pintura en tabla del Siglo XVI desaparecida.



La Virgen de Belén, relieve escultórico de Mena, una de las más grandes obras del escultor, que desapareció en el incendio de la Iglesia.

EL robo, en su exacta significación penal, fué el ideal del Gobierno rojo desde el primer día de la Revolución. Se ha denunciado reiteradamente el hecho. Se ha demostrado con pruebas irrefutables. Testimonios imparciales existen para ratificarlo. La misma publicidad del reparto del botín entre los rojos y las discrepancias entre éstos respecto al reparto, evidencian el delito a que se dedicaron. Recuérdese que en los primeros meses, era detenido cuando huía a América, un jefe de Policía marxista, García Atadell, autor de asesinatos y latrocinios en gran cantidad, y que ahora, al final de la guerra, cuantos jefes militares y comisarios políticos atraviesan la frontera francesa, son portadores de joyas, piedras preciosas y objetos de arte robados al Tesoro Artístico Nacional. Las llamadas autoridades ministeriales del Gobierno rojo han sido las primeras y principales en la comisión del saqueo. Así, en la caravana de huidos de Cataluña a Francia figuran, ante todo, los Ministros y dirigentes portadores de enormes riquezas que no les pertenecen. Y hasta el jefe del Gobierno huyó con varios cofres atestados de oro y alhajas, de propiedad de aristócratas asesinados en las checas; el doctor Negrín en su huida de Barcelona dejó abandonado, por imposibilidad de transportarlo en la desorganizada fuga, un cajón conteniendo joyas en abundancia y entre ellas dos coronas de imágenes religiosas.

En la revolución comunista española se dió esta característica desde el primer momento. Las masas revolucionarias se lanzaron a la revuelta callejera, a la destrucción, al incendio y al asesinato. Los jefes, inductores de la horda desenfrenada, se reservaron la tarea de organizar inteligentemente el robo en alta escala, y de discriminar, con completo conocimiento y tranquilidad, qué objetos habrían de merecer, por su valor, las primicias del expolio.

Y de esta manera, mientras las turbas destrozaban ciegamente iglesias y palacios, los dirigentes se aprestaban a repartirse, a sacar

de España y a venderlos para su provecho los museos particulares y oficiales de la España en llamas. Aquellos bárbaros rompieron lienzos y tallas y prendían fuego a los templos, con diabólico furor, destruyendo por tanto totalmente cuanto había de arte en las iglesias. Pasan de veinticinco mil los templos que han sufrido los efectos destructores de la impiedad marxista. Estos, lo desvirtuando con la hipócrita afirmación de que aseguraban el arte de los efectos de la guerra, desalojaron los museos y galerías, de cuanto tenían, y repartieronlo como la ganancia personal en el río revuelto de la revolución.

Unos y otros han conseguido la casi total desaparición del Tesoro Artístico de España, que era cuantiosísimo. Es absolutamente imposible enumerar y mucho menos evaluar lo destruido por los marxistas en las comarcas ocupadas por éstos durante la actual guerra. Se trata de una catástrofe que no tiene precedentes en la Historia Moderna en ningún pueblo. Para darse idea de la magnitud de la pérdida sufrida por el arte español, repitamos que los rojos han quemado en general todos los templos de las poblaciones ocupadas por ellos y que las iglesias son en España verdaderos museos llenos de riqueza de inestimable valor. Estas quemaduras y destrucciones no constituyen un fenómeno peculiar de la guerra sino que comenzaron con el advenimiento de la República y continuaron al día siguiente del advenimiento del Frente Popular.

Generalmente el incendio alcanza a las partes de madera del edificio, techumbres, arcos, tesonados, altares, esculturas, etc.,. Frecuentemente cuando el edificio está totalmente destruido en piedra ha resistido y ha sido empleado entonces como almacén, garage, salón de espectáculos, lugar de baile público y cárceles para detenidos derechistas.

No es posible todavía hacer una catalogación de los monumentos destruidos que así se cuentan como hemos indicado a un espantoso número. A modo de ejemplo, y limitándonos a reseñar algunas provincias, citemos que en Madrid fueron quemadas la bella Catedral barroca y varias iglesias entre las



Otro cuadro del Convento de San Juan de la Penitencia. Fundado en el siglo XIV. Fué destruido por los rojos, desapareciendo todo cuanto había en el Coro bajo. La Resurrección (conjunto), pintura en tabla de siglo XVI, de escuela española, Desaparecida.

cuales la más importante es la interesantísima parroquia de San Andrés, verdadera obra maestra del barroco madrileño. En Toledo ha sido destruido por las minas y la artillería marxista, el Alcázar medioeval, con sus importantísimas edificaciones del tiempo de Carlos V y Felipe II. Al intentar volar el Alcázar se destruyeron, entre otras cosas de valor, las vidrieras de la Catedral, del siglo XVI. Ha sido quemado el Convento de San Juan de la Penitencia, con maravilloso artesonado del siglo XV, de estilo mudéjar y ha sufrido grandes daños el Hospital de Santa Cruz de Mendoza, joya del Renacimiento. En la misma provincia de Toledo, fueron quemadas las esculturas del Hospital de la Caridad (Illescas), atribuidas al Greco y destruidas en otras iglesias imágenes de extraordinario valor.

Entre las iglesias incendiadas en Barcelona se cuentan ejemplares admirables del gótico catalán, como Santa María del Mar, Santa Ana, Santa María del Pino y otras muchas. En Vich, la Catedral fué incendiada, destruyéndose las pinturas geniales de José María Sert y una gran parte del Museo Episcopal, riquísimo en tablas de los siglos XIII, XIV y XV. En Valencia ardieron parte de la Catedral y siete de las más bellas iglesias, entre ellas de los Santos Juanes, cuyo techo, pintado por el pintor barroco Palomino, constituía acaso la más espléndida decoración de este género que existiese en España. En Castellón de la Plana fueron demolidas por orden del Ayuntamiento de la ciudad, todas las iglesias antiguas de la misma, ejemplares muy interesantes, especialmente la Arciprestal de Santa María, del siglo XIV y fué quemado en la plaza pública el rico archivo parroquial.

Una de las pérdidas más importantes para el arte español es la destrucción del Monasterio de Sigüenza, en la provincia de Huesca, fundado por la Reina Sancha de Aragón en 1183. Han desaparecido para siempre los artesonados mudéjares de la Sala Capitular, las esculturas renacentistas de Damián Forment y sobre todo las pinturas italianas del siglo XIV.

En Sevilla, durante las horas en que la

ciudad estuvo bajo el dominio marxista, fueron incendiadas la iglesia de San Gil, mudéjar, del siglo XIII; San Román, mudéjar, del siglo XIV, con bellas obras de la escuela sevillana de escultura; San Roque, neoclásica, del siglo XVIII; Santa Ana, gótica del siglo XIII. Fueron saqueadas y destruidas las obras de arte que contenían las iglesias de Nuestra Señora de la O, San Bernardo, Inmaculada Concepción, Santa Marina, San Marcos, San Juan Bautista de la Palma, Santa María del Monte Sión, y Convento de Mercaderías de la Visitación. En la provincia de Sevilla han sido quemadas, con las obras de arte que contenían, la Ermita de Nuestra Señora del Águila, del siglo XIV; la iglesia de San Sebastián y la de Santiago, del siglo XV; la iglesia parroquial de Constantino, del siglo XIV, cuyo altar mayor del siglo XVI era una maravilla. Han sido saqueadas y destruidas sus obras de arte de las iglesias de Alanís, Cazalla de la Sierra, Guadalcanal y Morón de la Frontera, que figuraban entre las más ricas, bajo el punto de vista artístico, de toda Andalucía. La misma suerte han corrido las iglesias de Aguadulce, Alcolea del Río, Agalmatas, Arabal, Aznalcázar, Aznalcóyar, Baldatosa, Brenes, Cantillana, Carmona, Casariche, Coria del Río, los Corrales, Gerena, Herrera, Loral del Río, La Luisiana, El Madroño, Mairena del Alcor, Marchena, Matigaléda, Martín de la Jara, Los Morales, Montellano, Las Navas de la Concepción, Paradas, Peñaflo, Pruna, Puebla de Cazalla, Puebla de los Infantes, Puebla del Río, La Roda, El Rubio, San Nicolás, El Saucedo, Tozina, Utrera, Villanueva del Río, Villanueva de San Juan y el Viso del Alcor.

Esto mismo ha sucedido en todas las provincias españolas que han estado o están sujetas a la espantosa tiranía marxista. Hay que hacer notar el furor de los revolucionarios contra las estatuas de la Madre de Dios, que ocasionó la destrucción de obras de arte excelsas. Las profanaciones del Santo Sacramento llevaron como consecuencia la destrucción de altares y tabernáculos. Frecuentemente, en los comienzos de la Revolución, se hacía una hoguera en la misma iglesia o delante de ella y a esta hoguera se arrojaban imágenes de talla o cuadros, cualquiera que

fuere su antigüedad o valor artístico, altares, ornamentos sagrados, libros, documentos, etc. La destrucción de iglesias y obras de arte religioso se hizo en la España roja de una manera sistemática, sin que el gobierno republicano hiciese nada por impedirlo.

Además del enorme montón de ruinas, imágenes destrozadas, lienzos rasgados con cuchillos o bayonetas, hay que contar la gran cantidad de cuadros, de fama mundial, mandados al extranjero: unas veces para el pago de material de guerra, otras veces, las más, para el provecho particular de los dirigentes rojos. Entre las obras maestras así prodigadas y perdidas, puede contarse el cuadro de Goya mandado por Negrín a la señora de Roosevelt, y otros envíos de este estilo, como obsequio a individuos determinados, para agradecer, sin duda, gestiones aun desconocidas.

Son, por otra parte, frecuentísimas las noticias de la zona roja dando cuenta de la salida al extranjero de cuadros de los principales museos, especialmente del Museo del Prado de Madrid. Actualmente, está completamente saqueado este Museo incomparable, y la mayoría de las obras están en paradero desconocido.

Para darse idea exacta del desprecio del Gobierno rojo por cuanto represente objeto artístico, basta la orden del ministerio de Hacienda del 15 de noviembre último, ordenando la entrega inmediata de todos los monetarios, con el fin, indudablemente, de fundir cuantas monedas de oro y plata se encuentren en ellos, sin tener en cuenta su elevado valor histórico.

Frente a tanta barbarie, se alza el Servicio de Recuperación del Patrimonio Artístico Nacional, dependiente del Ministerio de Educación. Realiza éste una muy meritoria labor

para localizar, recuperar y reparar cuantas obras de arte abandonan los rojos en las ciudades que pierden. Desde Extremadura hasta Levante, el personal de este servicio ha recorrido los pueblos y ciudades restañando en lo posible las heridas abiertas por los rojos en el arte español. Mr. Michael Stewart, Conservador del Museo Victoria Alberto de Londres, ha sido testigo de la considerable tarea llevada a cabo por las autoridades nacionales. Mr. Stewart realizó en noviembre pasado un viaje de inspección por la España Nacional y comprobó la bárbara huella destructora del marxismo, y elogió los servicios de recuperación artística, calificando sus actuaciones como un verdadero record para la preservación del arte en tiempos de guerra.

PENSAMIENTOS

Los vicios se cuentan entre las cosas más viejas en este mundo y sin embargo no hay constancia de que uno solo de ellos haya desaparecido.

o o o

La muchacha más popular es la que no sabe cantar ni tocar y sabe que no sabe.

o o o

Más vale una onza de hechos que una libra de fantasías.

o o o

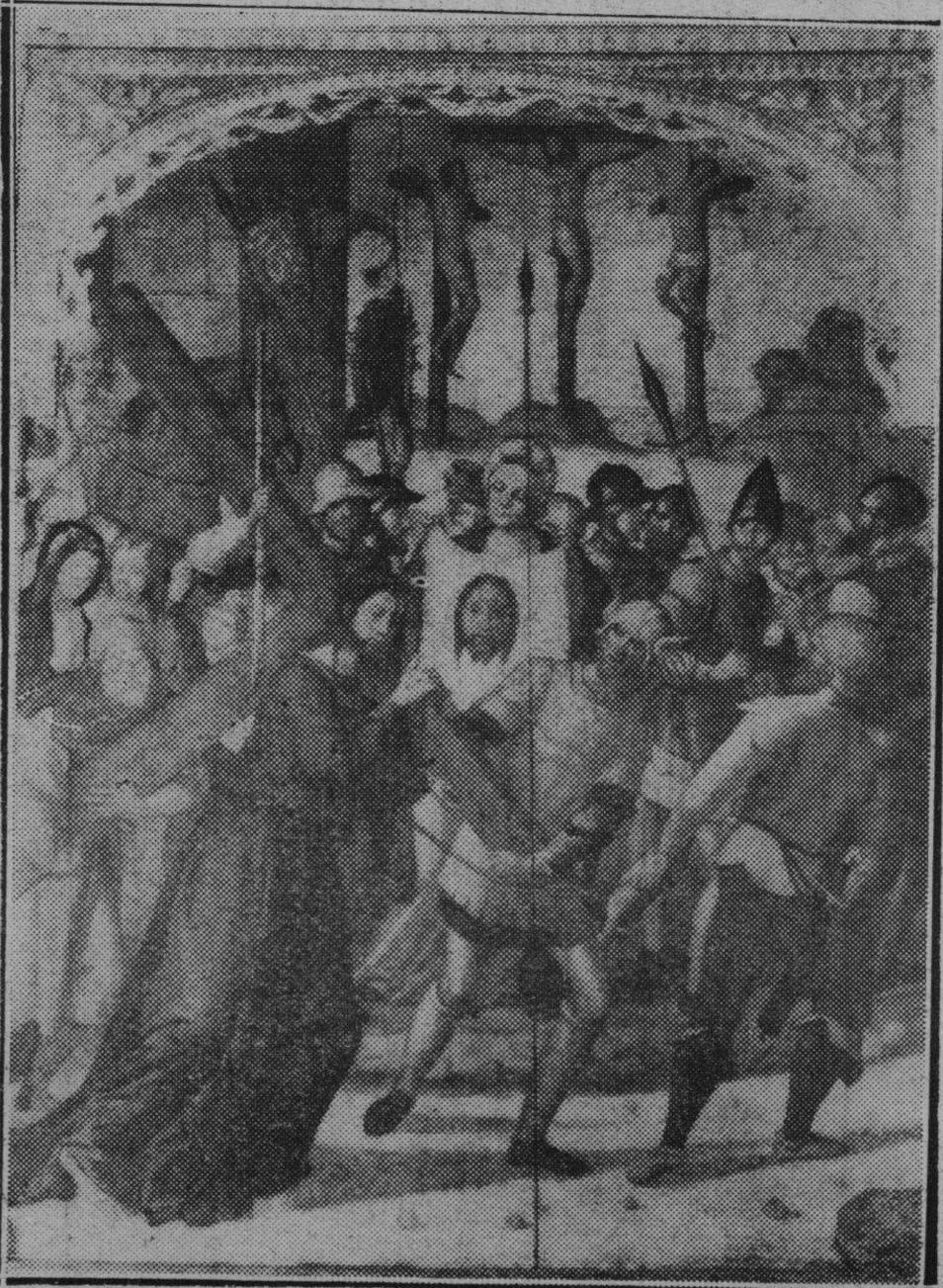
No podemos dar la espalda al sol sin echar una sombra.

o o o

Las lágrimas son el grito de guerra de una mujer enfurecida.

o o o

Mucha gente es como este globo que habitamos, vacío en los polos.



TOLEDO.—Convento de San Juan de la Penitencia. Fundado en el Siglo XIV. Fué un monumento nacional incendiado por los rojos, desapareciendo todo cuanto había en él. Pintura española del Siglo XV, desaparecida en el incendio.

Del BUEN HUMOR

::: AJENO :::



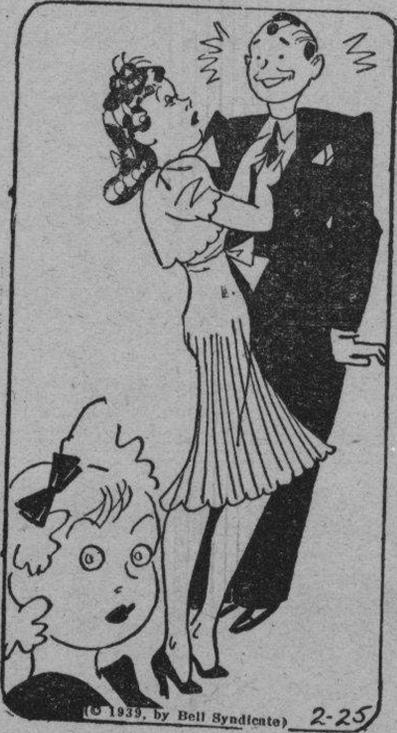
MUY BREVES

CON PIE QUEBRADO

—¿Nadie te ha dicho jamás querida lo encantadora que eres?

—No querido, nunca.

—Y entonces, ¿de dónde sacaste la idea de que lo eres?—(London Opinion).



La muchacha que sigue usando el lazo en la cabeza, a veces se desconcierta con la poca atención que sus «prendas morales» inspiran a la juventud de hoy

CONYUGAL

«Una palabra más—dice ella a su marido después de una agria discusión— y soy viuda».—(Medley.)

EL PELIGRO HUMANO

Nunca me pareció que fuera de mérito el coraje de un domador de leones.

Dentro de esa jaula a lo menos está libre de otros hombres. No hay mucho peligro en un león. No tiene ideales, no tiene religión, no gasta gentilezas, no habla de caballería, no entiende de política. En una palabra no tiene razón para matar a nadie si no es para comérselo.—(Bernard Shaw).

o o o

PRECOZ

Dora (a su hermanito).—Mejor será que nos volvamos a casa, Juan, son las siete y nos van a castigar por llegar tarde a comer.

Juan.—No te inquietes, yo ya lo he arreglado todo. Si llegamos un poco tarde nos van a regañar; pero si nos demoramos unas dos horas más van a estar tan preocupados por nuestra ausencia que se sentirán felices de vernos y nada más.—(Sie Und Er).

o o o

EDUCACIONAL

—¿Cuánto gana el profesor de griego de esta Universidad?

—Tres mil pesos al año.

—¿Y el entrenador del club de foot ball?

—Diez y seis mil.

—Y ¿no le parece esto ultrajante?

—No. ¿Ha sabido usted que alguna vez se hayan reunido 60.000 personas en un estadio para aclamar una recitación de griego?—



El famoso cuarteto «Los Renacuajos», ya ha seleccionado el título de la próxima pieza que van a cantar. Se llama «No se puede guardar vinagre en un..... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

PENSAMIENTOS

o o o

El amor es como el mareo, se siente pero no se puede describir.

o o o

Es preferible aceptar ciertas cosas que tratar de probarlas.

o o o

La única persona que queda satisfecha con un arbitraje es el árbitro.

o o o

Más tiempo tarda un hombre en hacerse de fama que la gente en olvidarse de él.

o o o

Hay pocas mujeres abogados; prefieren dictar la ley a un solo hombre que debatirla en los tribunales.

o o o

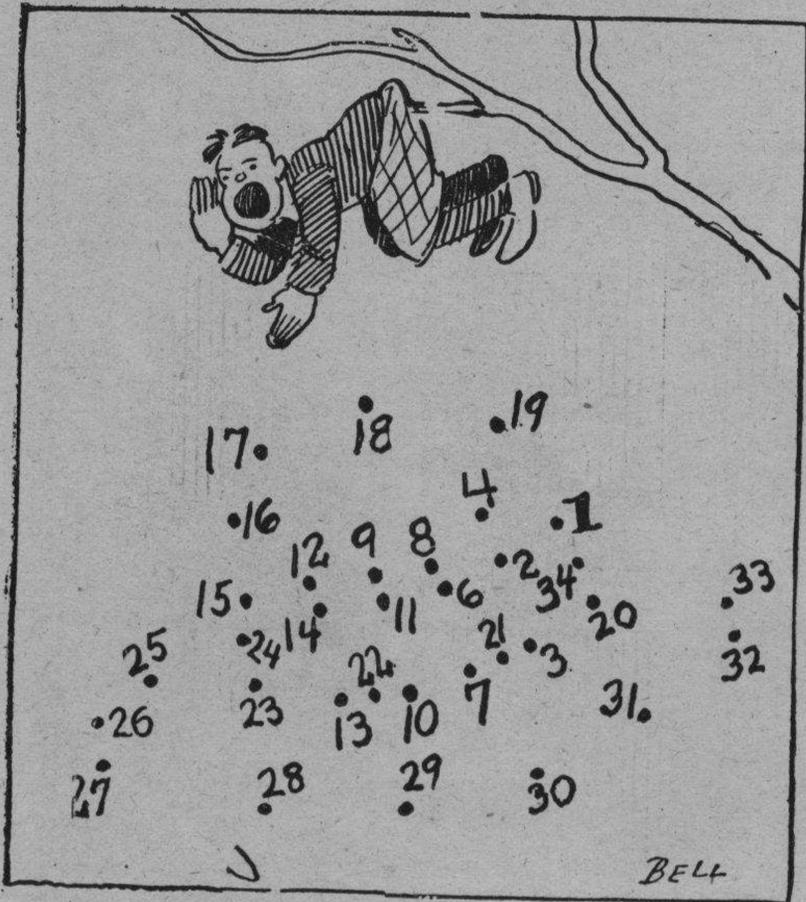
Cuando un hombre está seguro de que sus amigos ya no hablan mal de él, es que ese hombre está muerto.

o o o

No hay tiempo peor ganado que el que se gana al sueño.



Un optimista es el que cree que puede hacer ejercicios sentado en la nieve



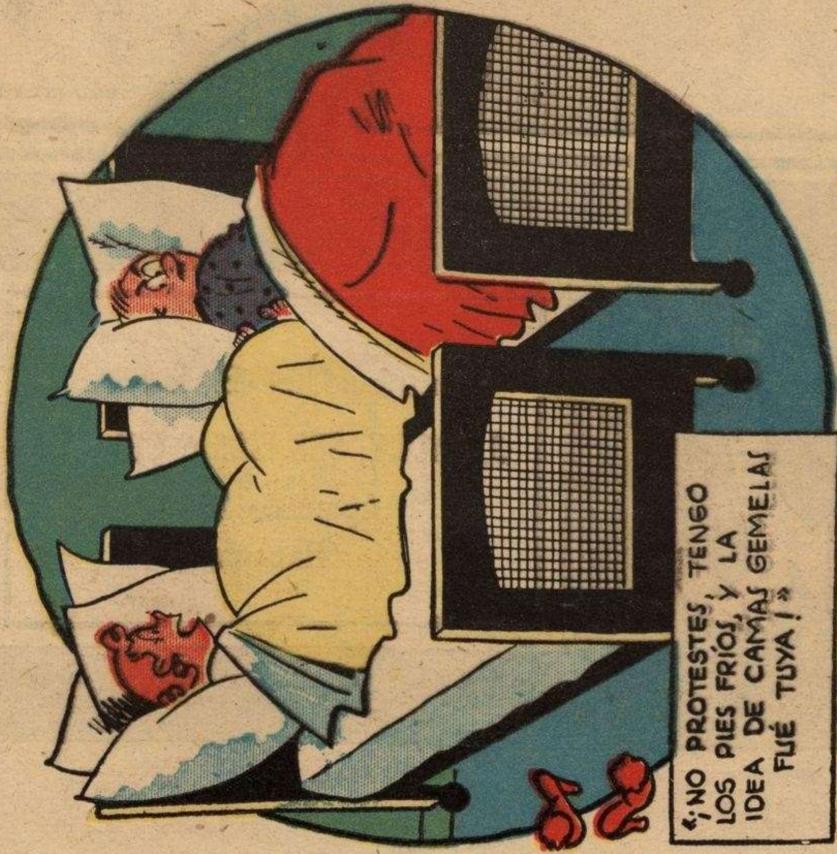
No, señores! Carrillito no se subió a ese árbol. Fué que lo encaramó el viento cuando iba corriendo tras su..... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).



Para un viejo con plata, el peor momento viene cuando la amigueta empieza a denotar enternecimiento...



El viaje de la esposa que algunos maridos norteamericanos «oyen» preparar con más complacencia, es el de la ruta de Reno...



«NO PROTESTES, TENGO LOS PIES FRIOS, Y LA IDEA DE CAMAS GEMEJAS FUE TUYA!»



PAMPLI-NADAS

«¡SI PENSABAS ROBARTE UN BESO, ÁNDALE, QUE POR AQUÍ NO HAY POLICIAS!»

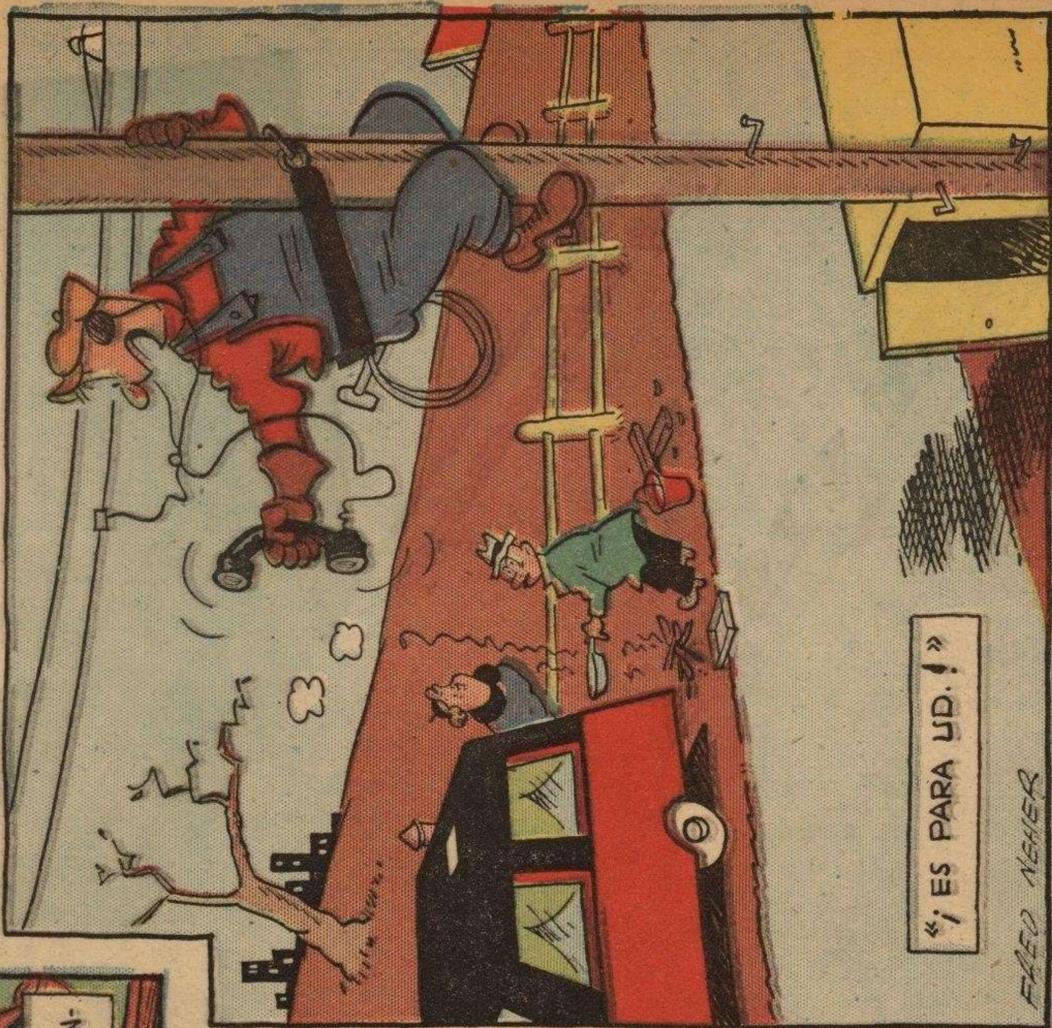


«NO LE LEAS ESAS HISTORIAS HORRIPILANTES A PAPA!»



PERINQUILLA

«PARA FACILITARTE LA SUMA, DIME ¿QUE FIGURA HACEN LOS PATINADORES EN EL HIELO?»



«¡ES PARA UD.!»

FRED NEHER



«¡ESTÁ FURIOSO PORQUE SE ACUERDA DE QUE EN EL CINE NUNCA QUISIERON DARLE EL PAPEL DE CONFINADO... PORQUE NO PODRÍA CARACTERIZARLO BIEN!»

INDISPENSABLE PARA LA HIGIENE
ANTISEPTICOS COMPUESTOS
BASE DE DENTOL
 Preparada segun las formulas del Doct.
 Casa L. FERRE. 19, Rue Jacq.



El DENTOL es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.

El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.

Acostúmbrase a usar diariamente el DENTOL, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes. El DENTOL destruye el sarro.

De venta en toda la República a los precios de:

\$0.20 tubo mediano
 0.40 tubo grande.

BRUNET Y HNO

Dentol

Distribuidores Exclusivos:
J. PAULY, SES FILS & CIE. LTD
 Apartado 2143
 Habana.